



REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA

ISSN: 1018—1563

Número 77 cuarta época
julio—diciembre 2015

Corresponsales Internacionales

Viviane Nathan (Israel)
Fernando Burgos (Estados Unidos)
Lauro Zavala (México)
Mempo Giardinelli (Argentina)
Julio Escoto (Honduras)
Vidaluz Meneses (Nicaragua)
Magda Zavala (Costa Rica)
Pedro Crenes Castro (España)

Director

Enrique Jaramillo Levi
henryjaramillolevi@gmail.com

Consejo Editorial

Ariel Barría Alvarado
Carolina Fonseca
Salvador Medina Barahona

Diseño Gráfico y Diagramación

Sección de Diseño Gráfico-UTP

**Diseño y dibujo de portada
e ilustraciones**

técnica: pintura digital
Enrique Jaramillo Barnes
jaramillo_e@yahoo.com

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA
IMPRESA
DICOMES/UTP

Prohibida la reproducción total o parcial del material impreso sin autorización escrita de los editores. Se reciben colaboraciones no solicitadas con firmas responsables y número de cédula. No se devolverá el material. Nos reservamos el derecho de seleccionar los textos y material gráfico que habrá de publicarse. Los autores de los textos son los únicos responsables de las ideas que expresen.

EDITORIAL	3	“Mise en scène”	41
“Vuelo 345”	4	Danae Brugiati Boussounis	
Carolina Fonseca		Cuatro minicuentos	42
Los encuentros del tiempo y la ficción de la existencia: “A veces sucede”, de Carolina Fonseca	7	Héctor Aquiles González	
Fernando Burgos		Mecanismos de legitimación en el arte y la literatura actuales	45
Tres minicuentos	12	Joel Bracho Gherzi	
David C. Róbinson O.		“El anciano que tenía un agujero”	47
“Los faroles sostienen la noche”	15	Julio Escoto	
Ariel Romero Hernández		Los desaforados	48
Breve historia del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá	19	María Pérez-Talavera	
“Último vuelo”	20	“¿Qué hago ahora”	51
Julio Moreira Cabrera		Mady Miranda	
“El punto ciego”	21	“Extremidades”	52
Dimitrios Gianareas		Javier Medina Bernal	
La metaficción en los cuentos del escritor panameño	24	La torre de Babel	54
Enrique Jaramillo Levi		Francisco Moreno Mejías	
Lisa Nalbone		“La novia de Federico Duarte”	56
“Vivir frente al mar”	29	Maribel Wang de Adames	
Olga de Obaldía		TALLER	
Tres poemas	33	“El último día”	60
Federico Hernández Aguilar		Ingrid Vargas	
“Cómo vender una casa”	37	“Despojo”	61
Klenya Morales de Bárcenas		Luis Carlos Moreno	
“Las impuras” (fragmento de novela)	39	“La boda”	62
Carlos O. Wynter Melo		María Laura de Piano	
		“Necromance”	63
		Vicente Lira	
		“Polín escondida”	66
		Viviana Andrea Vinci	

ENTREVISTAS

“Confrontaciones” 68
María Pérez-Talavera
a Carolina Fonseca

“Afilando el colmillo de los dioses” 75
Héctor Sandoval a
Eduardo Soto P.

“De cómo un financista descubrió que era escritor” 77
Leila Nilipour a
Eduardo Jaspe Lescure

RESEÑAS

A veces siempre 81
Pedro Crenes Castro

Reseña de 82
“Arcanos mayores”,
de Eduardo Jaspe Lescure
Gonzalo Menéndez
González

INFORMACIÓN CULTURAL 84
DE LA UTP



Editorial

Al acercarnos al final de 2015, la aparición en Panamá de este número 77 de “Maga, revista panameña de cultura”, órgano de divulgación cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá, se torna realidad. Como es sabido, desde hace muchos años se trata de la única revista completamente literaria del país. Esperamos que, como es costumbre desde 1984, los variados textos que ofrece sean para beneplácito intelectual y artístico de lectores y escritores.

Una vez más alternamos cuentos, poemas, ensayos, artículos de opinión, entrevistas y reseñas de libros de o sobre talentosos autores reconocidos o de reciente data, tanto de nuestro país como de otros sitios, con ilustraciones e información cultural propiciada por la actividad continua de la UTP en estos ámbitos.

La importancia que esta revista panameña le ha dado siempre a la creación literaria tiene su origen en la labor realizada, con gran esfuerzo, desde finales del siglo XIX por nuestros primeros poetas y cuentistas; y por supuesto, a lo largo de todo el siglo XX. Y en la conciencia plena de que nuestras letras continúan renovándose en lo que va del siglo XXI. Porque una cantidad impresionante de nuevos autores, no pocos de significativo talento –sobre todo cuentistas, seguidos de los poetas– han ido apareciendo en el panorama actual. Así, “Maga” es apenas una pequeña vitrina, selectiva y tenaz, de esa incesante actividad.

En esta ocasión ofrecemos un fragmento de novela de Carlos O. Wynter Melo, así como cuentos de Maribel Wang de Adames, Héctor Aquiles González, Dimitrios Gianareas, David C. Róbinson O., Danae Brugiati Boussounis, Javier Medina Bernal, Klenya Morales de Bárcenas, Julio Moreira Cabrera, Mady Miranda y Olga de Obaldía, unos más conocidos que otros. Sin duda, el cuento es nuestro género

literario de más prolífica y constante participación con una alta cuota de calidad, fenómeno que merece ser estudiado a conciencia. También publicamos cuentos de los venezolanos radicados en Panamá: Carolina Fonseca, Vicente Lira, María Pérez-Talavera y Luis Carlos Moreno, así como de las argentinas María Laura de Piano y Viviana Andrea Vinci, también residentes aquí. Asimismo, damos a conocer un minicuento del destacado escritor hondureño Julio Escoto, residente en San Pedro Sula.

Por otra parte, brindamos poemas de Ariel Romero Hernández y del salvadoreño Federico Hernández Aguilar. Y como ensayistas publican en este número Lisa Nalbone (norteamericana) y Fernando Burgos (chileno), junto con artículos de Joel Bracho Gherzi (venezolano) y Francisco Moreno Mejías (español).

Además, hay una sección de Entrevistas, en las que presentamos semblanzas de tres escritores que han ganado concursos literarios locales recientemente: Eduardo Jaspe Lescure (entrevistado por Leila Nilipour), Carolina Fonseca (por María Pérez-Talavera) y Eduardo Soto P. (por Héctor Sandoval); se trata de los ganadores, respectivamente, de los certámenes: “José María Sánchez” 2014, Premio “Diplomado en Creación Literaria” 2013-14, ambos de la UTP, y “Novela Corta Sagitario Ediciones” 2014-2015, de Foro/taller Sagitario Ediciones.

Y como es costumbre, están las secciones “Taller”, en donde aparecen autores nuevos o poco conocidos, “Reseñas”, que da fe de las características de libros recientes y “Noticias culturales de la UTP”. Un número literaria y humanísticamente de lujo.

E.J.L

Panamá, diciembre de 2015

Vuelo 345

Carolina Fonseca

Si ellos lo hubieran presentido, no se habrían apurado a formar esa larga fila al oír el llamado que hizo la señorita uniformada de azul tras el pequeño mostrador. Ella tenía años en la empresa y le gustaba su trabajo; el ambiente rápido y ligero del aeropuerto le sentaba bien; entenderse con cantidad de personas que están de paso, la premura que respiran porque quieren despegar; aclarar sus dudas con una sonrisa, sabiendo que cada día serán otros distintos que salen y llegan. De ahí que su voz tuviera un tono amable al anunciar que *el vuelo 345 de Aerolíneas Internacionales con destino a Madrid comenzará a abordar en pocos minutos*. Ya se había acostumbrado a que la gente, al oír la palabra *aboardar*, se apresurara sin necesidad. Como si con eso fuera a llegar antes a alguna parte. Decíamos que esta vez no habrían tenido apuro, ni habrían malgastado su tiempo en asuntos irrelevantes como recordar el último disgusto en el trabajo, o quejarse por la larga espera, mucho menos habrían sido ligeros al cerrar la puerta de sus casas sin detenerse a decir adiós *porque nunca se sabe...* Uno que otro habrá sentido una pequeña conmoción cuando al momento de chequear las maletas, el empleado de la línea le pidiera escribir en la planilla el nombre y teléfono de la persona a contactar en caso de algún imprevisto. Los más temerosos habrán imaginado esa llamada fatal, habrán pensado en el mal gusto de formular una pregunta como esa precisamente a ellos antes de montarse en un avión, y habrán tenido ganas de pedir las maletas de vuelta y expresarle al empleado que acaba de recordar un compromiso ineludible que le impide viajar. Pero no. Nada de eso ocurrió. Porque esa noche,

los 241 pasajeros del vuelo 345 con destino al aeropuerto de Barajas hicieron pacientemente su fila y los últimos trámites para terminar sentados en el asiento marcado con el número y la letra correspondientes, amarrados con el cinturón de seguridad, pasivos y expectantes, mientras el personal de a bordo sigue los protocolos que anteceden la salida.

A la hora precisa, el avión inicia su lento y pesado recorrido hacia la cabecera de pista y adentro se hace un silencio, el silencio incómodo que precede al despegue. Nada particular. Aunque habremos de admitir que si algo se pudiera haber considerado como un indicio, una mala señal, hubiera sido la visión de siete golondrinas muertas a la orilla de la pista, pero nadie podía verlas en semejante oscuridad.

Inquieta, Elsa Domínguez mira sin ver con la cara pegada a la ventana; apenas un puñado de luces, haces distantes en la línea horizontal que le dicen que todavía está en tierra, segura. Procura distraerse y piensa en su hijo, pequeño y suave. Sabe que si lo tuviera consigo, se sentiría amparada por esa inocencia, cubierta por ella y a salvo de todo mal. Pero no está. Están ella y su cartera, ella y la cobija con que se cubre las piernas, ella y la medallita de La Milagrosa que sostiene fuerte.

El silencio que precede al despegue tiene su tiempo. Y este tiempo culmina cuando el avión llega a cierta altitud y el personal comienza a transitar por los pasillos. Ya para entonces han pasado los minutos largos que transcurren a una velocidad inversa a la carrera que se inicia sobre la pista, la cabina vibrando por el ruido ensordecedor de las turbinas a máxima potencia, sentirse pegado al asiento por la gravedad, saber que se está en el momento crítico en que ese objeto hace lo imposible: ganar altura siendo un pájaro pesado de alas inmóviles.

En medio de aquella oscuridad, a Elsa le hubiera gustado oír la voz grave y pausada del

capitán presentarse, saludarlos, anunciarles las inmejorables condiciones de vuelo, la altura, la hora exacta de la mañana a la que van a llegar a Madrid como un hecho cierto.

Cuando la señal de mantenerse sentados se apaga, se apaga de una forma misteriosa una sutil tensión que nadie comunica. Y todos se creen a salvo, o hacen lo posible por distraer la angustia que les produce saber que les espera un viaje largo en la oscuridad de la cabina del Airbus 330. Se distienden y se disponen a pasar el rato lo mejor que puedan a pesar de las limitaciones de espacio. Solo que es noche cerrada y el avión se va internando milla a milla sobre el océano.

No hay luna. Y si la hubiere habría que descender mucho para ver el inmenso cuerpo de agua surcado por olas negras de gran tamaño. Las ventanillas permanecen abajo porque abrirlas sería inútil, y las luces centrales han sido apagadas para facilitar el sueño.

Pero Elsa no puede dormir, una entre algunos otros que intentan perderse en un libro inútilmente, apenas iluminados por un pequeño círculo de luz. Quizás por eso fue la primera en pensar lo peor cuando vio encenderse la señal de permanecer con el cinturón de seguridad.

A las cinco horas y nueve minutos de vuelo se siente una conmoción; como un terremoto a esa altura. El aparato vibra golpeado por una fuerte lluvia de sólidos, una lluvia de hielo que arrecia mientras dos sobrecargos pasan a duras penas por los pasillos para chequear que todos estén amarrados; llaman a mantener la calma. Las luces centrales se encienden con intermitencia hasta quedar en completa oscuridad y al silencio apacible del sueño lo sigue uno tenso que es interrumpido por el llanto del bebé de la fila 16. Entonces el tiempo adquiere cualidades engañosas; parece detenerse en una cabina oscura que surca a una velocidad vertiginosa una tormenta. El piloto intenta desviar el rumbo hacia la izquierda y con el movimiento varias compuertas se abren y caen bolsos y maletas obstruyendo los pasillos.

El miedo no la deja sentir; sabe del peligro que trasciende, que la ha venido cercando y que ahora la mantiene atrapada a treinta y seis mil pies de altura, aferrada a los brazos de su butaca que es lo único a lo que puede asirse cuando el avión hace un giro brusco y empieza a caer con un rugido ensordecedor que apaga los gritos y las súplicas. En medio del caos, de ese rugido que duele, Raúl Farías, piloto en retiro, calcula los minutos que les quedan, y ve cómo los segundos se expanden al mirar el pánico en los ojos de la mujer que viaja a su lado; segundos en que él le toma una mano con fuerza para hacerle saber que no está sola, que nada es eterno, ni siquiera esa caída. Pero ella siente que no se acaba, que no termina nunca. Que no hay tiempo ni espacio para arrepentirse, para rescatar el recuerdo de su hijo, para redimirse antes de esa muerte; el espacio y el tiempo lo ocupan el miedo y el rugido desplomándose. Elsa aprieta sus puños y cierra los ojos, incapaz de ver a nadie, sola de inmensa soledad, contenida por la asfixia que la sumerge en la profundidad del mar aun antes de llegar.

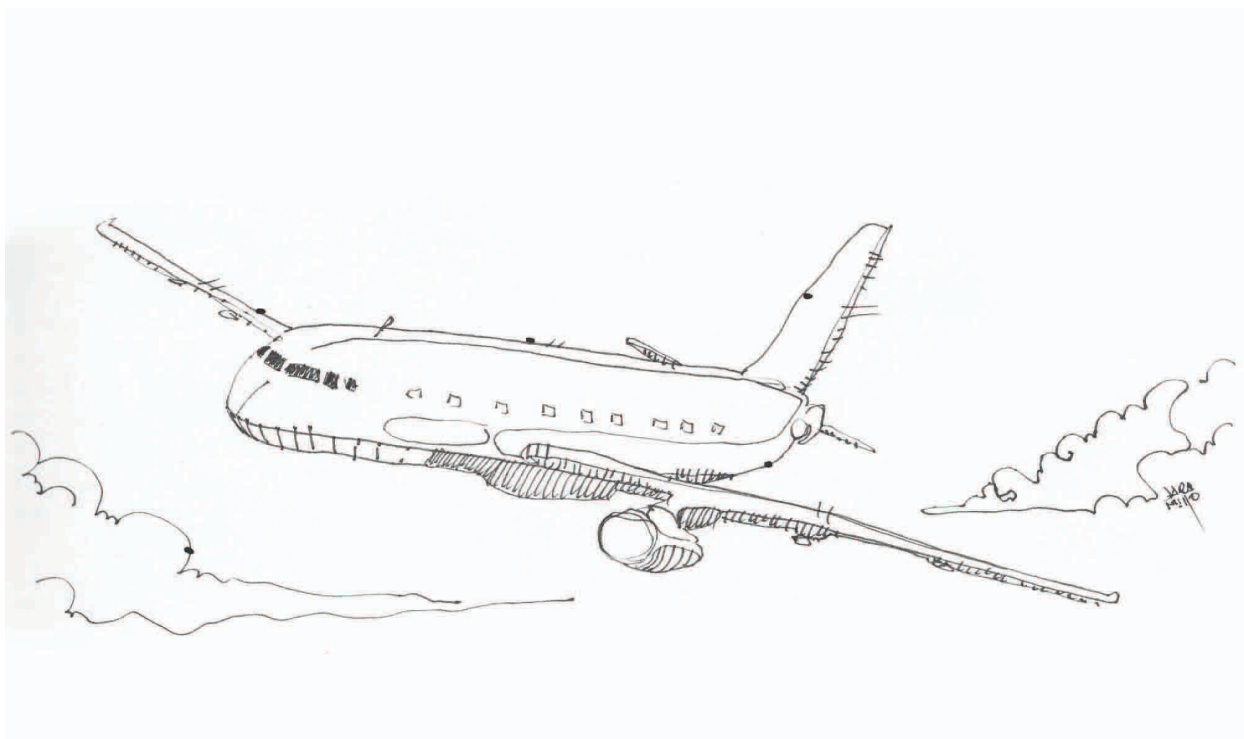
Desde afuera, a metros y metros, si hubiera habido luna, el vértigo de ver a ese pájaro caer en picada hacia la noche del mar embravecido, verlo perder las alas, verlo penetrar la superficie negra y desaparecer.

Nada fue encontrado. Nadie. Solo yo. Que no puedo desprenderme de la imagen. Yo, que debí montarme en ese avión porque estaba en la larga lista de 241 pasajeros; que cedí mi puesto a cambio de unos dólares a una tal Elsa Domínguez en el vuelo sobrevendido. Ahora me invento rostros, historias, para llenar el vacío de no saber, un vacío que no me deja desde el minuto que anunciaron la tragedia. Como si hubiera sido un error inexcusable de la providencia el que no estuviera en la butaca del vuelo 345, la muerte burlada me mantiene asido a ella. Desde entonces, mis noches transcurren

a millas de distancia, en el fondo del más oscuro de los océanos, dentro de la pieza delantera del fuselaje, amarrado al asiento 8E, entre cuerpos pálidos que duermen un sueño eterno mecidos por corrientes suaves.



Carolina Fonseca: Caracas, Venezuela, 12 de marzo de 1963. Reside en Panamá desde hace cuatro años. Obtiene el título de Abogado en la Universidad Católica Andrés Bello. Egresada del Diplomado Internacional de Creación Literaria de la Universidad Latina de Panamá, y del Diplomado en Creación Literaria 2013, de la Universidad Tecnológica de Panamá, aparece en dos antologías: Formación literaria en Panamá (2010-2011). Antología de narraciones (2012) y Los recién llegados (54 cuentistas inéditos escriben en Panamá: antología) (2013). Socia fundadora de Foro/taller Sagitario Ediciones, junto con el escritor panameño Enrique Jaramillo Levi. Libros: Dos voces 30 cuentos (Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2013), junto con Dimitrios Gianareas. Ganadora de la tercera versión del Premio “Diplomado en Creación Literaria” de la Universidad Tecnológica de Panamá, con su libro de cuentos a veces sucede (UTP, 2015).



Los encuentros del tiempo y la ficción de la existencia: a veces sucede, de Carolina Fonseca

Ensayo de Fernando Burgos

University of Memphis

Una escritura de admirable fluidez narrativa y de eximia tecnificación literaria se instituye en la tónica prevalente de los depurados quince cuentos de la colección **a veces sucede** publicada en el año 2014. Es el segundo libro de relatos de Carolina Fonseca luego de **Dos voces 30 cuentos** (2013) coescrito con Dimitrios Gianareas. Ese rasgo de interiorización y existencialismo de los cuentos de Fonseca de **Dos voces** es profundizado en **A veces sucede** con un innovador ingreso en las zonas artísticas de la temporalidad y con una abundante variedad de registros estéticos.

Convocados por el dinamismo de una incesante memoria, los textos de esta colección sondan el ámbito de un registro temporal que en principio puede asociarse a un pasado aunque en realidad no media racionalización ninguna sobre la temporalidad habitada por cada uno de los relatos. De este modo, ese pasado no designado como tal puede funcionar intemporalmente puesto que lo más esencial de las voces narrativas de **a veces sucede** reside en su capacidad de universalizar la actividad síquica de la memoria así como la condición metafísica que ha conducido su búsqueda. Se trata en el fondo de arribar a una dimensión subjetiva del tiempo y cuya recuperación es una vivencia personal en lugar de un rescate objetivo de hechos.

Por lo tanto, la búsqueda de ese tiempo no es posible sino mediante desplazamientos temporales que no tienen necesariamente que regresar a lapsos específicos sino más bien reclamar los procesos de la memoria en su actualidad introspectiva, conectada a un concepto de duración que no responde a mediciones cronológicas sino a una plasmación artística abstracta.

Es por ello que los cuentos de esta colección no se ambientan en espacios que podrían reconocerse con toda la exuberancia de medios tecnológicos ultramodernos tales como celulares, tabletas, computadores portátiles; o de ciudades hipermodernas florecientes con sus extremos de opulencia y marginalidad; o de asombros por las comunicaciones instantáneas que conciben el planeta como una villa global. En su reemplazo surgen lienzos impregnados de retrospectivas: temporalidades distantes que la escritura procesa en el presente de su actividad como percepciones intensas y muchas veces atormentadas. La dialéctica de esa temporalidad ida y recuperada al mismo tiempo es desgarradora aunque necesaria en el intento de aproximarse a la condición metafísica del ser humano. En esa perspectiva, la posibilidad de no poder recobrar el tiempo anularía la significación de la existencia, deviniendo intrascendente.

En el relato “Aminta” resaltan los pabellones de una feria pueblerina en los cuales su personaje es instada a irse a la capital, quedando esto último sólo como pura proyección mientras tanto “su vida se reduce a un par de momentos parecidos a la gloria entre la lenta sucesión de los días y sus noches en el pueblo” (11). En “La pizarra” el universo de fantasías sexuales y de las representaciones actuadas a todo nivel se anotan en un medio de aprendizaje—la pizarra—en vías de extinción en las sociedades posmodernas: “Ahora mi universo se reduce a esperarlo; a seguir la agenda rigurosa que escribe en la pizarra blanca”(13). En “Un golpe de viento” la presencia del llano traspasa el texto

entero, llenándolo de naturaleza, de brisas y de un tiempo que no tiene comienzo ni fin. En ese medio Elías es otro elemento de la intemporalidad y el llano se impone como el verdadero personaje: “El aire peina las hojas muertas de los morichales. La tierra está abierta. Los cuerpos de agua se consumen entre las grietas. Y el llano todo es una espera” (23).

La mujer que “En buenas manos” ha llegado al consultorio de un doctor ingresa en realidad a una zona singular que parece adentrarse más hacia el pasado: “pero ella no lo sabe porque su pensamiento para solo unos segundos en el color verde de las paredes y continúa; no se da cuenta de que la sala de espera tiene un aire de otros tiempos” (25); dándose así a entender que lo que importa es la vertebración de sensaciones eróticas a través de la cual el masaje del doctor en la zona lumbar afectada de la paciente va transformándose poco a poco en una sensación lúbrica que lleva a la protagonista al orgasmo, redimiéndola de todas las preocupaciones cotidianas. El cuento “¿Y qué más puede hacer?” plasma la memoria de una mujer mientras viaja en un autobús por un paisaje que muy poco tiene que ver con lo moderno, lo cual se acentúa además con el primario tipo de actividad comercial: “Tres días de viaje y bamboleo para pasar la frontera y llegar, montaña arriba, montaña abajo, a su tierra, a ver a los suyos, a vender el atajo de ropa nueva que trae en un bolso repleto, bien cerrado con cinta negra adhesiva no vaya a ser que se le desparrame todo o que algún raterito le saque algo mientras duerme” (31). De ese tiempo innombrado lo que va a impactar es la consumación de los deseos sexuales de la protagonista.

Precisamente en estos tres últimos textos se capta la plasmación del erotismo como una experiencia de sensaciones que no responde a coordenadas temporales y que parece completarse más logradamente en la invocación de su recuerdo. De allí que aun cuando imprecisas, las referencias temporales giren más en torno a una dimensión

temporal que ya no se tiene en las manos en lugar de dirigirse a un momento actual o a un futuro. Así, en los cuentos de Fonseca se plantea que es en la recuperación de aquello que el ser humano llama ‘tiempo’ donde residiría la esencia del existir. Convocar el placer es una llamada al tiempo que alguna vez fue, y que sin este necesario emplazamiento se disiparía. Los relatos de **a veces sucede** se proponen de este modo como mallas que intentan tocar los tejidos disgregados y discontinuos de una temporalidad que huye y se desvanece. Tocar el tiempo con la tela de la escritura es una tentativa incierta aunque valiosa, y la escritora venezolana no se desconcierta ante la magnitud del desafío.

El cuento “El río” transcurre como un acto de rememoración que un hijo hace de las tardes de pesca con su padre. En realidad, más que una reconstrucción que la memoria intenta del tiempo es una misión escritural por revivir la belleza de experiencias irrepetibles. Una vez que se ingresa en esta zona se hace posible fluir en la temporalidad para instalarse en la seducción primorosa de la constitución original de ese tiempo. ¿De qué otra manera, por ejemplo, se podría conservar la belleza de la siguiente emoción?: “En silencio, porque lo único que se oye es la caña cortando el viento, el nylon mientras vuela, la entrada en el agua del señuelo, el chasquido del ril que cierra el mecanismo y el ruido uniforme que produce al enroscar el hilo; y aquí y allá, el chapoteo de algún pez indiferente” (36). El espacio del cuento —el río— se asocia al elemento de fluidez temporal ya que el hijo-narrador puede descender al curso dinámico del tiempo en distintas edades desde niño hasta adulto y sumergirse en cualquiera de esos pliegues temporales: “Entonces decido irme a cualquier tarde en que mi padre enciende el motor de la lancha y el zumbido se propaga por el río, que es como un canal que recibe y amplifica” (37). Por otra parte, el lugar desde donde se invoca la temporalidad anhelada muestra una desagradable

fealdad: “este cuarto de paredes sucias” (36) y “este cuarto inmundo donde las paredes tienen un color desdibujado con pequeñas manchas de alquitrán” (37), lo cual hace más urgente el continuo viaje de la escritura hacia ese tiempo ansiado y huidizo.

El cuento “Ese collar” despierta las vivencias de la juventud al compás de una música incesante en fiestas de ritmos, miradas, y cuerpos de movimientos lúbricos anunciando su desnudez, su voluptuosidad deseante que prefiere las cadencias ancestrales de tambores en lugar del ruido “estéril, asexuado, de esta música electrónica, hecha por máquinas que no saben nada de la brisa, ni de los tambores que tocan las manos de un hombre negro” (41). En esa celebración de lo que es ritmo y del cuerpo que lo profundiza sin aditamentos de encajes, ni collares, ni zapatos se recobra el sentido de la existencia mientras las resonancias de la memoria también danzan en sus contrapuntos de fijeza y continuidades, tal vez deseando que esa aprehensión del tiempo sea toda la extensión de la vida porque hay instancias de lo acontecido que hechizan para siempre, dejando a la memoria prendida en su persistencia: “yo tomo agua y recuerdo, yo cautiva de la memoria de otras noches, cautiva de un olor que me persigue, cautiva del ruido continuo de la memoria, como un goteo que no para, voz muda que me piensa sin pausa” (41).

El ambiente antiguo de “Primeros martes de cada mes” es sugerido por la preferencia que la protagonista Eugenia siente por mantenerse en el modo más tradicional de la confesión católica: “Llegando al confesionario ubicado en un rincón sombrío, agradece una vez más que el padre Antonio sea un sacerdote conservador de las tradiciones de la Iglesia y se empeñe en mantener a raya los aires de cambio que aligeran todo lo importante; en particular esa fea costumbre de confesarse cara a cara con el cura, sentados en una oficina como quien despacha un asunto de negocios o conversa tomándose un café” (51). Las apremiantes

confesiones de Eugenia —que en realidad se comprenden en una sola repetida obsesivamente— se convierten en el único elemento catártico con que ella cuenta para aliviar la angustiosa soledad de su existencia junto con la aflicción moral del estigma incestuoso hacia su hermano Justo, que comienza desde que ella —quince años mayor que él— tiene que hacerse cargo del hermano debido a la muerte de la madre: “y perdone usted que repita una y otra vez esta historia infame en que él amanecía pegado a mí, joven, puro, pegado a mis senos que lo amamantaron desde que madre murió en el parto terrible hasta ya cumplidos los trece años, hasta el jueves pavoroso en que papá entró de mañana al cuarto y... ya usted sabe la de gritos y agravios que siguieron, arrancarlo de mis pechos, esa escena, sus golpes sobre el niño asustado que no entendía de qué era culpable ni ese chorro de palabras más duras que los golpes” (52).

El confesionario es transformado por tanto en una terapia sicoanalítica cuya variante en este caso es la falta de participación del padre confesor quien ha dejado de prestar atención a la confesante después de que Eugenia ha repetido por años las mismas agonías que la atormentan cuyas flechas temporales viajan reiteradamente hacia el pasado en que ella amamantaba al hermano y vuelve hacia el presente en el que éste ya casado la ha acogido en su casa donde Eugenia lo sigue deseando. Así, Eugenia vigila de modo voyerista la relación sexual de Justo con su esposa y descarga reacciones de celos, rabia e intensos deseos sexuales: “Mientras se mira el cuerpo en el espejo buscando las marcas de su rencor; mientras se mete a la ducha; mientras se frota la piel con la memoria fija en Justo; mientras se mete dos dedos culpables en la vagina; mientras se aguanta las ganas para después” (50-51). Ya que el padre Antonio es un agente pasivo del sicoanálisis, ese rol se transfiere al de la escritura, la cual de modo activo acoge el ritual de recibir el turbulento flujo síquico de la protagonista anclado al pasado

y al presente como si ambas instancias temporales fueran una sola: un tiempo único, indivisible creado por los movimientos de una memoria atrapada en la red de las imágenes de pecado, infierno, punición, y condena frente a las de un deseo sexual irrefrenable.

“Vuelo 345” junto con “Más allá de la pantalla” se encuentran entre los pocos relatos de escenario contemporáneo en la colección de cuentos de Fonseca. “Vuelo 345” relata la tragedia de un Airbus 330 con 241 pasajeros, el cual antes de llegar a su destino en Madrid se hunde en el océano. La narración adopta la técnica de reflexiones sobre la diferencia que habría hecho en los pasajeros el haber siquiera sospechado de la tragedia. Al mismo tiempo cada movimiento que hace el avión con respecto a su salida, despegue y vuelo se va llenando de presentimientos, lo cual induce un ambiente narrativo ominoso que precede a la caída y que impacta en el lector como lo verdaderamente más aterrador del accidente. En este contexto, la palabra tiempo adquiere significantes especiales como en los dos siguientes momentos narrativos. Primero, la serie de relaciones que se crean entre silencio y tiempo: “El silencio que precede al despegue tiene su tiempo. Y este tiempo culmina cuando el avión llega a cierta altitud y el personal comienza a transitar por los pasillos (44). Segundo, la caracterización del tiempo como una invención humana destinada a crear apariencias: “Entonces el tiempo adquiere cualidades engañosas; parece detenerse en una cabina oscura que surca a una velocidad vertiginosa una tormenta” (46).

La dimensión totalizadora de lo ilusorio se produce al final del cuento al saberse que se ha salvado una persona, aquella que debió haber ido en el avión, pero que antes del vuelo accediera por dinero a dejar a otra persona ocupar su asiento: “Yo, que debí montarme en ese avión porque estaba en la larga lista de 241 pasajeros; que cedí mi puesto a cambio de unos dólares a una tal Elsa Domínguez en el vuelo sobrevendido” (47). Ese

yo se nos revela asimismo como el narrador de lo que ocurriera a través de un estado psicológico alterado cuya memoria no podrá ya desprenderse de lo que le podría haber ocurrido a él, pero además de sentir cada uno de los momentos de la tragedia como si fueran los propios: “Desde entonces, mis noches transcurren a millas de distancia, en el fondo del más oscuro de los océanos, dentro de la pieza delantera del fuselaje, amarrado al asiento 8E, entre cuerpos pálidos que duermen un sueño eterno mecidos por corrientes suaves” (347). Así, en este cuento, la recurrencia de la memoria hacia lo que pasó amarra al narrador al pasado convirtiéndolo al mismo tiempo en un presente recurrente, o sea en una temporalidad sin fechas, en una instancia que no apunta ni al antes ni al después sino a un fondo oscuro al que regresan interrogantes sobre el destino y el azar.

“La casa de la calle 5” es otro excelente cuento sobre la relación tiempo-muerte. El espacio escogido es el velatorio antiguo, aquel donde los muertos se velan tres días y tres noches porque la muerte, inversamente al sentimiento moderno, no quiere hacérsela antiséptica ni mantenerse distanciada del mundo de los vivos. La muerte como pertenencia del ser humano y como conciencia que lo distingue de otros seres convoca en este cuento su convivencia, un tiempo de compañía con los muertos en lugar de la molestia en que ha llegado a convertirse en la contemporaneidad posmoderna. El relato sugiere que el rito de la muerte tiene sus etapas por lo cual el largo acompañamiento como se hacía “a la vieja usanza” (56) no debe considerarse un vestigio de costumbres equivocadas y que han perdido vigencia; muy por el contrario se hace completamente necesario como se justifica en el mundo narrativo del cuento: “don Matías insiste en que los muertos deben prepararse para partir, soltar los miedos, las amarras, lograr la paz que no lograron en vida para dejarse ir al otro lado. Para el viejo, si no se hacen bien las cosas, se quedan por

ahí, dando vueltas, sin saber que se han ido” (56). Los personajes —el viejo don Matías, encargado de la capilla funeraria; Elvira, quien ayuda con la limpieza; y un joven contratado por don Matías para ayudarlo en sus labores de velar a los muertos— apenas registran un peso narrativo comparable con el ambiente del velatorio, el cual no se plasma de modo tenebroso ni tampoco como un lugar amenazante o de pesadilla. Simplemente, allí está la región de la tranquilidad en la cual los muertos “permanecen tendidos, quietos, con el rostro inexpresivo, flanqueados por cuatro cirios cuyas llamas igualmente quietas producen una sombra fija” (57). Sin embargo, el espacio del velatorio encierra una zona fantástica a través de la cual se revela que el muchacho que trabajaba allí y quien se sentía tan cómodo con los muertos es alguien que ya ha fallecido. Este súbito develamiento de lo fantástico crea una incertidumbre sobre el acercamiento de una primera lectura que distingue entre vivos y muertos. En otros términos, el tratamiento de lo fantástico en este cuento se dirige al sostenimiento de una reflexión sobre la muerte, es decir, que en el silencio de quienes ya no pueden hablar se encuentra, paradójicamente, el principio de la vida.

Así como lo sugiere el título del libro, los relatos de Fonseca se instalan en un flujo temporal sin demarcaciones. Lo que a veces sucede es una referencia abstracta de temporalidad, apenas una instancia aunque esencial si dentro de ella gravita la presencia del ser humano. Y mientras todas las civilizaciones han creado un tiempo cronológico cuyo pragmatismo permite el funcionamiento del conjunto de actividades que dan vida y orden a ese conglomerado social, el arte, por su parte, sondea en los intersticios existenciales de ese tiempo, esencia llevada a cabo esmerada y creativamente en los cuentos de Fonseca a través de poéticos desplazamientos introspectivos que se sumergen en la condición erótica de lo humano,

en la accidentalidad de lo existente, en las zonas donde el tiempo de la vida se acaba, en agravios de diferentes órdenes, en la desesperación de la venganza, en su convivencia con la memoria de suerte que lo que se llama existencia sea un advenimiento henchido de significantes. Es por esto último que he sostenido la preferencia de los cuentos de la escritora venezolana por el pueblito y el llano y las temporalidades distantes antes que por la megalópolis y las utopías del futuro. No me refiero de ningún modo a una predilección por cuentos de registros regionalistas ni menos criollistas. Se trata solamente de una propensión por los afectos, marcas diversas, experiencias, subjetividades que el tiempo deja y que la escritura de Fonseca aprovecha para recuperar —no la vida puesto que ésta ya se fue— sino la multiplicidad de sensaciones con las cuales el tiempo parece ser un poco menos abstracto y un poco más humano. Naturalmente, esta visión de un tiempo por el que se puede viajar interiormente revela una calidad posmoderna de lo artístico y el punto donde las vidas de los personajes en los textos de Fonseca no se corresponden con la realidad de lo real sino con la ficción de la existencia.

En este último respecto, el primer cuento “Aminta” que abre la colección ilustra la exégesis propuesta puesto que Fonseca trabaja con un personaje de un pueblo del interior cuya vida sin hombres y sin hijos ha ido transcurriendo detrás del mostrador de una bodega que le dejara su padre para que pueda subsistir. Es decir que Aminta es una mujer para quien “ya su tiempo ha pasado” (12). Pero siempre queda esa grieta temporal mediante la cual esa existencia apagada se puede iluminar y la cual en este cuento arriba con el anuncio de integrar la comparsa que participará en la feria del pueblo: “Si uno se acerca lo suficiente, ve en el brillo de sus ojos oscuros que está viviendo el momento cumbre de su vida” (9). Ese relámpago cúspide de alegría será la ficción de su existencia puesto que en el

recorrido de su verdadera dimensión existencial, Aminta no es sino la sensación de un tiempo que marcha detrás de donde se mueve la vida, allí donde no está el éxito o aquello que al menos los demás consideran el alcance de una existencia satisfactoria, ni la experiencia de una relación sentimental o sexual.

Lo que anda en torno de ella es todo lo anodino, lo que ni siquiera es materia de recuerdo. Es un personaje para quien el tiempo no estuvo y cuando hubo la oportunidad de aprehenderlo ya se había ido. La atmósfera de una existencia ocurrida en las bambalinas; por lo cual cuando surge un momento de felicidad fugaz, la única opción posible es recogerlo en el espacio de la memoria cuya evocación la sostendrá hasta que el tiempo final de su propia muerte se lo quite ya que quien hace memoria de Aminta es ella misma. La evocación de esa existencia opaca y mínima sólo le pertenece a ella. Aminta viene así a representar todas las existencias sin logros, mantenidas por el débil hilo de una evocación personal y que finalmente deben disolverse en el tiempo que ha dejado de ser tiempo porque esta abstracción llamada temporalidad solo tiene sentido para quien aún no ha sido disuelto en las sombras de la muerte. Y, sin embargo, Aminta no protesta ni se rebela. Allí está lo más perturbador. Vive casi como una planta que languidece paulatinamente hasta llegar a esa sequedad final, pero que consigue hacerse humana sujetada firmemente a la intimidad reminiscente de aquellas frágiles instantáneas en que creyó que por fin existía a par con la vida.

Fernando Burgos: Chileno. Profesor de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Memphis, en Memphis, Tennessee. Profesor de Español por la Universidad de Chile y Doctor en Lenguas Romances por la Universidad de Florida. Libros: La novela moderna hispanoamericana; Vertientes de la modernidad hispanoamericana; Cuentos de

Hispanoamérica en el siglo XX; Los escritores y la creación en Hispanoamérica; Un lector y un escritor tras el enigma: la narrativa de Enrique Jaramillo Levi y el recién aparecido: Conductividades posmodernas en la obra de Enrique Jaramillo Levi (con Fátima Nogueira, 2012).

Tres minicuentos

David C. Robinson O.

DE MANDRILES Y AVESTRUCCES

Los hongos inundaron la ciudad. Hay pocos hombres y mujeres que aún resisten la tentación de probarlos. Aquel que los ingiere se transforma en mandril de vivos colores faciales y hocicos repletos de puntiagudos dientes.

Ellos, los mandriles y sus colmillos, amenazan a quienes no consumen hongos y desgarran las carnes de aquellos que osan pisotearlos. Los neutros, que ni los comen ni los aplastan, más temprano que tarde se convierten en avestruces.

Ellos, los avestruces y sus plumas, son felices; sólo les basta mirar a otro lado cuando los mandriles mastican a un hombre o a una mujer. Por lo general, tienen la costumbre de mudarse en cuanto los hongos comienzan a crecer en sus casas.

Ellos y ellas, los hombres y las mujeres, sus rebeldías y sus resistencias, son una especie en extinción. No me agrada la crueldad de los mandriles ni la forma como ellos, los hongos y sus esporas, crecen sobre toda superficie, incluyendo las flores y los libros.

Hace un par de noches brotó una enorme seta sobre mi almohada favorita. Mi primer impulso fue cambiar la ropa de cama y quemarla con todo y la invasora, pero me percaté de que un mandril me observaba por el ventanuco. Para disimular acaricié el hongo. Era sedoso y su blancura extenuaba mi vista. Tenía un olor algo dulzón y no muy perceptible e imaginé que su sabor debía ser estupendo. Pero no lo probé. Busqué una frazada y caminé hasta el sofá de la sala. Dormí de lo mejor.

A la mañana siguiente, me fue imposible cepillarme los dientes con mis recién estrenadas alas. Me acicalé las plumas con mi monumental pico y me mudé de barrio. No pude ponerme las zapatillas.

EL LECTURADICTO

La luz caía de plano sobre las hojas del libro. Doscientos setenta y pico de páginas leídas y aún no era capaz de liberarse de la intriga novelesca que lo había capturado la noche anterior. Estaba tan envuelto por la magia que ni siquiera fue a laborar. ¡Típico lecturadicto!

Se hizo de oídos sordos a los reclamos de su mujer que sí se marchó a trabajar y no sostuvo la mirada de vituperios lanzada por su hijo obligado a ir al colegio. Mañana le inventaría a su supervisor alguna excusa creíble. Esa misma noche, lo más probable, tendría que someterse al chantaje de su familia. Pero lo leído ya nadie podría arrebatárselo: la intriga de una secuela de crímenes donde las víctimas, todos solitarios, eran asesinados en sus hogares. El criminal, un hombre muy musculoso, le fascinaba desangrar, a punta de puñal, a sus degollados.

Hizo una corta gira por el baño y la cocina. Se aseguró que el cachorro, atado a una pata de

la mesa, tuviese agua y comida. Postergó el forzado paseo fisiológico del can. Regresó a la recámara y se sumergió en la lectura. La novela inundó la casa.

Una tras otra las imágenes se sucedieron. La cocina. Un hombre musculoso. Un puñal en la mano. La muerte lista a penetrar la carne. Él se arremolinó bajo las sábanas y se aferró más a la lectura. El perrito olfateó un sudor extraño. Unos pasos se acercaron al dormitorio. La novela se desbordó. Él jamás dejó de leer. Pero el cachorro, angustiado por el retraso del paseo o quizás por el nuevo olor, lanzó una docena de ladridos. El libro fue cerrado y las imágenes retrocedieron. El perro calló, él regresó a la lectura. El cuchillo volvió. Dos ladridos y el sentimiento de culpa lo forzaron a cerrar el libro e ir a la cocina. Allí un viento sin sombras se escapaba.

DE LAS TRAVESURAS DEL VIENTO

El océano no es para los colibríes. Mucha extensión y pocas flores. Pero allá fue a dar uno. Un viento traicionero y los árboles se le transformaron en olas. Por puro milagro sus alitas no salieron lastimadas, pero tanto brillo lo asustaba, mucho.

Mientras el sol abría sus brazos extendiendo el mediodía como un mantel, el vendaval arrastró al colibrí hasta una enorme piedra aislada en plena alta mar. Sobre la roca había una niña cubierta con unos cuantos trapos; estaba acuclillada y mirando en la dirección de donde provenía la corriente eólica. Era evidente que los rayos solares lastimaron bastante su antes fresco cutis.

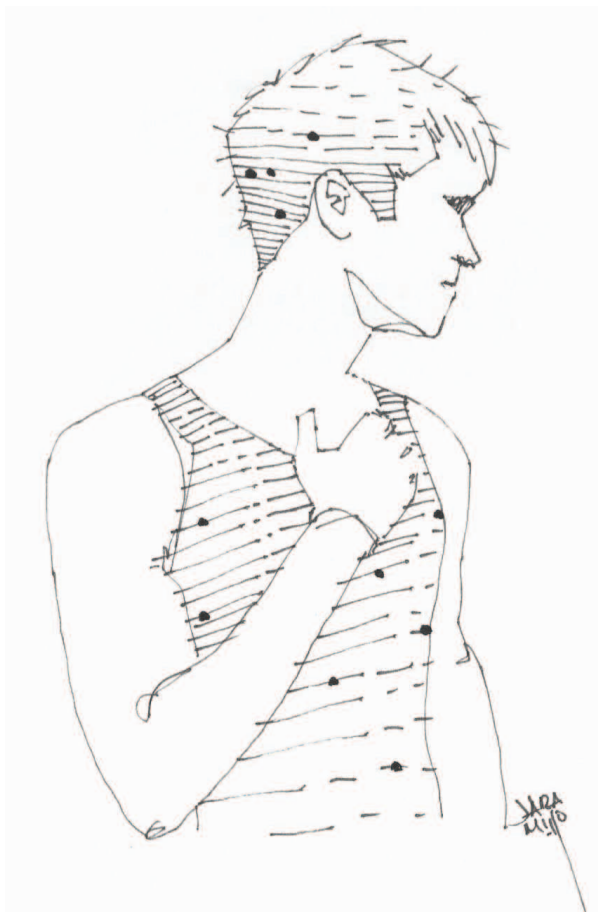
El colibrí aleteó hasta ella. Tenía los ojos más tiernos que jamás ave alguna haya visto. Sus labios cuarteados sonreían dolorosamente, como

dando la bienvenida a la visita. Sus brazos, algo más que bronceados, se extendieron hacia el colibrí. Él voló hasta las manos abiertas de la niña y, posado en sus palmas, se abandonó al descanso y consuelo brindado. Ella le recibió con toda la suavidad de la que todavía era capaz, rodeándolo con sus torpes dedos y llevándose hasta sus labios. El colibrí se rindió aún más.

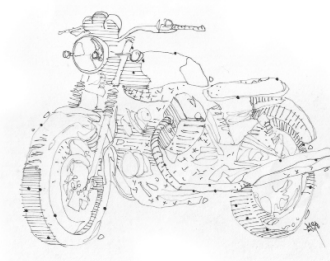
Ella rozó con sus labios las alas de colorines, besó el pequeño pico templado y por último, acertó una feroz mordida al cuello de la avecilla, cercenándolo de un solo tiro. La niña bebió la poca sangre que brotaba y comió la escasa carne. Una a una intentó regresar al aire, las pequeñas y ahora húmedas plumas del colibrí; una a una cayeron todas casi directo al mar. Con el hambre y la sed apenas engañada, con sus muelas entretenidas en moler los huesillos que todavía no ingería, la niña volvió el rostro a aquella parte del horizonte donde quedan los bosques llenos de aves, esperando que el viento de nuevo hiciera una travesura.



David C. Róbinson O. Nació en la Ciudad de Panamá el 9 de noviembre de 1960. Licenciado en Biología y Profesor de Educación Media por la Universidad de Panamá. Labora como profesor en el Colegio Elena Chávez de Pinate dictando las materias de Ciencias Naturales y Biología. Ha publicado los libros



de cuentos: En las cosas del amor... (INAC, 1991); Vértigo (UTP, 2001); Resistencias (Maldiciones al desparpajo) (2005); Breviario simple (2012) y Territorio de orugas (2014). Poemarios: Soledades pariendo (1995 y 2003); La canción atrevida (1999) y Confesiones de un poeta en una ciudad que odia (2010); y una compilación de artículos breves: Heurísticas –del instinto al oficio (Ediciones 400 elefantes, Managua, 2007). También, una compilación de cuentistas panameños: Soles de papel y tinta (Alfaguara, Panamá, 2013).



Los faroles sostienen la noche

Ariel Romero Hernández



1.

La muerte es una repetición de lo constante.

*Lo constante es el infinito,
y el infinito es la madrugada que se extiende
como una espada de hielo entre los edificios.*

*La Ciudad es funesta porque tu nombre se ha ido.
Ni siquiera el silencio se atreve a posar sus alas en su seno.
Tu nombre se ha escapado hacia las montañas longevas.*

*Ahí las luciérnagas erigen sus lamentaciones
con la noche taciturna, con el río mudo y toman la forma de la montaña
como la señal de auxilio de un país triste que el cielo va engullendo.*

*Los muertos saloman entre los bejucos.
En esta noche se está ciego
y de alguna forma los sonidos tropicales son el idioma
del amor perdido entre el rastrojo.
Está tu rostro con el signo de una palabra explosiva.
Los merachos lloran sobre las aguas donde tu espíritu se hunde.
Las luciérnagas susurran el secreto angelical que crece en la montaña.
Los hombres del otro lado del río están tan vivos como tu muerte
y la lluvia perdida no regresara para acariciar sus sombras presidiarias.
Estás en la inmensidad, ya ni la penumbra resiste tu silencio.*

*Todo ha acabado:
Los caminos de tierra te dan la palmada definitiva,
el río es mudo,
la montaña es un haz de luz que las luciérnagas profesan,
los hombres perdidos levantan tu hogar de madera y cruzan el río del nunca jamás,
los duendes inclinan la cabeza
la montaña emite el último lamento,*

*Dios calla y a veces sonrío;
los hombres cruzan el río con tu hogar a espaldas,
con la certeza mortuoria de que el río los condeno a la lejanía.*

2.

*En una parte secreta de la Ciudad
camino por un callejón de lodo.
Mis pasos se hunden,
mis zapatos están sucios de una tierra callada.
Mis pasos no son pasos sino rastros
y he dejado en cada uno el susurro de nuestras voces
hasta que otros pasos de otros hombres lo borren hasta el infinito
y los faroles entonen el cántico de las calles fugitivas.
Siempre podré volver a ese callejón,
encontrarnos entre la tierra mojada,*

*entre sonidos de luciérnagas y canticos gusánales.
Rebuscar en ese callejón nuestro mito,
nuestra leyenda de ojos cortados,
nuestra profecía de muerte que nos unirá más.
Reinventarnos en el punto exacto del génesis,
dejar allí la última palabra de nuestro idioma.*

3.

*Hay un rocío en los parques de la Ciudad
que me habla de un lenguaje pagano.
Percibo ese rocío en las personas,
en la señora que vende artesanías,
en la mujeres de la fonda del centro
con sus ojos de sentenciadas a muerte;
en el vagabundo que se echa a la puerta de la parroquia
escribiendo en un cuaderno el testamento del fracaso.*

*Es un rocío que resquebraja la cruz de la catedral,
ese rocío es una profecía en mi largo camino bajo los árboles secos.
El rocío cae como un sol muerto sobre aquellas cosas oxidadas,
inhabitables,
sobre infiernos poderosos que nos hacen reír.*

*Las luciérnagas se petrifican,
parpadea dentro de ellas una luz azul.
Sigo su luz,
el rocío aniquila mis ojos,
ya camino bajo los túneles susurrando idiomas angelicales con ratas,
murciélagos,
y seres que quieren entonar el réquiem de mi sombra.
El rocío me asesina,
se me escapa tu palabra como un muerto a la tierra.*

La Ciudad ha perdido su fe.

4.

*Es una contracción del absurdo ver desde el fin de la nube
todas las cosas que odié;
la música que se rompe en lo profundo de una cloaca,
las lechuzas que hieren la noche
con su procesión antimaterial de penas lejanas;
todas las cosas que explotaron dentro de una mano,
aquello que dictaminamos cuando vemos la incógnita del azar:
la casa de zinc con su viento de sangre entre los muebles,
la vegetación volátil que carcome el aura de lo siniestro.
Es una contracción del absurdo
la apariencia de metal que le quita la luz a los seres de inframundo.
Oquedad de Dios:
su rostro es un patíbulo donde renunciamos al pacto de la tortura.*

5.

*Los seres de luz han dejado caer la noche hasta el centro de la tierra.
Tu voz se riega como una lluvia entre los mendigos
que preparan la ordenanza del final a solas.
Las nubes son templos que expulsan ancianos con su soledad de metal.
Mis oídos palpitan,
las luciérnagas pregonan tu profecía,
las cucarachas rezan la plegaria del enigma.
Te avisto entre calles de otros mundos
arrastrando una guitarra desvencijada.
La ciudad destruye sus lamentaciones,
una música de cuerdas infernales
deshace la neblina de los condenados.
Te avisto entre los dolores del Dios triste:
Tu canto ya no callará.*

Ariel Romero Hernández: Nació el 11 de febrero de 1985, en La Chorrera. Es Licenciado en Humanidades, con énfasis en Geografía e Historia, y poeta. Ganador del Premio Nacional de Poesía Joven “Gustavo Batista Cedeño” (del INAC) en 2015, con el poemario: “Los faroles sostienen la noche”.

Breve historia del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá

El Diplomado en Creación Literaria nace en la Universidad Tecnológica de Panamá como una iniciativa cultural para orientar y formar posibles futuros escritores panameños y de otros países, quienes residen en Panamá: son personas que recién se inician en las lides de la creatividad literaria y que, sintiendo la afición o la vocación por escribir, buscan la oportunidad de perfeccionar conceptos, técnicas y actitudes hacia la escritura en los diversos géneros literarios: cuento, poesía, novela, ensayo y obra teatral.

Partimos de la convicción de que el auténtico talento nace, pero puede perfeccionarse y disciplinarse en el camino, bajo la guía de escritores idóneos y bajo la influencia de buenas lecturas y talleres, y por supuesto con mucha dedicación y perseverancia. No podemos crear escritores donde no exista un talento literario innato, pero sí ofrecerles una experiencia creativa de la mano de profesores que, a su vez, son todos escritores nacionales reconocidos. El Diplomado en Creación Literaria fue creado en 2001 en la UTP por iniciativa del escritor Enrique Jaramillo Levi cuando fungía como el primer Coordinador de Difusión Cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá, adscrito su cargo en aquella época a Rectoría, cuando el Rector era el Ing. Héctor Montemayor. Ese primer año tuvo un éxito enorme: egresaron 28 personas. Entre éstas, varias que después llegarían a ser escritores reconocidos: Javier Alvarado (poeta), David Róbinson (poeta y cuentista) y Eyra Harbar (poeta), entre otros. Más adelante, por varios años el Diplomado estuvo adscrito a la entonces recién creada Facultad de Ciencias y Tecnología. Ahora es administrado por la Vicerrectoría de Investigación, Postgrado y Extensión, adscrito a la Dirección de Extensión de la misma.

Si bien, por diversas razones, el Diplomado no se impartió durante dos años específicos, en 2015 estamos cumpliendo trece años casi consecutivos

de existir como iniciativa cultural de la UTP. El mínimo de personas que debe tener este Diplomado para poder abrirse una vez al año, siempre durante el verano, es de 10 personas, y el máximo de 20. En la práctica, el promedio suele ser de 13 personas.

Ofrecemos 9 asignaturas cortas, en 5 clases cada una, que se imparten alternadamente a lo largo de 10 semanas, en dos módulos, de lunes a viernes, de 6:00 a 9:30 p.m., tanto de tipo seminario-taller (o sea, producción de textos), como también materias teóricas. Al final, se otorga un Certificado de la UTP, pero no se dan créditos, ya que se trata de un Diplomado Cultural y no de orden Académico.

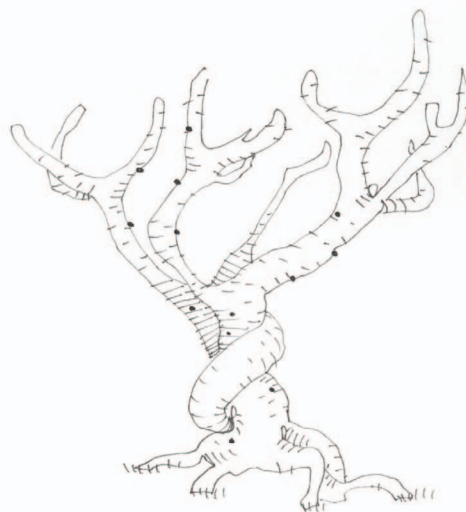
En materia de concursos literarios, este Diplomado, visto a lo largo de los 13 años de su existencia, ha producido: dos Premios Nacionales de Literatura “Ricardo Miró”, en las personas de: Mónica Guardia (egresada del Diplomado 2012), con su libro “Milagros de la fe” y Dimitrios Gianareas (egresado del Diplomado 2013), con su libro “La chica que conocí el día que mataron a Kennedy”, en los géneros Teatro y Novela, respectivamente. También, dos Premios Centroamericanos de Literatura “Rogelio Sinán” (certamen organizado anualmente por la UTP), debido a: Javier Alvarado (egresado del Diplomado 2001), con su poemario “Balada sin ovejas para un pastor de huesos”; y a Gonzalo Menéndez González (egresado del Diplomado 2012), con su libro “La tos, la Tiza y Tusó”. A su vez, cuatro Premios Nacionales de Cuento “José María Sánchez” (concurso organizado anualmente también por la UTP), en las personas de: Eduardo Soto (egresado del Diplomado en 2003), con su libro Cuentos nada más; Gonzalo Menéndez González (egresado del Diplomado 2012), con su libro “Mirada de mar”; David Róbinson (egresado del Diplomado 2001), con su libro “Territorio de orugas”; y Eduardo Jaspe Lescure (egresado del Diplomado 2014), con su libro “Arcanos mayores”, próximo a publicarse.

Último vuelo

Cuento de Julio Moreira Cabrera

El brillo de sus colores al ser desenvuelta le avisaba en secreto, como el subrepticio murmullo del viento, que ella jamás estaría conforme con el cautiverio. Su naturaleza se lo impide. Nació para el vuelo, lo que la hace una amante del viento. No era ave majestuosa pero igual tenía alas, portanto, su lugar estuvo definido desde que salió de la línea de producción de alguna planta de China. Claro, no era momento de vuelo por tanto el miedo de Chelo a perderla se disipó al seguir estático babeando por la belleza de sus colores; azules eléctricos, verdes fosforescentes casi translúcidos y remolinitos amarillo sol haciendo el papel de plumaje en su esqueleto de madera y plástico, sujeta a su voluntad por un cordón de nylon, que desde el primer momento por su ínfimo grosor le dio la impresión de ser cómplice de una posible fuga, conociéndolo no era nada paranoico su miedo, siendo un chico que por verano se le fugaban tres cometas como mínimo, sin embargo se llenó de confianza al saberse una pulgada más maduro que la última vez.

Marcelo Viejo decidió llevarlo a estrenar su nueva cometa, cosa que Chelo temió desde el momento que contempló sus pigmentos caleidoscópicos y el enclenque nylon. Como era de suponerse el primer vuelo como toda primera lección estuvo lleno de ensayo y error, todos con resultados desastrosos; antes de conocer el cielo, la cometa ya tenía total familiaridad con la tierra, al punto de que se tuteaban de cometa a tierra antes de acabar aquella primera sesión. La segunda sesión no obtuvo mejores resultados, fue hasta la tercera



que la cometa conocería las primeras caricias de ese estado de la materia prácticamente invisible, aquella perfección morfológica entre lo terrenal y lo celeste que llaman viento, hasta que la sembró de nariz en el corotú más alto del parque municipal de Bethania. A pesar del fracaso se sentía satisfecho de haber evitado por medio de su torpeza perderla y el hilo del que tanto sospechaba resultó tener una fuerza impensada, cosa que le dio seguridad para intentar hacerla volar en la próxima ocasión tan alto, como dijo Luchín que había volado la suya.

Poco a poco fue perdiendo el temor a que se le escapara, sin que ello indicara una mejora en sus habilidades aeronáuticas aunque ya desconfiaba menos de los fenómenos presenciados, esa pulgada le daba confianza, percepciones como aquella vez antes de intentar bajarla del corotú cuando le pareció detectar alguna especie de complicidad entre ambos, ella moviendo sus alas sintéticas y el árbol meciéndole sus ramas, al punto que llegó a imaginar que el árbol mismo se dispuso a bajarla inclinando de forma sutil cada rama hasta que la cometa cayó directamente en sus manos, sin que él hubiese hecho el menor intento por rescatarla; claro Marcelo Viejo le explicó sobre las corrientes de viento, del efecto en el mecer de los árboles que tienen y le dio la intranquila certeza de

que sus miedos eran infundados, “esas son sólo pendejadas, hijo”, agregó a los fenómenos experimentados por el chico cuando con claro temor en los ojos le contó el suceso.

Poco a poco se fue olvidando de todos los detalles notados en aquellos primeros días de intentos de vuelo; el nylon flojo o los árboles alcahuetes ya no eran preocupación, poco a poco fue tomando conciencia de las palabras de su padre, poco a poco dejó de tomar por cierto lo que imaginaba y más seriamente lo que veía con sus manos.

El plan de vuelo se conjugó perfectamente, él corre apresurado por hacerla tomar la velocidad necesaria para el baile con el viento, más alto que Luchín; a medida que avanza sus cordones se desatan sin levantar sospecha, el árbol cómplice extiende su raíz más sobresaliente en la cual queda anclado el pie, los cordones y la raíz en contubernio ejecutan perfectamente el plan de la cometa; él cae de bruces fundiendo su cara entera con la tierra, quien había prometido ser “algo” blanda; según lo acordado en aquella primera sesión entre ambas, la mano de Chelo por instinto sujeta el nylon en vez de cubrir el rostro y el nylon a su vez se sacrifica inmediatamente liberando la cometa al vuelo que él nunca pudo darle por cuenta propia; tal cual habían acordado ambos desde que empezaron a compartir el mismo empaque...ella se aleja en los brazos de su amante mientras lo escucha berrear, sólo le queda recoger los dos últimos dientes de leche, limpiarse la sangre y la tierra con la manga del suéter mientras alza su mirada al cielo para ver a la cometa reída en vibrantes colores libre en el viento, mientras él en la tierra aprieta el puño con los dos últimos dientes de la infancia, contemplando la realización de tantos temores casi olvidados, resignado el último vuelo.

Julio Moreira Cabrera: Nació en la Ciudad de Panamá en 1981. Realizó estudios de Derecho en la Universidad Santa María La Antigua

(Panamá). Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2011, de la Universidad Tecnológica de Panamá. Posteriormente tomó un Taller de Cuento Avanzado con el escritor Enrique Jaramillo Levi. En 2011 obtiene la Primera Mención Honorífica, con la obra “Garabatos”, en la primera versión del Premio “Diplomado en Creación Diplomado” 2011, organizado por la UTP. Libro de cuentos publicado: Garabatos (UTP, 2011).

El punto ciego

Dimitrios Gianareas



Antes de hacer lo que he venido a hacer, creo que lo mínimo que mereces es una explicación. Quizás cuando te enteres de las circunstancias que me han puesto en este sitio, comprenderás que son nobles mis motivos. Porque, ¿qué puede ser más noble que honrar el juramento que se le ha hecho a un amigo? Y es que Roy, además de ser un compañero de trabajo, es el mejor amigo que he tenido, y de ello me dio, hace mucho tiempo, la prueba más irrefutable que alguien puede ofrecer. Te voy a contar.

Una noche fuimos a hacer un trabajo juntos. Nos estacionamos frente a la casa indicada. Verifico: el muro verde y las verjas rojas. Me bajo. Roy se queda dentro, con el motor

encendido. El tipo sale cuando escucha el automóvil y yo camino despacio hacia él. Se detiene frente al marco de la puerta y me lanza una mirada agresiva, pero cuando ve la 38 en mis manos, se percata del peligro. No me da tiempo de pensar, así que por acto reflejo, ¡bang! ¡bang! ¡bang!, le suelto tres disparos. Le doy, sé que le doy, porque a cinco metros no puedo fallar tres veces seguidas, aunque sea de noche. En lo que me ha tomado hacer las tres descargas, el tipo se dio la vuelta, corrió, se metió dentro de la casa y se perdió de mi vista, con notable agilidad, como si hubiera practicado esos movimientos muchas veces, como si otros tipos antes se hubieran bajado de automóviles haciendo disparos a su casa. Ni trastabilla, ni pega un grito, ni siquiera suelta una mala palabra. Entra, pero no alcanza a cerrar la puerta. Seguro que le di. Lo sigo, y es que después de los tres estruendos que ha de haber escuchado toda la calle, no me puedo quedar afuera con una pistola en la mano como si nada. Qué estupidez acabo de cometer, pienso una vez que estoy dentro. Me podían haber liquidado como a un imbécil apenas crucé la puerta, pero por fortuna no ha sido así. Examino el interior. La sala de la casa. Los muebles son pequeños. Difícil estar escondido detrás de ninguno. Le doy una patada al único sillón sospechoso y lo descarto. Veo un pasillo y dos puertas. Elijo una y me detengo. Tú sabes, yo no voy a entrar así, sin saber qué hay del otro lado. Imagínate que me esté esperando apuntándome con una pistola. Hoy día, en esta ciudad, todo el mundo anda armado por ahí. Además, no estoy seguro de haberle dado, y aunque lo hubiera hecho, un solo disparo no es suficiente para acabar con nadie. La vida real no es como las películas, donde de un solo plomazo la gente cae fulminada instantáneamente. Te lo digo porque he visto con mis propios ojos gente corriendo como si nada con cinco plomazos dentro del cuerpo. Cinco orificios sangrando y ellos como si nada, te imaginas. De modo que me quedo

esperando afuera. Ya no me puedo marchar, porque cuando uno comienza un trabajo no se puede ir y dejarlo a medio terminar, tú sabes, la responsabilidad laboral ante todo. Me coloco a un lado de la puerta, la espalda contra la pared sosteniendo el arma con las dos manos, pegada a la cara y apuntando hacia arriba, así, igualito como en la televisión. Escucho atento. Nada, si está dentro el tipo no se mueve. Pasa un rato, luego de qué se yo cuántos minutos escucho un golpe seco, como si algo hubiera caído. Después silencio absoluto. Me voy desesperando, ya me quiero ir. Ha pasado muchísimo tiempo desde que le disparé, pese a que han transcurrido pocos, y todavía no sé si terminé el trabajo. Así que me arriesgo. Voy para adentro. De un solo movimiento empujo la puerta y me coloco frente a la entrada, sosteniendo el arma con los brazos extendidos, apuntando a lo que se mueva. Hay un interruptor al lado de la puerta. Enciendo la luz. ¿Qué crees? El tipo está tirado en el suelo. Examino el lugar. No hay nadie más. Doy dos pasos en dirección al cuerpo. Parece que está muerto, o al menos inconsciente. Está boca arriba, con los brazos extendidos y tiene un manchón rojo en la camisa. Debe tener la carne bien blanda este hombre, porque tiene un orificio en la barriga, y recuerda que yo le di por la espalda. Tengo que cerciorarme de que lo liquidé, pero como no soy médico, se me ocurre que lo mejor es darle otro balazo. Antes de dispararle, procedo de acuerdo a la rutina que sigo cuando voy a matar a alguien: le rezo un padrenuestro, porque cuando alguien va a morir, lo menos que puede hacer la última persona a su lado, es rezarle. Después de haber dicho amén, le apunto justo a la frente, tú sabes, un tiro a la cabeza produce una muerte instantánea. Lo leí en una revista científica. Aprieto el gatillo y no pasa nada. Aprieto varias veces, y caigo en la cuenta de que no llené el cargador. Imagínate, voy a matar a un tipo y nada más llevo tres balas. Al mejor cazador se le va la liebre. Recuerdo que tengo una caja de

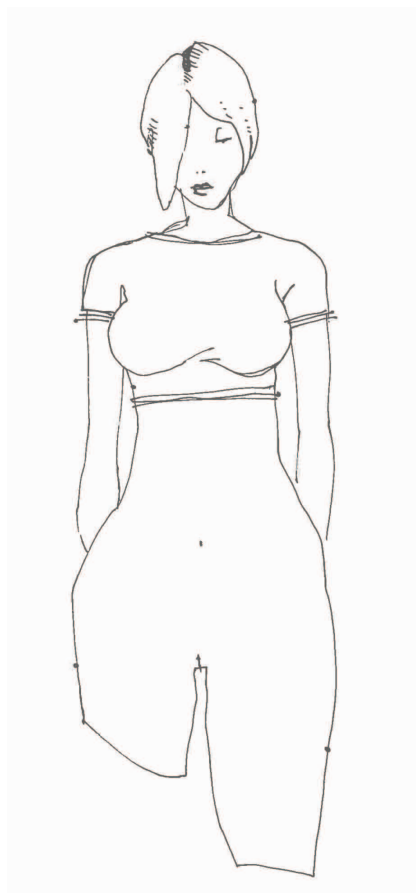
balas en el auto. Decido ir por ellas y regresar. Cuando le doy la espalda escucho pasos que se acercan. Me quedo inmóvil, apuntando mi arma descargada en dirección de los pasos, mientras percibo el latir de mi corazón. Transcurren dos o tres segundos. Miro de reojo al tipo. Sigue igual. Respiro aliviado y bajo la 38, cuando veo que es Roy el que se asoma, pero apenas lo veo, pone una cara de miedo y me grita: ¡cuidado! Veo que apunta el arma en mi dirección y escucho: ¡bang! ¡bang! Una fracción de segundo después me doy cuenta de que no era a mí a quien disparaba, y me doy vuelta. El tipo no estaba muerto, pero ahora sí lo está. Muerto y sosteniendo una pistola en la mano. Roy sonríe. No viste cuando sacó el arma, ¿verdad?, ¿sabes porqué?, me pregunta Roy. Todavía asustado, apenas le contesto encogiéndome de hombros. Por culpa del punto ciego. Cuando sacó el arma estaba en tu punto ciego, me dice. Yo no sé de qué me está hablando, ¿tú sabes qué es el punto ciego?, pero me emociono mucho. Me acaban de salvar la vida. Así es, ese desgraciado estuvo a punto de matarme por la espalda. Pero estoy vivo gracias a Roy. Le debo la vida. Le tiendo los brazos y le juro que algún día voy a retribuirle. Nos abrazamos y le vuelvo a asegurar que por él haré lo que me pida, y tú sabes, y si no lo sabes te lo explico, que en nuestro oficio los juramentos se cumplen, porque la lealtad es la virtud que sostiene todo el andamiaje de nuestra profesión.

Lo que te cuento ocurrió hace varios años, pero mi determinación de honrar la palabra empeñada no ha disminuido ni un ápice durante ese tiempo. Lamentablemente para ti, Roy me ha pedido recientemente que acabe contigo, y tú sabes que a un amigo que le ha salvado la vida a uno, no se le puede fallar. Así que prepárate, porque te voy a rezar un padrenuestro.

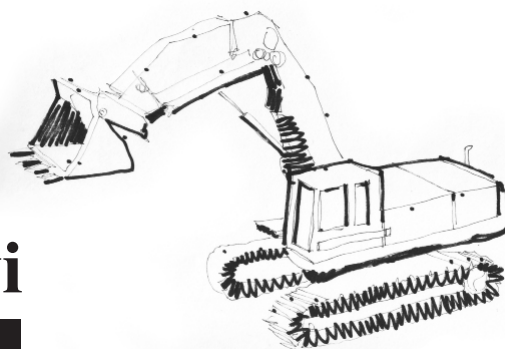
**Tomado de "Dos voces 30 cuentos", de Carolina*

Fonseca y Dimitrios Gianareas, Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2013.

Dimitrios Gianareas: Nació en la Ciudad de Panamá el 3 de enero de 1967. Doctor en Medicina por la Universidad de Panamá. Egresado del Diplomado Internacional de Creación Literaria de la Universidad Latina de Panamá en 2011, ha participado en talleres de cuento avanzado con el escritor Enrique Jaramillo Levi. Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2013, de la Universidad Tecnológica de Panamá, ha publicado cuentos en la revista "Maga". Fue incluido en: "Los recién llegados (54 Cuentistas inéditos escriben en Panamá: antología)" (2013). Junto con Carolina Fonseca ha publicado un libro de cuentos: Dos Voces 30 cuentos (2013). Gana en 2013 el Concurso Nacional de Literatura "Ricardo Miró" en Novela con la obra La chica que conocí el día que mataron a Kennedy (INAC, 2014).



La metaficción en los cuentos del escritor panameño Enrique Jaramillo Levi



Lisa Nalbone

(Norteamericana)

¿Qué es la metaficción?

La metaficción describe el proceso de creación literaria a través del texto que tienen en sus manos (o pantallas) los lectores. Según Patricia Waugh la metaficción “es un término que se ha dado a la escritura ficcional que, autoconsciente y sistemáticamente, llama la atención sobre su propio estado de artefacto, con el fin de cuestionar la relación entre la ficción y la realidad” (2). Aunque se han identificado ejemplos de la metaficción en la literatura clásica, incluyendo la obra maestra de Miguel de Cervantes, **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha** (1605, 1615), es durante la década de 1960 y 1970 que se empieza a conceptualizar teóricamente. Según Francisco Orejas, la obra metaficticia revela “las diversas estrategias de las que el autor se sirve en el proceso de la creación literaria” (113). La identidad fusionada del personaje/autor en **Niebla** (1914) por Miguel de Unamuno, en “Borges y yo” (1960) por Jorge Luis Borges, y en **El cuarto de atrás** (1978) de Carmen Martín Gaité representan tres ejemplos del proceso metaliterario en la narrativa, al igual que la creación lírica de Pablo Neruda titulada “Poesía”, sobre la génesis de la creación poética para este escritor chileno. Para tomar algunos ejemplos del cine, la película *Birdman* (2014) se trata de un actor convertido en director que dirige una obra de teatro en la ciudad de Nueva York. Las películas *Saving Mr. Banks* (2013) sobre el proceso de la producción de

la película *Mary Poppins* (1964) y *También la lluvia* (2010), sobre el rodaje de una película sobre la resistencia de los indígenas a la colonización encabezada por Cristóbal Colón, son otros dos ejemplos cinematográficos; este último podríamos decir que se trata de un ejemplo de la meta-metapelícula en el sentido de que incorpora un elemento adicional que incluye a una camarógrafa que graba un documental sobre la metapelícula.

La vida y obra de Enrique Jaramillo Levi

Enrique Jaramillo Levi nació en Colón, Panamá en 1944. Ha vivido en los Estados Unidos y en México donde ejerció como profesor universitario. Reside actualmente en Panamá. Es recipiente de numerosos reconocimientos y premios literarios; uno de los más prestigiosos es el Premio Único de Cuento en la Versión 72 de los Juegos Florales Hispanoamericanos, de Quetzaltenango, Guatemala. Además de ser escritor, ha sido gran promotor de la literatura panameña. En una entrevista de 1991 Jaramillo Levi comenta sobre la producción literaria en Panamá: “Ocurre que la gente no tenía incentivos para escribir” (Referencias cruzadas 153). No sólo reconoce este obstáculo a la producción creativa sino que empieza a contribuir a la solución. Se dedica, además de cultivar su propia labor creativa, a editar antologías literarias y volúmenes críticos, a crear varios premios literarios, grupos

literarios y revistas literarias, entre estas últimas la revista *Maga*, y a colaborar asiduamente hacia lograr que se reconozca el valor de la literatura y de la cultura panameñas a nivel nacional e internacional. Como escritor, ha cultivado varios géneros literarios: poesía, ensayo, y teatro, pero en el que mayor representación tiene es en el cuento. Es autor de más de 20 colecciones de cuentos. ¿Por qué el cuento? Según Jaramillo Levi, es “un género difícil, bello, autosuficiente, que sin embargo a mí se me da con cierta facilidad. Trabajo en el interior de la frase [...] o hacia afuera, yuxtaponiéndole otras frases que de alguna manera amplían o completan información pertinente” (El cuento como enigma y reto 57). Al hablar sobre la tensión que se crea en la trama del cuento entre la ética y la estética, el escritor redefine la tensión como “un difícil equilibrio entre la substancia de los contenidos [...] y el logro de una forma adecuada de expresión” (Ser escritor 150). De este modo, Jaramillo Levi intenta equilibrar contenido y forma, destacando el papel del narrador o personaje “Escritor” que se enfrenta ante su propia existencia, borrándose a veces las líneas entre lo real y lo ficticio.

Caracol y otros cuentos

La colección **Caracol y otros cuentos** se divide en tres secciones: “Caracol” (siete cuentos escritos en Panamá, 1997), “Fisuras” (cuatro cuentos) y “Tocar fondo” (siete cuentos), estas últimas secciones escritas en Querétaro, México entre 1993-1995. Se destaca el tema de la metaficción en cinco cuentos en los cuales el papel del escritor como creador aparece en primer plano, como agente consciente de los componentes necesarios para crear su producto final,¹ en este caso el cuento. El enfoque en el personaje escritor sugiere una autenticidad en cuanto a la construcción del sujeto literario por la referencia (auto)biográfica en cuanto a Jaramillo Levi. Por cierto, según explica él, “Se me ha censurado el ponerme tanto en lo que

¹ Fernando Burgos ha realizado un estudio crítico sobre la metaficción en otra colección de Jaramillo Levi, “Rotaciones y traslaciones en la narrativa de Enrique Jaramillo Levi”.

escribo, unas veces tras máscaras y artificios de fácil o difícil develación; otras, de forma menos retórica, y sobre todo en algunos cuentos de *Caracol* y otros cuentos” (El cuento como enigma y reto 54).

La ilusión

“La ilusión” narra la historia de un escritor mayor que padece de demencia y que se ha despertado de un período de incomunicación para dedicarse de nuevo a escribir. El producto de su creación durante un período de lucidez e inspiración es fruto del proceso de redactar su texto. Según Fernando Burgos, “la creación es una manifestación hecha de tiempo en cualquiera de sus formas y desde cualquiera de sus perspectivas” (Caracol y otros cuentos). Las referencias al acto de escribir incluyen la identificación del medio—la máquina de escribir marca Underwood—y el proceso físico y emocional de “[aporrear] con los dedos las duras teclas en la angustia del olvido y el dolor de la creciente confusión y la alegría de querer decirlo todo escribiendo porque nada más así logro cierto orden en el caos, un poco de luz en las tinieblas” (52). Al final, el autor acumula las hojas y las pone en orden antes de presentárselas a sus “editores”, que en la realidad ficticia son su esposa y sus nietos, observadores incrédulos de la escena. Resulta que el contenido del cuento, que él mismo resume, narra la historia de su vida que presenta a su esposa y a nietos confundidos con sus editores. La metaficción produce el efecto de la caja china, del cuento dentro del cuento, cuya intención es encapsular la negociación del producto antes, durante y después de su fabricación, entre el remitente (el escritor) y el receptor tanto implícito (los editores, en este caso la familia del escritor) como explícito (el lector de este cuento o los editores que han e leer el texto).

El inédito

En “El inédito” el hijo ilegítimo del escritor ficticio Saúl Belkis se compromete a editar póstumamente la obra actualmente inédita de su padre del mismo nombre. Entre los pensamientos del hijo narrador, se intercalan los textos originales de su padre: varios cuentos y un poema. La conclusión metaficticia

del cuento coincide con el acto de editar la obra de su padre, ya que el hijo incorpora en el cuento algunos escritos originales del padre. El hijo cumple con la doble función de escribir su propio cuento, integrando la voz narrativa de su padre. Esta técnica representa una de las contribuciones originales a la literatura panameña de Jaramillo Levi, quien ha afirmado que “La originalidad no se consigue solamente por el lado del lenguaje; puede estar en el tratamiento que se le da a la obra; los recursos o procedimientos empleados, la forma de emplear un tema, la construcción de los personajes” (Ser escritor 151).

El estar condenado al silencio representa un peligro para el fomento de la literatura panameña, un peligro que Saúl Belkis espera evitar. Como narrador, Saúl intenta recuperar el valor de la creación literaria y del legado literario de su padre. La cuestión de salvaguardar su herencia literaria es fundamental para Saúl padre: su hijo y su obra representan el legado del mismo creador. El darle legitimidad a la obra literaria del padre, igualmente le proporcionará su propia legitimidad como hijo. El narrador reconoce el concepto de ‘rescate literario’ en “El inédito”: “Porque nadie más lo hará en este país. Al contrario, a excepción de este periódico, pareciera que trataran de olvidarlo, de hacer que se le olvide, que no se estudien sus libros en los colegios, incluso en las universidades” (107).

La última ola

El narrador en tercera persona de “La última ola” pormenoriza el proceso creativo del protagonista, desde la inyección e inspiración de su cuento, hasta la culminación que resulta en el producto final del mismo. Sin embargo este narrador sutilmente se inserta en primera persona, en dos ocasiones para señalar la conexión difícil de separar la identidad del que observa la acción y el que la presencia. Para Jaramillo Levi, “La creación de personajes coherentes consigo mismos [...] así como de interesantes situaciones, y la originalidad en las texturas y matices de la organización de otros aspectos compositivos (ambientación, trama, tono, técnicas narrativas, el

uso mismo del lenguaje) [...] es una tarea ardua, compleja, a veces gozosa, a menudo frustrante tarea” (El oficio del escritor 49).

Jaramillo Levi utiliza la metaficción como técnica narrativa vinculada al vaivén creativo, evocando frases de movimiento que metafóricamente caracterizan el fluir de su conciencia: abrir los ojos, inhalar y exhalar, sentarse en una mecedora. Se acentúa, además, el movimiento rítmico de la ola a través de imágenes del paso del tiempo, tales como la luz el día que llega como una ola, la primera y la última cita con un amante y las referencias al pasado, presente y futuro.² El narrador en primera persona explica que busca una libreta y una pluma para anotar, busca también inspiración en otros escritores como Juan Carlos Onetti, aunque reconoce que su talento no llega a la altura de esta gran figura literaria de Uruguay. El narrador siente la necesidad de recoger sus cuentos y publicarlos en un volumen de Cuentos completos. Quiere ponerlos en un orden “que permita una visión de mi quehacer narrativo; una panorámica tal cual, invitando al análisis de la diversidad formal y las reiteraciones temáticas” (86).

Hacia el final del cuento, el escritor se imagina una escena de una madre y su hijo en la playa y observa su mundo. Sin embargo, y sin explicaciones, de repente se siente enterrado en la arena hasta el cuello. Durante la marea alta, el personaje en su función de narrador es testigo de su propia muerte. Mientras se ahoga, logra escribir, “Y la playa aquí rodeándome, mía. Sin mujer, sin hijo, desprovisto de un mañana, pero mía, petrificada estampa. Rodeándonos. Sí, a los dos; ambos una misma eternidad: la coagulada ola y yo” (89). Vuelta la acción a la realidad ficticia, la dueña de la casa de huéspedes donde se quedaba el escritor encuentra en el piso de madera un “puñado de arena blanca y [un] inexplicable pocito de agua con penetrante olor a sal” (89).

² Para un estudio más amplio de la noción del tiempo en Caracol y otros cuentos, ver “¿ Las preguntas del tiempo y las confesiones: Caracol y otros cuentos” de Fernando Burgos.

Humillación

En la primera sección de dos en “Humillación”, el narrador en primera persona explica la frustración que siente ante la imposibilidad de escribir. A través de la metaficción, los pensamientos constituyen el mismo relato y son, precisamente, las palabras que no le salen las que constituyen el argumento: “no me sale nada” (132) y “Aquí estoy. Aquí sigo... Y nada” (132). El escritor hace referencia a “la nula creatividad” (132) y “las letras unidas por la inercia” (133); sin sentido se convierten en una “parálisis total” (133). En la segunda sección, el escritor se despierta. Inexplicablemente la máquina de escribir se ha apoderado de sus pensamientos de la primera sección y los ha transferido a la hoja anteriormente en blanco; inclusive, y curiosamente, se titula la narración “La humillación,” otra manifestación del cuento dentro del cuento. El texto de “La humillación” deja claro que es la máquina la que ha absorbido la esencia y presencia del escritor, para convertirse en el vehículo creador, prescindiéndose a la vez de la necesidad de un escritor físico, humano. Sin embargo, predomina cierta frialdad macabra mediante la distancia entre el lector como observador de la situación, y una máquina inanimada que ha adquirido la capacidad de escribir por su propia iniciativa. El proceso deshumanizante que experimenta el narrador/personaje alude a los peligros del silencio literario o al miedo al olvido, pero precisamente el captar los pensamientos interiores y hacer que perduren en su forma impresa mitiga este peligro y puede elucidar el proceso multifacético de los retos a la creatividad.

El vendedor de libros

En el cuento metaficticio “El vendedor de libros”, Jaramillo Levi hace uso de la técnica en un sentido doble, tanto por el argumento del cuento como por su epílogo. El cuento narra la historia de Bernabé Solís, vendedor de libros, que se vio obligado a cerrar su negocio tras un incendio devastador que le arruinó la tienda y la gran mayoría de su inventario, salvo una caja que no sufrió daños. Solís encontró otro trabajo en una revista pero se vio obligado a salir

humillado tras un escándalo en que fue falsamente acusado de violar a una de sus colegas. Sin trabajo y necesitado de dinero, decide vender su inventario reducido en una feria de libros y al quedar el último libro, conoce a Rafael Diomedes Alba, que más adelante se descubre que es el editor de una editorial recién instalada en su ciudad. Solís le dedica este último libro porque en realidad es él quien lo escribió, bajo el seudónimo de Asdrúbal Bernárdez. Solís se topa con la editorial mientras camina por la ciudad, apenado por su situación económica, y eventualmente se entera de que Rafael es el editor, Ernesto Avilés, quien ha recibido anteriormente otro ejemplar de libro dedicado en la feria por parte de la esposa de Solís, y convencido de su valor literario, cambió el título y mandó a preparar un contrato para su autor. Con este contrato el cuento termina, con la esperanza de que Solís se convierta en escritor. La metaficción se hace patente cuando Bernárdez le explica a la secretaria de Avilés que ha escrito varios cuentos, entre ellos uno titulado “El vendedor de libros”. Además la metaficción se identifica en el contenido de los dos párrafos al final del cuento que el narrador identifica como epílogo. En este giro narrativo, el narrador revela que Bernárdez se muestra consciente del acto de haber creado la historia de las páginas anteriores. Se identifica “como un creador de sí mismo, o al menos de su propio texto” (184).

Conclusión

En estos cinco cuentos, Enrique Jaramillo Levi incorpora la metaficción para describir el proceso creativo que culmina con la creación de los textos escritos. El escritor consciente de su creación reconoce la relación entre el agente que crea y el producto que crea, y en algunos casos, el recipiente que leerá su creación literaria. La metaficción revela la interacción entre el escritor que produce el texto a la vez que se inscribe en este texto. Sirve también para comentar sobre la obra literaria panameña y su recepción ante el público.

Obras citadas

Birmingham-Pokorny Elba D. y Clementina R. Adams. Referencias cruzadas: entrevistas al escritor panameño Enrique Jaramillo Levi. San José, Costa Rica: Ediciones Perro Azul, 1999.

Burgos, Fernando. “¿Las preguntas del tiempo y las confesiones: Caracol y otros cuentos.” Otro Lunes: Revista Hispanoamericana de Cultura. 8.31 (2014).
---. “Rotaciones y traslaciones en la narrativa de Enrique Jaramillo Levi.” Letras. 49 (2011): 129-145.

Jaramillo Levi, Enrique. Caracol y otros cuentos. México: Alfaguara, 1998.

---. “El cuento como enigma y reto.” Nacer para escribir y otros desafíos: ensayos, artículos, entrevistas. Panamá: Géminis, 2000, 52-61.

---. “El oficio del escritor.” Nacer para escribir y otros desafíos: ensayos, artículos, entrevistas. Panamá: Géminis, 2000, 48-51.

---. Ser escritor en Panamá: entrevistas a 29 escritores panameños al finalizar el siglo XX. Ed. Enrique Jaramillo Levi. Panamá: Fundación Cultural Signos; Fundación Pro-Biblioteca Nacional, 1999.

---. “El cuento como enigma y reto.” Cuento en Red: Revista electrónica de la teoría de ficción breve.

Orejas, Francisco. La metaficción en la novela española contemporánea. Madrid: Arco, 2003.

Waugh, Patricia. Metafiction: The Theory and Practice of Self-Conscious Fiction. London: Methuen, 1984.

Lisa Nalbone nació en Nueva York y es profesora titular de la University of Central Florida en Orlando donde es directora del Programa Graduado de Español. Imparte clases de literatura y cultura de España. Obtuvo su doctorado en Florida State University y su maestría en Georgetown University (Washington, DC). Entre los reconocimientos principales, ha recibido la distinción de “Visiting Scholar” en la Universidad de Alcalá de Henares/ Instituto Franklin (otoño 2013) y el “Women’s Center Research Award” de la University of Central

Florida (2007), donde también ha sido nombrada “UCF Woman of Distinction” en marzo de este año. Actualmente, es vocal de la Asociación Internacional de Galdosistas al igual que delegada de la Modern Language Association. Forma parte de la junta editorial de la revista South Atlantic Review. Es autora del libro The Novels of Carmen Conde: Toward an Expression of Feminine Subjectivity (2012) y de varios artículos que han aparecido, entre otros lugares, en Hispania, Hispanófila, Aula lírica, Letras Femeninas, Romance Notes, Crítica Hispánica, Pegaso y Baquiana.



Dibujo de: Enrique Jaramillo Barnes



Vivir frente al mar

Cuento de Olga de Obaldía

Todo lo que Agustina hubiese querido era vivir frente al mar. A ratos se imaginaba a sí misma en uno de esos anuncios de bienes raíces, apoyada en la baranda de una terraza mirando el azul infinito. Cuando se imaginaba a sí misma allí, siempre estaba sola, como si su mente amputara de un tajo a su marido y a sus dos hijos. Soñaba con ello y aun dentro de la inconsciencia del sueño, una voz le decía: Deberías invitarlos a venir aquí contigo... pero no lo lograba. Otras veces soñaba que veía el mar desde las montañas de Coclé donde creció... pero la voz de su abuela llamándola “Tina”, repitiendo tabúes y supersticiones sobre el mar crecía como un rumor ensordecedor hasta que se despertaba sobresaltada.

Anhelaba también que su suegra cayese muerta de pronto, como en las telenovelas. También, que el local del laboratorio donde trabajaba se incendiara o que ocurriese el más localizado terremoto del mundo y solo se destruyeran este y la clínica 24 horas a la que estaba anexado. Que su marido un día fuese otro. Que sus hijos ya fueran grandes. Sentada en el bus que la traía a su trabajo en El Marañón, cada mañana se resignaba al mediocre y sucio paisaje urbano de Arraiján y al asfixiante verde de la selva de la Cuenca del Canal a ambos lados de la carretera. Tina vivía en Vista Alegre, en una

de esas barriadas populares, con cientos de casitas iguales, alineadas en calles iguales, donde habían arrasado todos los árboles; cemento gris y techos rojos donde se extendiera la vista. En dos ocasiones se había equivocado de calle y de casa al final del día. Con su llave trataba de abrir una puerta que no cedía, para percatarse de que no reconocía ese letrero de cerámica que decía “Bienvenidos” o que faltaba el limón persa sembrado en el pote de barro. Como si despertara, caía en cuenta de que estaba en la casa equivocada y deseaba morir de mortificación. “Bienvenida a Vista Triste” –murmuraba.

Cruzarse con el bus que la llevaba a Panamá, era ver su frente apoyada en el vidrio de la ventana trasera y sus ojos grandes con la mirada en el vacío, como tantos otros rostros en las ventanas de tantos otros buses. Nadie sabía del sobre que guardaba secretamente bajo su lado del colchón, repleto de anuncios de periódicos y revistas de proyectos y apartamentos frente al mar, todos con nombres en inglés, fotos de gringas en bikini y precios fantasiosos. Cuando el bus comenzaba a subir la última loma antes de llegar al Puente de Las Américas, siempre experimentaba una extraña tensión. Sus nudillos se tornaban blancos al apretar el tubo del respaldar del asiento del frente, su cuello se estiraba imperceptiblemente, la mirada necia

buscaba el horizonte a través del vidrio de la ventana frontal con una ansiedad que solo se calmaba cuando veía el primer arco de metal. Desviaba su atención hacia su ventana lateral, a la que se pegaba más aún, esperando el momento de esa irrupción azul y verde y gris y marrón que era el agua inmensa del Mar del Sur. Se tragaba con los ojos el horizonte infinito. Procuraba no mirar la larga lengua de tierra de Amador con sus tanques de combustible, sus edificios de cemento y los techos de colores de ese raro edificio nuevo; acertaba a ignorar también los enormes rectángulos de los buques de carga y las numerosas lanchitas, como hormigas blancas flotando en su mar. Se concentraba en la inmensidad inalcanzable del océano. Solo unos minutos, dos o tres, duraría este momento querido dependiendo del tráfico.

Había días maravillosos en que le tocaba un tranque sobre el puente. Carambas y avemarías de los otros pasajeros salpicaban aquí y allá a cada leve remecida del puente. Su fascinación ahogaba la interferencia del entorno y sus ojos solo pertenecían al agua azul. En cuanto comenzaba el descenso, con el cuerpo entero giraba para seguir viendo la inmensidad antes de que desapareciera al terminar de cruzar el puente. Adelante más cemento y edificios ruinosos a los lados de la avenida de Los Mártires y la Avenida Nacional. A soportar otro sucio paisaje urbano, donde enormes anuncios comerciales con rostros, cuerpos y objetos divinos e inalcanzables eran el único respiro visual, al tiempo que escondían la fea cara de los multifamiliares en los que los más pobres vivían hacinados.

Era fácil adivinar que el trayecto diario en bus, en la perfecta soledad que da estar rodeado de extraños, era el único rato en que Tina se sentía en paz. Dentro de su casa no tenía un momento de concordia. Su dos hijos y su marido hablaban ahora el idioma de los varones que siempre la eludía. Con sus hijos había tenido

una complicidad entrañable hasta que cumplieron 8 y 9 años. Los tres arrimados debajo de una sábana, armados con una linterna, podían crear mundos mágicos adonde Tina daba rienda suelta a todas las voces que surgían en su cabeza discolorada y deleitaba a sus niños que reían y reían. Pero un día esos niños, como si hubiesen comido del fruto del árbol del bien y del mal y se hubieran dado cuenta de que estaban desnudos, comenzaron a estar muy conscientes de lo ridículo que era jugar con su mamá.

En algún momento, además, ella no estaba segura cuándo, su suegra había tomado posesión de su casa. Cada vez que su suegra y su marido susurraban, Tina intuía que hablaban de ella. Con su marido solo tenía conexión en el sexo que compartían. Por suerte para ella, los dos eran seres carnales que necesitaban desesperadamente perderse en la sensación y fundirse en el placer sin cuestionamientos y sin razón. Aunque fuera por unos minutos, en la oscuridad y con un silencio antinatural para que la suegra y los niños no los escuchasen, dejaban de ser entes aislados. A Tina no le molestaba la ausencia de palabras entre su marido y ella, sabía que todo lo que él le quería decir lo oiría de labios de su suegra, en ese tono casual, como quien no quiere la cosa, tan falso como su pelo pintado de negro con Bigen. Solamente sentada en el bus, durante la hora de ida y de vuelta, podía estar a gusto con sus pensamientos. Murmuraba en voz alta cosas que solo ella entendía, y eso le había ganado aún mayor distancia con los viajeros usuales de la ruta. Tal vez debería importarle que nadie la mirara a los ojos, pero la verdad es que abrazaba ese tiquete a la libertad.

Su suegra había comenzando a sugerirle:

— “Tina, ¿por qué no pides trabajo en uno de los laboratorios que hay aquí en Arraiján o en Chorrera? No tendrías que viajar tan lejos todos los días. Podrías llegar a la casa temprano y no tendrías que pararte a las cinco de la

mañana para estar en el trabajo a las ocho”.

— “Sí, sí” —contestaba — “puede ser”.

Como si ella no hiciera esa matemática a diario. Y como si fuera a dejar que le robaran su rato de paz.

Caminando a veinte minutos de su trabajo estaba el mar. Le gustaba las horas en silencio, trabajando en el laboratorio con muestras y reactivos. No le gustaba la convivencia con los compañeros de trabajo. A la hora del almuerzo, siempre que podía, Tina caminaba hasta la avenida Balboa. Paraguas en mano sorteaba el tráfico del mediodía y cruzaba los carriles hasta quedar del otro lado, en el morro frente al mar. Era un trayecto que otros consideraban peligroso, entre aceras rotas e indigentes que rebuscaban en los basureros abiertos de los lotes baldíos. Pero los indigentes la dejaban pasar sin acercársele; algo en la abstracción de su mirada, en el vaivén de su lonchera, hacía que los locos dejaran de hablar solos al verla pasar. En una banca comía el almuerzo que había traído de casa y contemplaba la inmensidad insondable, que para ella olía y sabía a libertad. Ni siquiera el olor a desagüe y a pescado podrido que venía del mercado de mariscos le molestaba.

Los días de oleaje eran sus favoritos. Se pegaba al muro para que la salpicara la espuma. Cerraba los ojos y entreabría los labios. Muy lejos estaban en ese momento todas las supersticiones sobre el mar que escuchó en su infancia. Recordaba entrañablemente la primera vez que fue a la playa y pisó la arena. Tenía dieciseis años y un susto muy grande. Como buena coclesana pensaba: tú qué haces aquí, muchacha, las cholitas de la montaña no se bañan en el mar. Pero su patrona le decía: “Ven, Tina, ven, solo mójate los pies. ¿Tú sabes la quebrada esa que corre detrás de la casa de tu ‘mama’ allá en Chigoré? Bueno, el agua de esa misma quebrada es el agua que está aquí en el mar, bajó desde la

montaña para llenar el mar. Ya seguro te bañaste en esa agua. Dale, mete la puntita del dedo gordo, dale, dale.”

Esa misma patrona fue la que le pagó la escuela para que terminara la secundaria y luego la becó para que estudiara la carrera de técnica en laboratorio. “Es que tú eres tan detallista, Tina, y tienes tan buena memoria”, le decía la señora. Cuando se graduó, la patrona le hizo un arroz con pollo y una despedida con muchas lágrimas. Otro anhelo muy secreto era su deseo de que la patrona hubiera sido su ‘mamá’, y no la mamá que de verdad le tocó. Pero cuando ese anhelo venía, lo sacaba enseguida de su mente porque ahí sí tenía la certeza de estar haciendo mal.

Últimamente sentía una inquietud, una angustia sin nombre, que ni siquiera se aquietaba cuando estaba al borde del mar. Tenía la certeza de que algo estaba por suceder. Sumaba, restaba, se imaginaba escenarios posibles y no veía cómo en esta vida ni en la próxima podía tener un lugar frente al mar. Cuando estaba lista para sacarse de la mente su anhelo... sentía que le faltaba el aire. Dos veces se había desmayado ya, para los demás sin razón aparente, cuando se planteaba la posibilidad de aceptar que su vida era lo que era, y que ya había llegado hasta donde iba.

Un día en que el mar no estaba ni verde ni azul sino plomizo como el acero, Tina se encontró en el morro no al mediodía sino a media mañana. Su jefe le había llamado a su oficina nada más llegar y le había dicho que no entendía qué le pasaba. Que cuando ella había comenzado a trabajar era su mejor laboratorista. Pero que en el último año había cometido tantos errores que él ya no la podía ayudar. Que lo más que podía hacer por ella era hacerle un arreglo de terminación por mutuo acuerdo y no un despido. Tina sabía que debía estar triste

por lo que su jefe le estaba diciendo, pero comenzó a reírse. Entre más trataba de contener la risa, menos podía controlarse. “Esa es otra cosa Agustina, tus compañeros de trabajo dicen que a todo reaccionas al revés de lo normal y que no se sienten seguros trabajando contigo”. Entre carcajadas, las lágrimas le corrían por las mejillas.

Por eso estaba frente al morro a una hora inusual. Ni siquiera pensó en tomar el bus de vuelta a Vista Alegre. En el trayecto que la llevó allí, algo vieron en su mirada y su cabello al viento los habitantes callejeros. Uno de los piedreros, que siempre se apartaba deferentemente cuando ella pasaba, comenzó a cantar al verla, en un sorpresivo barítono:

Altanera, preciosa y orgullosa, no permite la quieran consolar, dicen que alguien ya vino y se fue, dicen que pasa la vida llorando por él...

Los indigentes del barrio, le hicieron una calle de honor, guardando su distancia, hasta que la vieron cruzar las calles y pararse sana y salva frente a su mar.

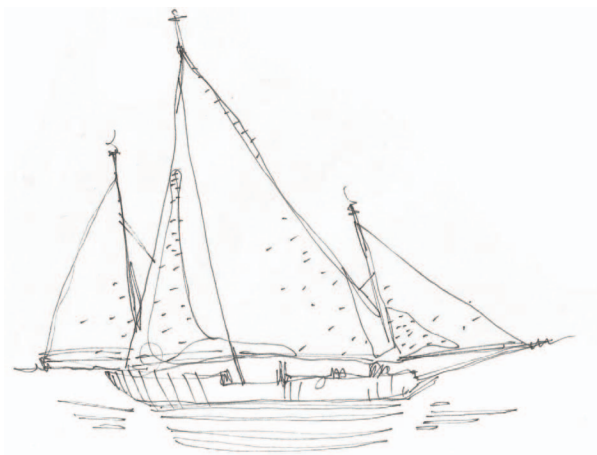
Agustina sintió que todo el entorno tomaba nota de su presencia. De su nueva libertad. Se percató de que los pájaros parecían callarse a la vez y que los gallinazos del mercado levantaban vuelo juntos. También cesó el ruido del tráfico de la calle y el viento sur. Frente a sus ojos el océano comenzó a vibrar y a retirarse, descubriendo un lecho marino con toda suerte de basura semienterrada en la lama. La vibración se fue convirtiendo en rugido y una pared de agua se erigió a cien metros del muro; el rugido revelaba una voz de trueno que repetía: “Lo que es del mar regresa al mar”.

Dejó caer todo lo que tenía en las manos y el viento se llevó el cheque de su liquidación. Hizo lo que antes no se había atrevido a hacer: se trepó al muro y con los ojos y los brazos abiertos, con el mismo sensual abandono con

el que se hubiera entregado a un amante, anticipando el intenso placer de la penetración, susurró: “¡Aquí estoy!”. La pared de agua avanzó con la velocidad y la fuerza de un estallido. Sus ojos se cerraron por acuerdo propio y esperó el impacto al tiempo que la vibración cantaba: “Agustina, señora del mar”.

Las aves del mercado y los piedreros de El Marañón son los únicos que saben que, por más que la busquen, Tina no va a aparecer.

Nació en la ciudad de Panamá el 3 de junio de 1963. Graduada de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Santa María La Antigua, tomó cursos de Derecho Internacional en la Universidad de Northwestern en Chicago, Illinois. También está certificada en Fundraising Management por la Universidad de Indiana. Es egresada del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá, en 2010. Profesionalmente ha ejercido como abogada, ha escrito en periódicos y revistas locales y durante los últimos ocho años se ha dedicado a trabajar como gerente de proyectos para organizaciones sin fines de lucro. Ha tomado talleres de cuento avanzado con el escritor Enrique Jaramillo Levi. Ganó la cuarta versión del Premio “Diplomado en Creación Literaria” (2014-2015) de la UTP, con su primer libro de cuentos: “Almas urbanas”, próximo a publicarse en la UTP.



Tres poemas

Federico Hernández Aguilar

Salvadoreño

ELLA ESTÁ QUIETA SOBRE EL UNIVERSO ENTERO

*Sus rodillas están plegadas al vientre de la tierra
aunque ella piense que están plegadas a su propio vientre.
Se le encarama por los poros un torrente de galaxias
y ella cree que ha empezado a sudar.
«No es sudor», le digo, «lo que sube a tu frente:
Es la pleamar cósmica ofrecida a tu cansancio.
Y tampoco es cansancio lo que admites en tus miembros,
sino la gratitud del orbe ante el gemido
que recién acaba de afirmar que existes».*

*Sonríe ella. Y piensa en el poeta que la mira y que la admira.
Entiende poco del viento universal que atraviesa sus cabellos.
No conoce el estrépito que dos manos gigantescas
hubieron de producir para diseñar su cintura.
Ha llegado a dudar de que sus labios,
al pronunciar una mínima palabra,
sean capaces de mantener húmedas las selvas.
Es ingenua.
Jamás comprendió que la lluvia de ayer y de siempre,
y las cascadas de todos los continentes
y las madrugadas todas del planeta
y las aguas que llenan los infinitos pliegues del globo
y las estaciones desde el principio de los tiempos,
y el tiempo mismo, con su alquimia de vidas y azares,
fueron concebidos para habitar por un segundo su mirada.*

*Ella sonríe solamente.
Y piensa que su poeta retoza feliz en una pradera de sueños.
No quiere perturbarlo. Ni podría.*

*Él la abraza otra vez, temblando,
como un loco abrazaría la Vía Láctea
o abrazarían a Dios las catedrales del mundo.
Sabe él que la sonrisa de ella
ha hecho ya posible que el sol salga mañana.*

SONETO DEL TIEMPO PERDIDO

*Ahí donde el instante es un recado,
donde muere de prisa una palmera,
el reloj es la duda pasajera
de una caricia que aprendió el pasado.*

*Vivir y haber vivido: ¿Quién —alado—
sobre las crestas de las horas fuera
visitante de honor en cada esfera,
espacio, tiempo, dimensión o estado?*

*Pues el minuto, sin querer, devora
las entrañas del tiempo en cada hora
que finge el suave rostro de la espera,*

*es en los huesos donde el alma, ruda,
penetra los abismos y desnuda
¡con otra exactitud tu vida entera!*

LO MALO DE ESTE OFICIO

*Lo malo de este oficio
es que no sirve para explicarse a sí mismo*

*no contempla el uso de palabras afines
a la cordura artesanal y abundante
a la propuesta sensata
de quienes siempre saben lo que dicen
Lo malo de este oficio
es que suele sacarnos toda la saliva
sin abrirnos la boca
y manipularnos el corazón
sin rozarnos los pulmones*

*Lo malo de este oficio
es su degustación del hambre
su ausencia plateada en las cumbres de mandatarios
su alacrán cocido a la solapa
también su recurso ofídico
de tentación perenne
su diáspora mil veces corregida
su eterno anuncio de las fugas que vienen
Lo malo de este oficio
es que carga las venas de alegría pasajera
se detiene a contemplar
el iluso perfil de las banderas
y las arranca todas de repente*

*como quien leva proas desde un ancla
Lo malo de este oficio
es el equilibrio que no pretende
la jornada que no labora
el beso que no niega
la pasión que nunca impide*

*Lo malo de este oficio
es que aporta lucidez inconsolable
consecuencias sin vacuna
comuniones sin altares*

*Lo malo de este oficio
no tiene nada que ver con su pericia
pero sí con su impaciencia
ninguna relación con su pasado
pero sí con su inalámbrico
desafiante
insobornable
porvenir*

*Lo malo de este oficio
es que siempre tiene las palabras necesarias
cuando no las necesitamos
cuando pocos saben que las necesitan*

*Lo malo de este oficio
es que no es oficioso
ni eficiente
ni paciente
ni arquetípico*

*no agrega ceros al pib
del país que lo produce
no provoca más que infames conversiones
y suele morir de inanición
como los cóndores andinos*

*Lo malo de este oficio
es que no logra explicarse a sí mismo
y entonces no sirve
aunque nosotros le sirvamos*

*y termina por no hablar
aunque nuestras bocas se abran*

*y termina por morir
desangrado
desde nuestras venas rotas*

Federico Hernández Aguilar (San Salvador, El Salvador, 1974). Poeta, narrador, ensayista y crítico literario. También ha sido periodista y es un reconocido columnista de los principales periódicos de su país. Tiene 12 libros publicados. Ha sido traducido al inglés, francés e italiano. Es fundador del exitoso Festival Internacional de Poesía de El Salvador. También ha ocupado diversos cargos públicos, incluyendo la Presidencia del Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, máxima entidad rectora de la cultura salvadoreña. Actualmente forma parte de la iniciativa Centroamericana, espacio de unión de varias instituciones privadas comprometidas con la proyección internacional de la literatura regional.



Ganadores de las cuatro primeras versiones Premio “Diplomado en Creación Literaria”

Federico Rodríguez Gutiérrez **“Te tengo un cuento bueno”** (UTP, 2011)

David C. Róbinson O. **“Breviario simple”** (UTP, 2012)

Carolina Fonseca **“a veces sucede”** (UTP, 2013-2014)

Olga de Obaldía **“Almas urbanas”** (UTP, 2015)



Cómo vender una casa

Cuento de Klenya Morales de Bárcenas

Cuando vendes una casa, realmente no son las cuatro paredes y el metraje de construcción lo que cuenta, uno no vende cemento, mezcla, tejas y acabados. No vendes las puertas con sus cerrojos. No vendes los grifos de agua ni las ventanas. Ni los colores que escogiste, ni la ubicación de los muebles ni tus rincones favoritos. Vendes un poco de luz. Y vendes espacio que otros llenarán de memorias que no serán las tuyas. Eso es lo que vendes. Vendes la nada.

Y uno no llora por la casa, per se, aunque lo parezca. Son las cosas que pasaron dentro del vacío que todo eso encierra, lo que verdaderamente queda atrás. Son los detalles. Es la vida que sucedió. Buena, mala o regular. Es el aire respirado a lo que se renuncia. Y a eso, es muy difícil ponerle precio.

En esa casa, había empezado el cuento. El "...y fueron felices para siempre" sopeteado y simplificado de nuestros días, por aquellos que piensan que la vida no es seria, que la vida es un manojito de sonrisas salpicadas por dificultades. Aquellos que creen que la historia no sucedió y que uno es capaz de borrar las decisiones que ha hecho, con nuevos pactos, alianzas o promesas.

Todo comienza con el anuncio en el periódico. Tan frío. Fotos en las que no hay gente, pero que en las que deben salir esos rincones íntimos

que edificaron tu cotidianidad. Miento, todo empezó antes, en tomar la decisión de dar un paso en otra dirección. Hay que inventar disculpas a la vida que llevas y estar de acuerdo en que no puedes seguir viviéndola así. Hay que convencerse de que todo puede ser mejor.

Y uno puede argumentar que lo que tiene es suficiente, pero la semilla de la inconformidad ya estará sembrada. Y como todos sabemos, los sortilegios bien hechos, no se pueden deshacer.

"Todo es por culpa de la nostalgia", te dices mientras bajas las escaleras y miras los titulares en el periódico de la vecina. Volverás a ver otros titulares, pero no los de ese periódico ajeno y puntual, que de algún modo siempre estaba allí, uno que tus ojos estrenaban cada día.

Los ayeres vienen a ti. A traición. Cuando menos los esperas. Y te pegan en el estómago, sacándote el aire.

Vas y vienes por el pasillo del amor, aquel del que cuelgan las fotos bonitas, reservadas para el que pasaba de la sala. Guías a cuantos han querido ver la casa. Y se te retuerce el estómago. Pero es que hay que enseñar la casa. No se va a vender sola. Y es que la quieren para alquilarla, o el precio está muy alto, o es que no tiene elevador, o es que está muy vieja. Y no tengo que

mentir para venderla. En verdad la vendo con un nudo en el alma, porque no la puedo mantener. Es cuestión de plata. Si por mí fuera, no la vendo. No me tengo que esforzar inventando falsos beneficios. No hay vicios ocultos en la sinceridad. Se me han aguado los ojos al hablar de mi casa. Ni me esfuerzo y lloro. Y pido que suceda un milagro y no haya que venderla. Pero parece que Dios no opera así.

Primero debes descolgar las fotos, los relojes y las libélulas. Será de vital importancia que no quede ningún calendario en donde lo puedas ver, con sus lunas llenas y sus mareas altas. Que no quede la goma de las calcomanías que pegaron tus hijos y trata de recoger en una bolsa las sonrisas que aún vuelan por las ventanas, como mariposas en verano. Esos serán puntos débiles. Lloro antes de firmar los documentos, así no te desfragmentarás cuando tengas a los compradores extendiéndote el cheque del primer abono.

Haz las paces con las grietas, los zócalos y las imperfecciones del repello original. Pasa el dedo índice por el cemento blanco de las uniones en el piso, y de aquella mancha que nunca te empeñaste en quitar. Sopla el polvillo que levantó el taladro de entre los pliegues de la historia que empezaba con un suspiro y batallaba hasta que el día no diera más.

Cuídate no haber sido demasiado feliz entre sus paredes. Pero tampoco debes haber derramado muchas lágrimas. Trata de no recordar, pues en la memoria todos los recuerdos son felices. Así nos traiciona, haciéndonos pensar que el futuro es incierto y que el pasado fue increíble. Ve a cada esquina y mira por las ventanas hasta que se te gasten los ojos, hasta que te aprendas la silueta de la lluvia en la ciudad. Tómate ese último café a toda hora. Desiste de ir al cine, ir a misa o ver a los amigos y fúndete en tu sillón, abrazando a tus rodillas. Porque una vez que

entregues las llaves, comenzarás a abrazar las rodillas de otra persona. Una que eres tú sin tu casa. Sin esa trinchera de la realidad en donde soñaste y moriste cada día.

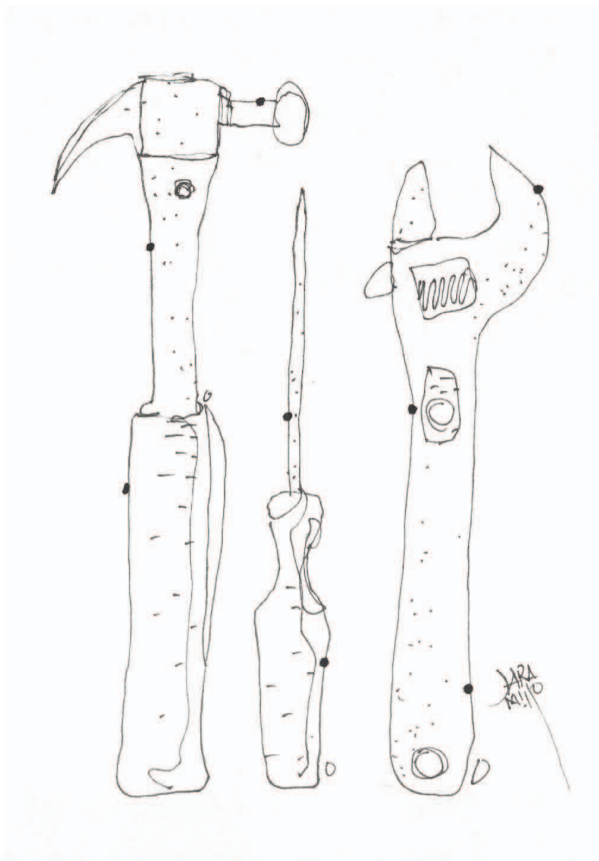
Te van a dar más ganas de llorar. Mil veces. Mil quinientas veces. Escoge las que puedas. Lloro en serio y en privado. Porque en esos lugares usualmente vive el amor. Y viven las palabras que no se dijeron, éstas que se callan porque existen, y porque nadie sabe a dónde van a parar.

Cierra cada puerta, escucha cada gozne, recuerda todo lo que se quedó sin hacer, para que te queden ilusiones, Nunca sabes cuándo las necesitarás. No temas que otro escuche lo que saben las paredes o que vean los abrazos a través de los dinteles. Las casas son discretas.

Quizás no sea para tanto. Al final las cosas son cosas. Reemplazables y finitas. Pero por si las dudas, sal rápido y conteniendo la respiración. No te detengas a recoger los pedazos de tu corazón que se incrustaron entre las baldosas ni los que encallaron en las madrugadas. Recuerda que en la casa nueva, los rayos del sol dibujarán minutos sin usar. Tira un beso al aire y que sea como el primer ladrillo, que amuralle los espacios vacíos, en los que volverás a amar. Sólo un momento más. Y oprimes el manojito de llaves contra tu pecho. Tan fuerte que marcas los ángulos sobre tus palmas.

Entonces él entra por la puerta. Te tapas la cara, pero es muy tarde, ya te ha visto llorar y ahora te abrazas contra su pecho. Y se pregunta si estarán haciendo lo correcto. Pero todos saben que ya es muy tarde. Los pactos hay que cumplirlos. Los compradores hacen planes, ven su historia derramada por las esquinas que eran tuyas. Ya nada se puede echar hacia atrás.

Klenya M. Morales de Bárcenas (*David, Panamá, 1975*). Licenciada en Derecho por la Universidad de Panamá, Postgrado en Alta Gerencia por la Universidad Tecnológica de Panamá, Master en Arte (Escritura Creativa) en Missouri, Diplomado en Creación Literaria 2006 de la Universidad Tecnológica de Panamá. Escritora Freelance (*Suplemento Ellas, Punto y Coma, Panamá América*). Es autora de la colección de cuentos “*Demencia temporal*”, “*A sangre tibia*”. “*Demencia Temporal Remasterizada*”; y Editora/Fundadora de la Revista “*Placacuatro*” (2006-Presente).



Las impuras

Fragmento de Novela
Carlos O. Wynter Melo

XIII

Tenías una vecina que se llamaba Hercilia. Era una chomba clara y hasta pecosa. De las que, en la provincia de Colón, llaman «coloradas».

Entraste a su cuarto porque había prometido jugar contigo a las muñecas. Las puertas de la casa estaban abiertas.

A la media luz del cuarto descubriste cuerpos desnudos. Eran dos: uno era el de Hercilia y el otro era el de un hombre. Tenías siete años.

Te quedaste quieta, no respirabas. No sabías lo que estaba sucediendo. Te pareció un juego, una lucha en la que se escondían y se buscaban bajo la sábana. Viste fugazmente el pene del hombre y te pareció un animal o una fruta.

—¿Qué están haciendo? —preguntaste.

Los cuerpos se estremecieron. Hercilia te miró. Nunca antes habías visto al hombre.

—Hola, corazón. ¿Qué haces aquí?

—Quiero que juguemos a las muñecas. ¿Recuerdas que te lo pedí?

—Claro, cielo, pero ahora estoy con el señor, ayudándolo.

—¿Qué hacen?

Hercilia lo pensó un segundo.

—Buscamos algo que se le perdió entre las sábanas.

—¿Desnudos?

Hercilia no tardó en ripostar:

—Es que puede haberse enredado en la ropa y por eso nos la quitamos.

—Quiero ayudarles —dijiste y, sin que nadie pudiera detenerte, te subiste a la cama.

—¡No, cielo! —dijo Hercilia, pero era tarde: ya estabas sobre ellos.

—¿Qué buscan?

Era la primera vez que Hercilia estaba desnuda frente a ti. Te pareció que los pezones no eran de su cuerpo, que eran pequeñas estrellas de mar. Y te fijaste en el abundante vello púbico, al que esperabas encontrarle ojos o boca.

—Buscamos un gato pequeño; una mascota que el señor trajo de un lugar lejano, niña. Lo trajo de París.

Hercilia estuvo a punto de reírse de su propia ocurrencia. Fue como si alguien más la hubiera dicho (el ingenio fue un dios en su garganta). El desconocido también escondió la risa. Tú los miraste suspicazmente.

—Si es un gato pequeño, podría estar en cualquier parte. Si es muy pequeño, podría haberse metido aquí.

Y enredaste tu mano en los rizos púbicos de Hercilia.

—¡Niña, quita la mano!

—Ya buscamos ahí y no encontramos nada —dijo, burlón, el desconocido.

—Busca debajo de la cama, corazón —indicó.

Hercilia, aún agitada. Solo entonces te bajaste al piso y, un minuto después, cuando ellos te aseguraron que podían ocuparse solos del problema, saliste de la habitación.

Hoy sigue fascinándote que un gato pequeño y exótico, venido de París, pueda hallar escondite en el pubis de las mujeres.

*Tomado de: Wynter Melo, Carlos. *Las impuras*. Editorial Planeta. 2015.

Carlos Oriel Wynter Melo: Ciudad de Panamá, 7 de agosto de 1971. Ingeniero industrial. Su primer libro, El escapista (1999), se publicó tras obtener el Premio Nacional "José María Sánchez". Obra suya obtuvo el tercer lugar del Premio Nacional "Ignacio Valdés" y mención de honor en el Premio Centroamericano "Rogelio Sinán". Fue seleccionado para representar a Panamá en el III Encuentro de Nuevos Narradores de Latinoamérica y España. En 2007 fue reconocido por el Hay Festival de Londres, UNESCO y la Secretaría de Cultura de Bogotá. En 2011 fue tenido como uno de los 25 secretos literarios mejor guardados de Latinoamérica en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Su primera novela, Nostalgia de escuchar tu risa loca (Sudaquia), fue presentada en 2013. La segunda, Las impuras, fue contratada por la prestigiosa editorial Planeta. Y la editorial Piedra Santa sumó a su catálogo Ojos para ver una invasión, novela con la que se cierra una trilogía sobre la historia reciente de Panamá. También ha publicado los libros de cuentos: Desnudo y otros cuentos (2001), Invisible (2005), Cuentos con salsa (2008), Mis mensajes en botellas electrónicas (2011).





Mise en scène

Cuento de Danae Brugiati Boussounis

El local tiene el abandonado aspecto de los negocios que no están en su mejor etapa. Desde mi posición puedo ver todo lo que allí ocurre. Al fondo, dos enormes espejos de lunas manchadas cubren la pared y duplican el conjunto de siete mesas cubiertas con manteles a cuadritos rojos y blancos. Sobre ellas hay pesados ceniceros y un juego de pequeños envases con forma de vaquitas con letras oscuras que dicen “sal” y “pimienta” colocados a un lado y otro de un vaso con flores artificiales.

A esta hora quedan algunos clientes que han llegado tarde a la hora del almuerzo y otros toman su café de media tarde. Las aspas de dos abanicos que cuelgan del techo apenas contribuyen a aliviar el calor. De vez en cuando dejo mi bordado sobre el regazo y me echo fresco con la mano. En el mostrador al frente, las dos meseras simulan acomodar vasos y cubiertos mientras hablan de sus cosas. Otros dos empleados van y vienen, lavan los platos y restauran el desorden causado por la hora del almuerzo. Afuera reverbera el sol. Miro por la ventana y puedo ver el cansancio de los vendedores callejeros que se retiran y un perro flaco que busca alivio en la pared de la acera del frente.

La campanilla de la puerta principal interrumpe cantarina el hastío de la tarde. Entra una mujer joven, con un ligero vestido de tela fresca, sombrero de alita corta sobre sus rizados cabellos rubios, lleva tacones altos y está muy maquillada para la hora. Me mira con simpatía, se dirige a una de las mesas y se sienta. Busco a la mesera con la mirada y debo hacerle una seña para que se apresure a atenderla. Suena una vez más la campanilla y esta vez entra bruscamente un hombre alto de anchos hombros, cabellos desordenados, camiseta sudada y manazas sucias, pasos inciertos como de ebrio y con voz agresiva le grita a la joven mujer. Esta a su vez le habla más bien sorprendida, grita ahogadamente y vuelve su mirada hacia mí como en busca de apoyo y veo cómo su maquillaje semeja una máscara sobre su angustia. El hombre ya se ha acercado a ella. Con un rápido ademán saca un cuchillo y la hiere. La mujer lanza un grito y empieza a brotarle la sangre de la herida. Los empleados corren, todos gritamos. Me abalanzo a socorrer a la mujer; grito que llamen a la policía mientras con mi delantal trato de taponar la sangrante herida que se abre muy cerca de la clavícula izquierda y trato de detener la hemorragia de colorante que simula muy bien la sangre... pienso.

-¡Corten! - y se oye el clac de la claqueta al cerrarse de golpe. Todos se mueven ahora, ya libres de sus roles específicos. Todos menos ella. El actor, aun con el cuchillo en la mano, camina de prisa hacia la puerta. El director entra al improvisado

escenario y se dirige a los camarógrafos. En la puerta del restaurante aparece nuevamente un hombre de alta silueta y anchos hombros pidiendo excusas por haber llegado tarde.

Panamá, junio de 2015

Danae Brugiati Boussounis: Nació en David, Chiriquí, el 29 de septiembre de 1944. En Grecia obtuvo Maestría en Lengua y Literatura Griega Moderna por la Universidad de Tesalónica y Maestría en Lengua y Literatura Española por la Universidad de Barcelona, España. Técnica en traducción e interpretación por el Instituto de Ciencias y Tecnología "George Brown" de Toronto, Canadá. Terminó la Licenciatura en Inglés por la Universidad de Panamá. Es intérprete pública autorizada de inglés, francés, italiano y griego al español y viceversa. Profesora de idiomas en Grecia, Estados Unidos; y en el Departamento de Lenguas de la Universidad de Panamá, en el INADEH y en Spanish Panama, donde trabaja actualmente Egresada del Diplomado en Creación Literaria de la UTP (2013), Libro de cuentos: "Pretextos para contarte" (Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2014).

Cuatro minicuentos

Héctor Aquiles González

LA MARCA DEL CRUCIFIJO

Todos los días la veía ir y venir por todo el centro comercial, a toda hora. Caminaba lentamente como si el peso de alguna pena mitigara sus pasos cansados de vagar por toda una vida llena de amargas y desilusiones. En su mano, un crucifijo y en los labios la plegaria. Un rezo escondido que ella solo sabía y que nunca daría a conocer su destino. Decía la gente que había sido reina de los carnavales allá en su tierra.

Nadie le conocía familia ni el lugar donde vivía. Se notaba que en sus abríles había sido una mujer muy bella, pero de esta no quedaba nada. La vida es así, te da y te quita, te quita y te da.

- Buenos días, señor.

- Buenos días. ¿Oiga, como se siente? - le pregunté cuando temprano en la mañana pasó por el módulo.

- Más o menos, hijo. Voy donde mi comadre.

La vi alejarse con sus pasitos lentos y un extraño presentimiento me invadió. Comencé a sudar frío y el corazón se me aceleró. Regresé a mis quehaceres y a mediodía volvió a pasar.

- ¡Ay mijo, no he comido nada!

- ¡Cómo va a ser! ..., vaya ahí a la fondita y pida un plato de sopa que yo después pago.

Cuando terminó se acercó a mí. En su semblante se le notaba el ánimo fortalecido por el nutriente caldo, pero de una vez cambió y se puso muy seria.

- ¡Ay, mijo!, ya pronto voy a partir a un viaje del que no sé si regresaré, pero te prometo que te lo haré saber.

Le di un balboa más para el pasaje. La acompañé hasta la parada y la subí a un bus. Ella pegó al vidrio el crucifijo e hizo la señal de la cruz orando. Unas lágrimas se asomaron en las mejillas de la noble ancianita y, por un momento, se me partió el corazón. Me sentí culpable, pero no podía hacer nada más por ella. Poco después me fui de vacaciones y cuando regresé, pregunté a los aseadores y guardias de seguridad si la habían visto y me dijeron que no.

Una tarde, después que regresé de mi hora de

almuerzo, extrañado me encontré encima del mostrador un pequeño objeto de la dulce ancianita y supe que era su definitivo adiós porque cuando al abordar el mismo bus donde la había dejado a ella, observé la marca del crucifijo todavía en el vidrio.

ALADO EJEMPLO

Estaba cansado. Lo noté. Confundido comenzó a chocar contra las paredes y el vidrio. Quizás por alguna puerta o ventana de aquel inmenso centro comercial se metió por equivocación. Sentado en mi banco lo contemplaba como desesperado. Quería salir de esa especie de jaula gigante y no podía. A mí me ocurría algo parecido. Encerrado en mí mismo no atinaba a ver la luz del día. Era tan oscura mi alma como noche de boca de lobo.

Derrotado. Esa era mi actitud. No luchaba ni hacía nada para librarme de ese yugo siniestro. En cambio, él peleaba con todas sus fuerzas. Era admirable la forma como quería su libertad por más obstáculos que se le pusieran en el camino. Y yo en cambio, allí sentado resignado a un destino que no quería, pero que aceptaba sin dilación.

Me compadecí de él y quise ayudarlo cuando en un último esfuerzo cayó al piso en medio de las personas, que amenazaban con patearlo o pisarlo. Lo recogí. Lo llevé a la parte de afuera del centro comercial y lo solté.

- Arriba campeón – le dije contagiándome con su valor.

Lo contemplaba extasiado en todo su esplendor. Era el rey de las alturas. Voló varias veces cerca de mí. Me picoteó dulcemente. Había que seguir batallando. Reaccioné con su coraje cuando su vuelo alegre se perdió más allá del horizonte.

MALA SUERTE

Se los dije y no me hicieron caso. Allí están las consecuencias. Hubo reportes policíacos de lo caliente que estaba el área. Hasta hice un informe detallado de lo que estaba sucediendo: riñas, escándalos en la vía pública, asaltos, robo a mano armada y prostitución, pero me parece que se lo pasaron por un lugar nada convencional. Yo cumplí y expuse mis razones sobre el por qué se debía cerrar ese módulo de atención apoyado por la licenciada que me respaldó en todo momento. Parece que aquí las cosas tienen que pasar para tomar medidas drásticas.

¡Por Dios, que no! Mi celular no sonó. De Relaciones Públicas nunca han llamado. La jefa en su vida se ha acordado que existimos. Solo para los operativos de navidad. Por favor tengan un poco de consideración con nosotros y llamen para cualquier eventualidad, especialmente si se va a realizar algún trabajo. Por ahí hablé con una de sus funcionarias que llegó de visita con un camarógrafo y me manifestó que no se reconocen, odio visceral y otras vainas...

¡Qué querían que hiciera! Llegó. No se identificó. Ni los buenos días dijo, regla elemental de urbanidad y buenas costumbres. No sabía quién era. El tipo me amagó con sacar algo de su mochila. Creí que me iba a robar. Fui más rápido pensando que era algún arma. ¡Mala suerte! Eso le pasó por maleducado. Que vaya allá a la institución donde la jefa a quejarse del palazo que le di en la cabeza.

EN BLANCO

¿Es un mito lo de la página en blanco? Para mí no, pero estoy por pensar que algo o alguien quiere que así sea porque cada vez que rasgo el papel tratando de comenzar algo aunque sea un estribillo de mala muerte una sonrisa burlesca se dibuja en el papel y me desquicia por

completo. Es un muro inexpugnable que ni con catapulta de ideas bien trazadas he podido derribar. Es un mar que se niega a ser explorado o una ciudadela de infieles en tierra santa inconquistable. No le doy oportunidad de materializarse ni de que se burle de mí. Es difícil de tratar y su fuerza es tanta, que está a punto de quebrar mi más preciado tesoro: mi voluntad. Y lo peor es que ya no puedo contrarrestarla. Aparece con mucha más frecuencia y sus rasgos son más definidos. Es una burla en todo el sentido de la palabra.

Las bolas de papel con miles de comienzos inciertos, que están por todas partes, empiezan a festinar en mi mesa de trabajo felices por mi ignorancia e impotencia. Me duele la cabeza. Me rindo y miro el papel con esa sonrisa sofocante envolviéndome más y más. Al fin, esta historia que no comienza inspira, y la hoja comienza a llenarse de miles de sucesos absurdos, que otra mano va contando mientras voy desapareciendo en el frío y oscuro sótano del anonimato.



Héctor Aquiles González: Nació en la ciudad de Panamá el 20 de julio de 1963. Licenciado en Administración de Empresas Turísticas y Hoteleras por la Universidad Interamericana de Panamá y Educador en Docencia Media Diversificada por la Universidad de Panamá. Ha cursado el Diplomado en Creación Literaria Internacional en la Universidad Latina de Panamá

(2011) y es egresado del Diplomado en Creación Literaria (2013) de la Universidad Tecnológica de Panamá. Ha tomado talleres de cuento avanzado con el escritor Enrique Jaramillo Levi. Aparece en la compilación "Tiempo al tiempo (Nuevos cuentistas de Panamá: 1990-2012)", en 2012, y en la antología de narraciones "Formación literaria en Panamá (2010-2011)", Fuga Ediciones, 2012. Libros de cuentos: El espejo burlón y otros relatos... (Panamá, 2012) y La última carcajada y otras minificciones (Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2013) . Además, la novela "El sheriff de Panamá"(Panamá, 2014).



Mecanismos de legitimación en el arte y la literatura actuales

Joel Bracho Gherzi

(Venezolano)

En los últimos años hemos asistido a un proceso de democratización de la creación artística en sus diferentes ámbitos que ha permitido la aparición constante y sostenida de nuevas voces y propuestas. Por una parte, la crisis de los sistemas tradicionales de legitimación ha dado pie a que cada vez más creadores se decidan a desarrollar su obra al margen de tales sistemas, y por otra, la proliferación de nuevos medios de comunicación e información ha permitido a los autores dar a conocer sus creaciones y posicionarse públicamente en formas que antes eran impensables. Así, a través de la web los artistas pueden exhibir y vender sus obras sin pasar por una galería o museo, y los escritores pueden llevar sus textos a miles de potenciales lectores en cualquier parte del mundo sin tener que recurrir para ello a una gran editorial. Si a esto añadimos el auge de espacios artísticos alterna-

tivos y pequeñas editoriales más o menos artesanales, veremos con amplitud el panorama de la democratización a que nos estamos refiriendo.

Por supuesto, este proceso participa del espíritu de nuestro tiempo: la caída de los grandes referentes, la muerte del padre (de Dios, de la Historia), la altísima valoración de los pequeños relatos, del fragmento y de las miradas parciales, todo esto abona a un nuevo acercamiento al problema de las formas de representación y a los procesos de creación artística. Cuando la meta del arte era la Verdad o alguna visión totalizante de lo real, los mecanismos externos de legitimación eran imprescindibles. La Verdad requiere de un gran Otro con la cualidad, reconocida y aceptada por todos, de aceptarla y promoverla como válida. De ahí el valor de la crítica, la academia, el museo y otras vías

tradicionales de organización y valoración de la producción artística.

Pero cuando la Verdad no es un asunto, sino que los creadores presentan simples propuestas, miradas o proyectos, pareciera que tales vías se vuelven innecesarias o al menos resultan profundamente cuestionadas. En el arte y la literatura más contemporáneos asistimos a la atomización del espíritu rupturista de las vanguardias: en lugar de visiones totalizantes o tan siquiera de movimientos orgánicos, cada autor e incluso cada obra o evento artístico es tan solo un planteamiento, una posibilidad nunca definitiva. Es muy difícil legitimar algo que no persigue ser legitimado.

Sin embargo, esto que hemos llamado democratización se presenta, a efectos del público lector o espectador, como una superabundancia de oferta



que resulta por tanto muy difícil de aprehender o así asimilar. Todos podemos ser artistas o escritores, todos podemos mostrar, promocionar y exhibir nuestras creaciones y en el entretanto mostrarnos, promocionarnos y exhibirnos a nosotros mismos. Pero como público no sabemos qué ver, qué leer o qué escuchar, ante la magnitud de la información a nuestro alcance. Paradójicamente, la amplificación de los canales informativos pone a nuestro alcance mucho más de lo que podemos tramitar, por lo que la maravilla inicial acaba por transformarse en ruido. He tenido referencia de dos grandes figuras del siglo XX, uno de las artes y otro de la literatura, que dicen ir menos a la librería que antes, pues la magnitud de la oferta los supera: ya no saben cómo elegir lo que desean leer.

Y aquí podemos introducir una segunda paradoja: la democratización que ha sido en parte posible por la caída de los mecanismos tradicionales de legitimación ha producido una realidad ante la cual el público necesita nuevas estructuras legitimadoras. Ante la abundancia, la necesidad de legitimación reemerge con fuerza, quizás no como vías de determinación de la verdad, pero sí como sistemas de organización de la información. Los premios literarios pueden ser un buen ejemplo. La obra ganadora de un premio no es necesariamente la mejor entre las que ofrece la librería, pero saber que ha sido premiada puede pesar en la decisión de comprar esa y no otra entre las muchas que se pueden elegir.

Quizás la creación artística actual, más que desembarazarse por completo de los mecanismos de legitimación, requiera una reorganización y resignificación de estos mecanismos. Las ideas de pluralidad y diversidad pueden contarse entre las principales fuentes de riqueza del pensamiento y la creación contemporáneas. No obstante, aún debemos inventar modos de asimilación de las nuevas realidades que tales ideas traen consigo.

Caracas, Venezuela, 17 de julio de 1984. Abogado egresado de la Universidad Central de Venezuela y Licenciado en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello, con estudios de Maestría en Literatura Comparada, también en la Universidad Central de Venezuela. Residenciado en Panamá desde 2013 y egresado del Diplomado en Creación Literaria 2015 de la Universidad Tecnológica de Panamá, se dedica a la investigación sobre temas de arte y literatura, con especial interés en los mecanismos de la creación, las reflexiones metaficcionesales y las relaciones entre las artes. Ha publicado artículos en revistas especializadas, como la "Revista de Investigaciones Literarias", del Instituto de Investigaciones Literarias de la Universidad Central de Venezuela y la Revista "Poesía", de la Universidad de Carabobo. Actualmente trabaja en el área de Documentación del Taller Articruz, donde realiza investigaciones sobre arte contemporáneo.



El anciano que tenía un agujero

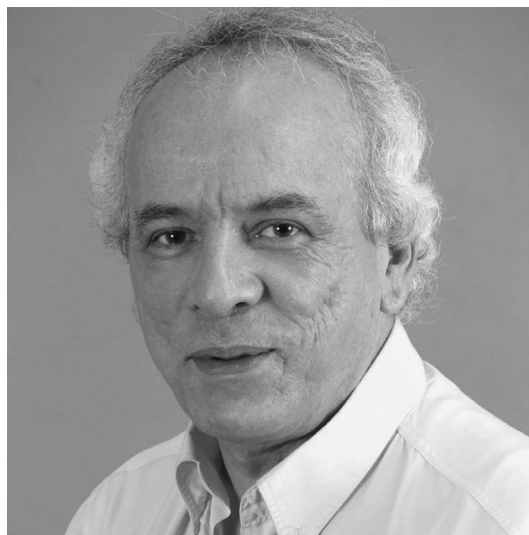
Minicuento de Julio Escoto

Hondureño

Este era un anciano de la tribu de Los Operantes, que tenía un agujero. Un día mientras descansaba sobre la hierba húmeda de las milpas lo vio desprenderse de una nube, descender formando círculos giratorios y balancines, hasta depositarse lerdo, mecido por la brisa, encima de un eucalipto. Entre ambos se inició inmediatamente una redonda amistad que los imbuía de gozo y les apaciguaba el ánimo.

Primero el agujero se instaló en todos los objetos materiales y concretos, abrazándolos, como sumido en éxtasis erótico. Después rodaba por la alfombra de cuero de venado o se acomodaba felinamente sobre los muebles dejando ver los espirales vegetales y milenarios de la madera o los resortes del sofá.

Penosas ocasiones hicieron que el viejo lo domesticara con precisión y calma, porque una vez en que el agujero lo acompañó hasta las pozas del río se aferró tan pegajosamente a las aguas que el vacío originado hizo que las lavanderas de Los Operantes contemplaran la desamparada desnudez del anciano. O un tres de mayo en que el agujero se quedó dormido sobre el segundo piso de la choza y el viejo, deambulante en la suave claridad del crepúsculo, lo atravesó, penetró el suelo y cayó pesadamente sobre el lecho de la habitación inferior, donde dos amantes de la pubertad ansiosa regalaban su lengua en la miel de los cuerpos.



Por las mañanas el agujero flotaba contra el techo de la carpa y despertaba al anciano con la intromisión de la luz solar. Por las noches se refocilaba, en contracciones esféricas, con los rayos de luna que llenaban su circularidad. Sólo en una ocasión provocó el pavor externo: cuando en plena calle de la tribu, enroscado a su cintura, dejó ver las entrañas adultas del viejo y su curioso mecanismo operatorio. Dos mujeres sufrieron desmayo cólico y los perros quemaron dolorosos aullidos que imitaban el duelo y encanecían el cabello.

Pero un día reflexionó que no podría vivir siempre con un agujero bajo su responsabilidad y cínicamente planificó destruirlo. Ensayó estratagemas y todas las formas y los artificios, que fueron sensiblemente fútiles. Intentó desintegrarlo por medio de un desvaneciente pase hipnótico, lo acható, lo cuadrículó, lo extravió en un callejón sin salidas, lo cristalizó entre diminutos fragmentos de arena, lo encegueció con el fuego de un diamante, le extrajo su más íntima raíz cuadrada, le hizo nido sobre la chimenea y lo enmarcó sorprendentemente, le descargó un golpe violento —esa fue la vez en que el agujero adoptó la forma de un triste ojo humedecido—, le humilló su género masculino seduciéndolo lujuriosamente, le desdobló su anverso, lo

estrelló contra un espejo, lo hizo aparearse con otros agujeros de pared y solamente logró formar menores infinitos círculos vacíos, pretendió inspirarle lástima, lo amedrentaba por las medianoches para provocarle infarto, le hizo disparos de artillería, le gritó, lo torturó colgándolo desde sus extremos invisibles, le suplicó y un día, finalmente, le conectó una extensión de electricidad pero sólo obtuvo un maravilloso corazón ensangrentado que resplandecía en el silencio e iluminaba la habitación. El agujero siempre estaba allí.

Por muchos años lo mantuvo adormecido en un gran guacal de jícara, ahogado en cerveza negra, hasta que el agujero invencible pudo más. Cuando el viejo murió a la edad de 119 años, y tras que la cerveza se hubo consumido, el agujero estuvo presto tiernamente a cobijarlo en esférico abrazo para la eternidad.

Julio Escoto (Honduras, 1944): escritor, profesor, editor. Graduado en la Escuela Superior del Profesorado (Profesor de Educación Media), University of Florida (Bachelor of Arts con énfasis en Educación), Universidad de Costa Rica (Master en Literatura Hispanoamericana). Ha publicado libros de cuento, literatura infantil, antologías, ensayo y novela. Ha ganado diversos premios literarios, entre ellos el Premio "Gabriel Miró" de Literatura (Cuento), Alicante, España, 1983, y ha sido conferencista invitado en academias y universidades de Alemania, Israel, República Dominicana, Costa Rica, Estados Unidos, Brasil, Chile, Venezuela, Colombia, otros. Su novela "Rey del Albor. Madrugada" es considerada con altos valores por la crítica internacional. Su obra novelística más reciente es "Magos Mayas Monjes Copán" (2009) y en 2012 reinició su Revista de Narrativa IMAGINACIÓN, fundada en 1990. En 2014 lanzó la edición ampliada de "El Ojo Santo. La ideología en las religiones y la televisión".

Los desaforados

María Pérez-Talavera

Venezolana



"Dicen que lo único seguro en la vida es la muerte, pero yo sé que se equivocan. Morir y querer son verbos ineludibles por igual. Todos queremos "algo" y aquellos que dicen no querer "nada", en el fondo quieren morir." Y.M.

Los lunes son los días en que las vidas cambian, en que se inician nuevos proyectos, se empieza el gimnasio o algo grande sucede. Sin embargo, para mí, todo empezó un domingo. De noche. Como un augurio inequívoco de que nada sería común. No eras lo que planeaba para cerrar la semana porque no sabía que existían personas como tú. Quisiera afirmar que fuiste el primero que reconocí, pero la verdad, tú me reconociste a mí.

Hoy veo a la gente alrededor mortificada tratando de descifrar lo que quiere de la vida. Algunos afortunados lo descubren, para luego dedicarse frenéticamente a alcanzar esos sueños y fantasías, reducidas muchas veces a

metas finitas, tangibles. Logros materializados en grandes casas vacías; cuentas bancarias repletas que, al final, nunca se dan a baso; automóviles aerodinámicos y tan diminutos que en ellos únicamente cabe lo que les queda de dignidad a sus dueños. ¡Pobres codiciosos!

Solo en extrañas ocasiones me encuentro con algún desafortado; individuos que, al igual que los anteriores, tienen el hallazgo de su más vehemente deseo. Sin embargo, su apetito es genuino, instintivo y salvaje. Su sed, casi insaciable. Su codicia trasciende todo aquello que los cinco sentidos pueden percibir.

Si presenciáramos un fino banquete, los desafortados, a diferencia de los meros codiciosos —que siguen al pie de la letra las reglas de etiqueta—, son quienes están famélicos, quienes no ocultan su apetito. Tampoco guardan la compostura, ni se ponen la servilleta en el regazo, ni usan los cubiertos de afuera hacia adentro, ni se abstienen de soplar y sorber sonoramente la sopa, ni cuidan no hacer chirrear los cubiertos; tampoco esperan a tragar para hablar o soltar una risita discreta tapándose la boca, ni evitan poner los codos en la mesa, ni se cohíben de mojar el pan en lo que les queda de salsa o de eructar ruidosamente para aliviar su estómago y seguir hartándose.

No.

Ellos además, al terminar, chasquean la lengua entre sus dientes, de manera visible y audible, para sacar los restos de comida masticada y tragárselos con gusto.

Los desafortados consuman su deseo sin tapujos; su deseo es como un grueso filete de carne cruda al que devoran con las manos y a mordiscos frente a todos los comensales en el medio de un restaurante concurrido —incluso en presencia de la realeza— con la cualidad camaleónica de conservar su gracia aun cuando la sangre chorra por las comisuras de su boca.

They are naturals.

Mientras las personas dedican cantidades ingentes de tiempo y recursos en encontrarse a sí mismos y alcanzar sus metas, yo me dedico a reconocer, entender, descubrir, admirar lo que esos desafortados desean: el poder detrás del dinero, la diversión del oficio, el placer más allá del coito, la influencia tras su alto cargo.

Tú eras así.

Ni siquiera te presentaste. En ese momento pensé que habías asumido conocerme. Luego entendería que me sabías una más. Aquella noche tu ropa era muy sencilla para el tono de tu voz segura, para tu mirada firme, para haber pedido certero mi trago sin preguntar. Esa gorra te hacía parecer inocente. Falsamente inocente.

Ordenaste los cocteles necesarios para conversar sobre pensamientos en vez de temas, para prometer pasearme por la ciudad; para acercarte lo suficiente y olerme el perfume, apretarme el muslo sin disimulo cuando reíamos, tocarme una teta como si nada y llevarme a tu casa.

Y fue la luz tenue con ese olor a quiero de nosotros lo que se mezcló para que, con un movimiento felino, tomaras mi cara con ambas manos y me estamparas un beso con ritmo frente al balcón, obligándome a soltar al vacío mi cigarro a medio fumar. Puta, qué bien besas, fue lo último sensato que se moduló en aquel lugar.

Al alba, mi vista en dos planos: en el fondo la montaña a través del ventanal, y tú arrancándome las bragas desde abajo. Con tus hombros redondos y pecosos, con la mirada sostenida, con la boca entreabierta lista para atacar.

Recuerda ese momento. Fíjalo, porque en mi mente está congelado, nítido, resuelto como un hito. Y es que fue en ese preciso instante cuando supe que mi vida cambiaría para siempre. Un domingo.

Cuando ya sentía tu aliento muy cerca, tu artillería fue dos dedos gruesos que arremetieron sin preaviso, introduciéndolos de golpe; al mismo

tiempo me pinchaste un pezón, como tratando de sintonizar una emisora de un radio sin antena; solo con la punta de la lengua lamías mi turgencia. Intentaste abarcar mis pechos con una mano y mi vagina con la otra, midiéndola con dos, tres, cuatro dedos. Te quedaste corto. Entonces, con tenso deleite los sacaste muy lento, para lamerlos primero, para chuparlos después. Tú me degustabas con gozo, yo –con los puños llenos de tus sábanas y de tu pelo– me excitaba cada vez más, arqueada, convulsa. De allí en adelante perdimos el control: manosear, sudar, succionar, temblar, penetrar, eyacular. Fricción, roce, presión, gemidos, orgasmo, desaforo.

A la mañana siguiente supe de tu vida. Otra mañana siguiente, supe lo demás. Otras mañanas siguientes –antes de levantarnos, durante tus cafés, después de tus partidas– descifré cada uno de tus oscuros deseos. Y de repente, una noche de domingo cualquiera, cuando te cabalgaba por última vez, entendí que eso, en conjunto, era mi propio deseo: el cortejo instintivo. Insolente. Espontáneo. Soez.

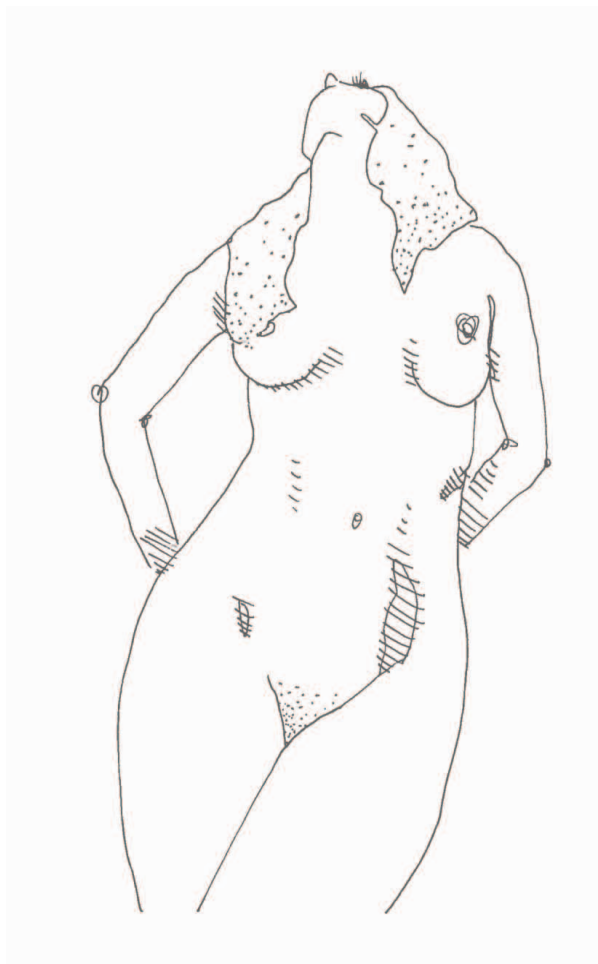
Y no he podido parar.

Doce años han pasado desde mi iniciación, desde que aprendí a reconocer a los desaforados, por el brillo mate de determinación en sus ojos y el olor a talco tan peculiar que los neutraliza entre la multitud. Hace el mismo tiempo dejé de sentirme sola. Somos la excepción en un mundo atiborrado de infelices.

Encontrarlos no es fácil, aunque a veces sucede. Y entonces –solo entonces– yo puedo saciarme otra vez.

María Pérez-Talavera nació en Valencia, Venezuela, el 2 de agosto de 1985. Graduada de Ciencias Administrativas y Gerenciales mención Mercadeo en la Universidad Tecnológica del Centro (UNITEC – Venezuela, 2007); del

Diplomado en Comunicación Social en la Universidad de Carabobo (UC – Venezuela, 2005) y del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá (2015). Participó en varios Talleres de Cuento Avanzado del escritor Enrique Jaramillo Levi. Sus cuentos han sido publicados en las revistas “Maga” (UTP, Panamá, 2014), “Panorama” (Copa Airlines, 2015) y en diversas publicaciones digitales. Los últimos diez años trabajó en empresas multinacionales en distintas áreas del mundo corporativo. Vive en Panamá con su esposo desde el 2010. Publica su primer libro de cuentos en 2015: Umbrales líquidos (Foro/taller Sagitario Ediciones).



¿Qué hago ahora?

Cuento de Mady Miranda

Y ahora que tenía en sus manos la piel del tigre que había cazado no sabía qué hacer con ella. Mientras estuvo ocupada desollando al animal, limpiando y curando la piel, no pensó mucho. Cuando terminó, se sentó a contemplarla. Recordó al espléndido animal y sus ojos amarillos. Lo extrañó. Extrañó las noches de luna al acecho, sus pies desnudos sobre el suelo, la sensación de miedo, su corazón acelerado. Qué hacer ahora. Se puso encima la piel, se acomodó sobre su cama de hojas, lloró un poco y se durmió soñando con el tigre que ahora la abrazaba desde la muerte.

El sol estaba ya bien alto y se le podía ver entre los árboles. Se despertó adolorida por dormir tanto. Se estiró y, al hacerlo, recordó al tigre en cuya piel había dormido. La puso a un lado. No sabía qué hacer. La carne del animal colgaba seca en unos palos sobre las brasas. Comió un poco. No le gustaba el olor pero no podía desperdiciar. En cierta forma sentía que el tigre se convertía en ella misma. Era todo lo que le quedaba. Eso y la piel. No sabía qué hacer con ella.

No es lo mismo cazar un carnívoro que cazar cualquier otra cosa. Cuando se persigue un animal así, a veces se cambian los papeles. Hay momentos de emboscar y otros de huir. No hay nada que se parezca a eso. Su vida se redujo a buscar comida y a dormir. No había retos. No había nada. Ni siquiera otros tigres. Ese era el suyo. Y lo había matado. Volvió a envolverse

en la piel. Y volvió a llorar hasta quedarse dormida.

La vi llegar envuelta en la piel. Parecía un tigre que caminaba en dos patas con una lanza en la mano.

Ayúdame con tu magia, me dijo. La miré a los ojos y pude ver su historia. No sé que hacer con la piel de este tigre que he matado.

Esperamos juntas a que llegara la última luna llena del verano. Mientras, me ayudó a buscar semillas de haya y hojas de madroño, amapola y acacia. El loto de la laguna estaba en flor así que también recogimos algunas. Y siempre con su piel de tigre encima. No sabía qué hacer con ella. Y lloraba sin saber exactamente por qué. Llegó la luna llena. Hicimos una hoguera, colocamos tres piedras grandes y sobre ellas un gran caldero. Pusimos las hierbas a hervir mientras cantábamos a las diosas del amor y la alegría. Colocamos la piel del tigre dentro del caldero y luego con una hoja de metal bien filosa, hice un corte en la palma de su mano y vertí su sangre sobre el preparado.

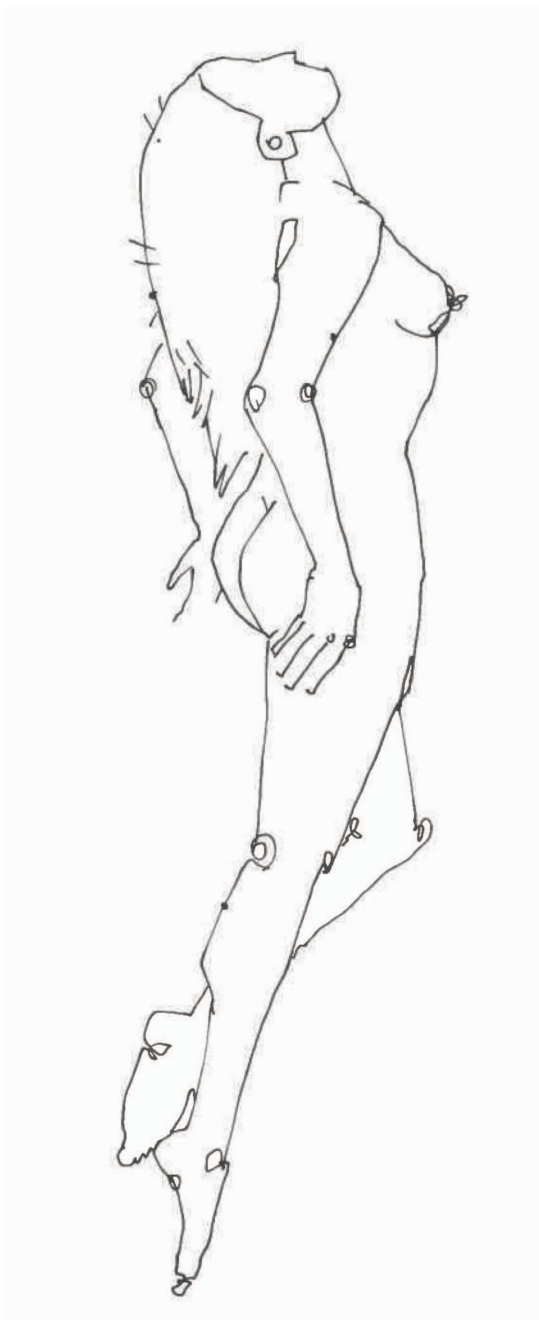
Esperamos acostadas, observando en silencio las volutas de vapor y humo perderse en el cielo iluminado.

Desperté con las primeras luces del día y el rugido del animal. Un felino gigante, amenazador. La vi reír, tomar su lanza y desaparecer en la selva mientras su tigre la perseguía. Sonreí y me volví a dormir.

Panamá, 24 de julio de 2015.

Mady Miranda-Nació en David, Chiriquí, el 30 de diciembre de 1964. Estudió Artes Plásticas y Educación para el Hogar. Vive en la ciudad de Panamá con su esposo, dos hijas y tres gatos. Trabaja como profesora de Expresiones Artísticas en el Colegio St.

Mary, y se divierte pintando y escribiendo historias para sus amigos y familia. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2006, de la Universidad Tecnológica de Panamá. Ha publicado cuentos en el suplemento "Día D" del diario Panamá América y en la revista "Maga", así como en los libros colectivos: "Letras cómplices" (UTP, 2007) y "Los recién llegados" (Foro/taller Sagitario Ediciones, 2013).



Extremidades

Cuento de Javier Medina Bernal

Soy un brazo de edad indefinida. Es difícil recordar. Sin embargo, sí que recuerdo bien que a la izquierda, del otro lado del pecho, colgaba otro igual a mí. Hace algún tiempo, también difícil de precisar, fui tirado en este vertedero. La primera dificultad que tuve fue salir de la pila de desechos: manos, pies, fetos y otras masas que mis dedos no alcanzaban a distinguir. Ocultarme y sortear las picadas de los gallotes (son peores que el fuego) no fue cosa fácil, de modo que, cuando finalmente logré escapar, parecía una palanca llena de hoyos con tiras de carne colgando que mostraban lo blancos que aún eran los huesos.

Pero ¿por qué escapar? Tenía claro que de alguna manera este sitio era mi lugar, que aquí era donde acababa todo. Sin embargo, algo me decía que debía emprender una búsqueda. Aprendí, pues, a utilizar mis partes (codo, dedos y bíceps) para trasladarme y avanzar grandes distancias.

Pero ¿qué buscaba? ¿Qué puede buscar un brazo al que le amputan su cuerpo, que ha sido despojado de sus funciones, relegado de su puesto, alejado de su hermano de la izquierda? En la pregunta está la respuesta. Buscaba mi origen, mi cuerpo, a mi hermano.

Necesitaba servir, volver a mis funciones de extremidad superior; extrañaba rascar, abrazar, manejar un bate de béisbol, lanzar una pelota, tomar una cuchara entre los dedos. Pero lo que más añoraba era hacer equipo con mi hermano; la habilidad que teníamos para manejar las herramientas de la fábrica era envidiable. ¡Qué días! Éramos los brazos más fuertes del lugar.

Ahora me pregunto cómo se las habrá arreglado para trabajar sin mí; él que ni siquiera

podía ocuparse de las cosas más simples, que era un torpe a la hora de realizar las cosas solo. Para él también debió de haber sido difícil la separación.

A veces aprieto mis dedos y con el puño le pego al suelo cuando recuerdo lo que decidió el maldito doctor. Sin duda existían otras alternativas, pero el seguro de la fábrica era ínfimo y había que actuar rápido. Meto la mano en el fuego por mis compañeras las orejas, que fueron las que me pasaron esa información (las ayudaba tanto a la hora de la limpieza).

Ahora que las recuerdo, pienso: ¿Qué haría una oreja en mi situación?

¿Qué haría un ojo? Horrible debe de ser ver cómo se lo come a uno un gallote; ay, la picada en la pupila y, en los instantes finales, con un último tejido de córnea, verse en un mar de ácido en el estómago del pajarraco carroñero.

¿Qué será más espeluznante, oír o ver la muerte?

¡Ay, la nariz! Quizás olerla sea lo más desagradable.

¡Ay, la lengua! El sabor de la muerte seguramente es terrible.

Para un cuerpo entero debe de ser desesperante ver, oír, oler, degustar, sentir la muerte, todo a un mismo tiempo.

Pero, ¿le corresponderán estas cavilaciones existenciales a un simple brazo?

Lo ignoro.

En fin, a lo que iba: Continué la búsqueda entre sueños y recuerdos (un día soñé, por ejemplo, que apretaba el cuello del doctor. Aquella vez, al despertar, me di cuenta de que había matado a una serpiente; la pobre me había confundido con una de su misma especie por la manera en que yo me arrastraba).

La búsqueda terminó el día en que pasé por un cementerio y algo me dijo que había llegado a mi destino. No puedo explicar cómo supe cuál tumba debía empezar a escarbar. Pasaron semanas hasta que finalmente me topé con la madera húmeda y, valiéndome de acrobacias

harto complicadas, pude abrir la caja.

Si hubiera tenido ojos habría llorado. Para un brazo como yo es difícil tener un sentido conciso del tiempo; sin embargo, en ese momento no me interesó tenerlo.

El tiempo ya no importaba.

Acaricié la osamenta y me detuve en la falange de la mano izquierda. Allí me quedé tratando de ordenar mis pensamientos.

Sin más que hacer, emprendí el camino de regreso.

Y heme aquí, en este vertedero del que nunca debí salir.

Ahora solo espero por la gula de los gallotes. Descubrí que el festín de los gusanos es peor.

* Tomado del libro premiado en el Concurso Ricardo Miró: “No estar loco es la muerte” (INAC, 2014).

JAVIER MEDINA BERNAL: Nació en Panamá, en 1978. Músico, cantautor, poeta y cuentista. Creció y se educó en la ciudad de Las Tablas. Ha sido profesor de Inglés y de Literatura Inglesa en la Oxford School en la Ciudad de Panamá. Ha publicado en las revistas “Maga”, “Ceiba” y Cuadrivium” (Puerto Rico), entre otras. Tiene una columna en el diario panameño “La Estrella”. Ha representado a Panamá en festivales internacionales de música y literatura. En enero de 2013 lanzó su primera producción musical llamada “Universo. Capítulo Uno”. Finalista en el Premio Centroamericano de Literatura “Rogelo Sinán” 2006-2007 como cuentista. En 2011 gana el Concurso Nacional “Ricardo Miró” con su poemario Hemos caminado siglos esta madrugada (Inac, 2012). En 2013 vuelve a ganar este certamen con su libro de cuentos “No estar loco es la muerte” (Inac, 2014).

La torre de Babel

Artículo de Francisco Moreno Mejías

La República de la India tiene diez idiomas oficiales y veinticinco no oficiales. La República de Sudáfrica reconoce once idiomas oficiales, de los cuales nueve son africanos y dos europeos.

La Unión Europea, con veintiocho estados miembros, reconoce veinticuatro idiomas oficiales que les dan trabajo a mil setecientos lingüistas y tres mil seiscientos intérpretes.

Supongo que la mayor parte de los representantes (si no todos) que estos grupos lingüísticos envían a Bruselas, a Luxemburgo o a Estrasburgo sabrán defenderse en inglés o en francés en conversaciones informales, pero cuando les toque hablar oficialmente harán valer ¡faltaría más! la lengua que hablan los de su pueblo, que para eso los mandaron allá.

La República de Malta cuenta con poco más de cuatrocientos mil habitantes y uno de sus dos idiomas oficiales, el maltés, es tan extraño que cuando

ingresó a la Unión Europea fue imposible encontrar intérpretes capaces de traducir a los demás socios lo que tuvieran a bien decir los señores comisarios y parlamentarios malteses.

Los nacionalistas catalanes dicen que su lengua tiene más hablantes (diez millones aproximadamente) que once de los idiomas reconocidos por la Unión, por lo que también debe ser oficial en Europa. Los socialistas españoles, tratando de contentar a todos en sus campañas electorales, han dicho varias veces que pedirán la oficialidad en la Unión, no sólo del catalán, sino también del gallego y del vasco. ¡Claro! Si el maltés, hablado solamente por 400.000 europeos, es oficial, no digo el gallego y el vasco, también podrán ser oficiales el caló de los doce millones de gitanos, el yidis de los judíos de Europa Central y Oriental, el galés, el bretón, el lapón de Suecia y Finlandia, el bable de Asturias, el provenzal y el gascón de Francia, el sardo, el veneciano, el napolitano, el

siciliano y algún otro que ahora no recuerdo hasta que conviertan las instituciones europeas en un inmenso zaperoco con muchos más intérpretes que delegados.

Es inconcebible que unas naciones que han tenido la inteligencia de ceder soberanía a cambio de progreso para sus ciudadanos, que están elaborando una constitución, una policía y un ejército común, que están borrando fronteras y unificando la economía y la moneda, sean incapaces de establecer en todas las escuelas y universidades de Europa un idioma, como el esperanto, fácil de aprender, de forma que el europeo que haya atravesado la Unión de un extremo a otro sin pasar por aduanas ni cambiar las monedas que trae en el bolsillo pueda comprar una manzana o leer un periódico en el mismo idioma que le enseñaron en la escuela. Esa lengua franca será (ya lo está siendo) el inglés. Pero el inglés hablado es el idioma que menos coincide con el alfabeto en que está escrito, lo que hace difícil su aprendizaje. En cambio el esperanto es un idioma totalmente regular, hecho especialmente para facilitar su comprensión, pero nadie se acuerda de él.

En América ya hay países con más de un idioma oficiales y no me extrañaría que las reivindicaciones de nuestros indígenas nos lleven algún día a escuchar en la

asamblea panameña discursos pronunciados en cuna, emberá o ngabere.

Dice el Génesis que Yahvé castigó la soberbia de los hombres que construían la Torre de Babel confundiendo sus lenguas para que no se entendieran. Parece que nunca nos va a levantar el castigo.

Francisco Moreno Mejías: Nació el 3 de julio de 1939, en Azuaga, Extremadura (España). Reside en Panamá desde mayo de 1968. Educación autodidacta. Nacido en la posguerra española, es hijo de campesinos pobres. Libros publicados: La piedra de Rosita, publicada en 2008 y reeditada en 2011. Libro de cuentos: Un puñado de ocurrencias,

publicado en 2009 y reeditado en 2010. Libro sobre el uso del idioma castellano en Panamá: La herramienta más usada, publicado en 2010 y reeditado en 2011. Desde febrero de 2011 tiene una columna ("Las glosas de Paco Moreno") en el suplemento "Día D" del diario Panamá América. Artículos publicados en periódicos y en la revista Lotería.



La novia de Federico Duarte

Cuento de Maribel Wang de Adames

Tenía la cara enrojecida porque acababa de quitarse a chorro de agua la mascarilla de miel con azúcar granulada que se había puesto para exfoliarse el rostro y minimizar los puntos negros que empezaban a agrandarse con la edad. No le gustaba mirarse al espejo más de lo necesario, de manera que cuando acudió a la puerta, aún llevaba restos de la mezcla sobre el rostro sonrosado que se ruborizó aún más cuando abrió de par en par el pórtico de plywood que parecía deshacerse bajo la inclemencia de las polillas. Era la última visita que hubiera esperado en la vida. Era él. Federico Duarte en persona.

-Vengo a proponerte que te cases conmigo.

No supo qué hacer, ni qué decir, porque nunca pensó que alguien como él viniera a pedirle su mano una noche como aquella. Tampoco era la más bonita del pueblo; de hecho era la menos graciosa y la más obesa. No se maquillaba y vestía de manera simple, porque estaba convencida de que así pasaba más desapercibida y merecía menos mofa que de costumbre. Tampoco tenía un real de más; de hecho vivía de lo que su madre y ella ganaban bajo el oficio de costureras de quinta categoría, porque sus clientes eran los que no podían costearse la modista certificada que había en el pueblo y que reproducía con fidelidad los atuendos de los figurines. Entonces no pudo menos que reírse de la propuesta y echarse a llorar después, cuando ya había dado rienda suelta a las primeras emociones y se empezó a figurar que aquello no era más que una broma de mal gusto.

El hombre se mantuvo firme en la puerta

hasta cuando la madre de la muchacha acudió, alarmada por las risas y llantos simultáneos. Pero Federico Duarte llevaba la determinación suficiente como para enfrentar a un ejército de familiares y le repitió a la futura suegra, la consigna que llevaba entre pecho y espalda.

Estuvieron conversando hasta las doce de la noche, como si aquello no fuera un matrimonio sino una negociación y no se molestaron en pedirle opinión a la pretendida, porque Demetria Ruiloba tenía razones de sobra para pensar que aquello era un regalo del cielo, demasiado bueno para ser cierto y un lujo que ninguna madre con cuatro dedos de frente pretendería rechazar. Acordaron celebrar la boda civil en un mes y la eclesiástica en mes y medio, no sin antes hacerle la salvedad de que Martina Pérez, la hija, sólo saldría de casa hasta cuando se celebrara la boda por los oficios católicos. A él le pareció una condición de lo más normal y desde aquel día empezó a visitarla a las cuatro en punto, con una diligencia y formalidad que nunca nadie le había conocido en los noviazgos anteriores.

Para Martina Pérez aquellos fueron los peores días de su vida, no tanto porque su madre le impuso una rutina de embellecimiento drástica que la volteaba al revés y lograba exactamente lo contrario al propósito: hacerla parecer ridícula y anticuada, sino porque sentía que la atisbaba por el pasillo, por las ventanas e inclusive de manera abierta, con unos ojos recriminadores, como diciéndole no hagas una burrada o no sueltes una palabra de más. En ocasiones le hacía desde lejos ciertos ademanes que ella traducía en un siéntate de este modo, o en un yérguete como una dama. Por sobre eso, temía también que el novio, en algún momento, despertara del letargo o de la obstinación en la cual estaba sumergido y le dijera “hasta aquí llegamos”.

Tuvo también que soportar los rumores que se empezaron a cocinar en el pueblo. Algunos se atrevieron a insinuar que Federico Duarte la desposaba por despecho; otros que por celos

infundados -pues la última novia que le conocieron había levantado rumores con relación a algunas visitas que recibía-. Hubo quienes se mofaron de ella y no faltó quien le pegara sobre la puerta un papel con su propia caricatura y un título más desgarrador que chistoso: “La bestia y el Bello”.

Siguieron hostigándola hasta cuando se le hizo casi imposible vivir. Un viernes de lluvia amaneció enferma y no pudo recibirlo. Por más que su madre insistió, ella rechazó la visita y se enroscó como un gusano anillado, en el centro de la cama. Demetria Ruiloba salió a entretener al novio para evitarle el disgusto de hacer un viaje de balde, pero preocupada por los rumores, por la salud emocional cada vez más susceptible de la hija, y por la certeza de su mismo futuro, se atrevió a articular la pregunta que todo el mundo se hacía en el pueblo.

De haber sabido que él iba a ser tan franco y abierto, se lo hubiera preguntado desde mucho antes:

-Pues por qué más va a ser, señora Demetria. Porque es la única virgen que hay en este pueblo.

El día acordado, por más que Rosita Peña trató de retenerlo, y de que Martina Pérez diera por sentado que no llegaría a tiempo a la iglesia, se presentó con el tufo ardiente y la barba sin hacer. La novia lo esperaba al pie del altar. Parecía un globo inflado encima de la crinolina ardiente, de los encajes de más y del velo de varias capas que le ocultaban el rostro minúsculo. Le habían pintoreteado la cara como una muñeca, la habían aderezado con guantes de otra época y un ramo de flores artificiales pendía de sus manos trémulas. La elevaron sobre siete centímetros de tacones a fuerza de amenazas para que no fuera a empinarse demasiado a la hora del beso y le impusieron, casi con violencia, una lencería de puta que ella nunca creyó que su madre fuera capaz de comprar. Con sus amplias proporciones se sintió más vulgar de lo necesario, y lloró al imaginarse el suplicio que

sería descubrirse a la luz de la claraboya de la habitación que le tuvieran destinada para la noche de bodas. Le situaron la liga en el muslo derecho y se la sujetaron fuertemente para que él se tomara un tiempo en desatarla con los dientes a la vista de todos los invitados. Por último, le rociaron todo el cuerpo con una esencia modesta comprada al crédito en el bazar de Tina.

Cuando vieron que Federico Duarte subía a zancadas las escaleras del umbral del Santuario, todos se persignaron. El sacerdote se anticipó con resolución y le hizo saber que para asumir un sacramento, debía estar sobrio, haberse confesado y estar con pleno dominio de sus emociones. Es un asunto grave, hijo, le insistió. No es una cosa que haya que hacerla por la fuerza.

-Y quién le dijo, padre, que me estoy casando por la fuerza- le inquirió él.

El padre volteó el rostro hacia el altar y no pudo reprimir la compasión de ver a Martina Pérez con los ojos cristalinos, esperando estoicamente y asumiendo con valentía la humillación que aun el día de su boda la vida parecía jugarle. Entonces decidió ponerle punto final a aquella historia y entró de prisa agitando la sotana:

-Ni que fuera una cosa del otro mundo.

La ceremonia aconteció más normal de lo previsto, y cuando salieron con el estruendo de la pirotecnia, tuvieron que cerrar los ojos bajo la lluvia de arroz y de burbujas que les rociaron encima. Martina Pérez estaba asustada, porque sentía que cada vez llegaba más lejos y que se hundía irremediabilmente en un destino que no sabía si era capaz de afrontar. Se veía a sí misma en un festival del pueblo, del brazo de Federico Duarte, tan achaparrada y fea, incapaz de levantar la mirada. Las mujeres pasarían voluptuosas a su lado y a él se le irían las miradas lejos... Sorteando curvas fatales, aspirando estrecharse contra aquellos bustos perfectos y erguidos que en nada se asemejaban a su cuerpo de pera invertida.

Cuando llegaron al único hotel del pueblo, el portero les indicó sin que tuvieran que preguntar, cuál era la habitación reservada. Federico Duarte tuvo que dirigirla con un ademán, porque no se sentía con las fuerzas necesarias para llevarla en brazos. A ambos los sorprendió la pureza del recinto, la blancura de las paredes y el minimalismo de la pieza. No había objetos de más, ni hacía falta nada que pudieran precisar. No había corazones de pétalos en la cama ni botellas de champán; tampoco había cajas de chocolates en las mesas de noche. Federico Duarte se quitó los zapatos con el empuje de los pies y se dejó caer sin reparos sobre la cama como si fuera el dueño absoluto de la pieza. Martina Pérez permaneció de pie, pero él la atrajo suavemente por el brazo incitándola a obedecer. Ella quiso apagar la claraboya pero él se opuso. A ese punto, le había despojado las diez yardas de tela que la envolvían y la apreciaba en toda su dimensión, con la lencería de prostituta que a él no le pareció ridícula. Entonces, antes de ceder a los últimos requerimientos, ella le preguntó cuál era la razón por la cual la había desposado.

-Cumpló una promesa.

-Cuál promesa- inquirió ella.

Una promesa que hice años atrás, a una niña que me salvó la vida.

-¿Cuál niña?- volvió a insistir Martina Pérez.

-Una niña que se llama como tú, y que me salvó la vida cuando jugábamos en el río.



Maribel Wang de Adames

Nació en la ciudad de David, Chiriquí el 25 de abril de 1981. Licenciada y Profesora en Finanzas y Banca por la Universidad de Panamá, se desempeña actualmente como docente. Obtuvo la Segunda Mención Honorífica en el IV Certamen Centroamericano de Novela Corta en Honduras 2012, con El secreto de Ventura (2013). En el 2013 obtuvo el Premio Nacional de Literatura Infantil "Hersilia Ramos de Argote", convocado por la Universidad Tecnológica de Panamá, con "La Flor del Espíritu Santo y otros cuentos" (2014, UTP). En 2014 Mención de Honor en el Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez". También ha publicado la colección de cuentos La noche de mi espera (2011).

FALLO DEL PREMIO “DIPLOMADO EN CREACIÓN LITERARIA” Cuarta versión, 2014- 2015

Moravia Ochoa López y Danae Brugiati Boussounis, jurados del concurso literario “Diplomado en Creación Literaria”, versión número cuatro (4) de la UTP, año 2015, dictaminan:

Los jurados se reunieron en un discreto lugar de la ciudad de Panamá y luego de deliberar sobre las nueve obras que se presentaron al concurso y en las cuales percibieron diferentes grados de Imaginación, talento y creatividad, ambas, en completa libertad decidieron:

- 1- Escoger el libro “ALMAS URBANAS” de “Tique” como la obra merecedora del Premio “Diplomado en Creación Literaria”, versión número cuatro (4) de la UTP, año 2014-2015, porque lo componen cuentos que poseen naturaleza proteica por la variedad temática que surge de ese ámbito que llamamos “realidad”. En menor o mayor grado tiene elementos singulares los cuales mediante una narrativa intimista y lúdica, al desarrollarse, crea una tensión que explora diversas circunstancias y logra llevarnos al desenlace. Algunos de los relatos nos dejan sorprendidos y otros nos llevan a la reflexión y su lectura se hace con creciente interés hasta la epifanía que, en todos ellos, se encuentra al final.

Hay en estos cuentos un tono donde se combinan la ironía y el rejuogo fragmentado de la escritura posmoderna sin dejar de lado las características del cuento clásico de estructura secuencial, esto es que, mientras entremezcla en la trama trozos de vida, inserta en ellos conceptos políticos, fantásticos, juegos con el lenguaje y la experimentación formal que les confieren carácter paradójico con el uso de elementos indispensables de tiempo y espacio que reinventan la realidad. En algunas historias del imaginario urbano, uno de estos elementos, el espacio, se convierte en un personaje, como en aquellos en que la ciudad es la figura viva complementaria detrás de su personaje principal. Hay relatos que se cierran como la espiral cónica de la concha de un caracol para dejarnos escuchar su mensaje, su música. En otros, su final abierto permite una mayor participación del lector en la propuesta del narrador.

- 2- Dejar sentado que el libro “CAMINANDO EN CÍRCULOS” de “Úrsula Iguarán” merece una Mención Honorífica porque en algunos de sus cuentos lo cotidiano se levanta ante nosotros como algo irreal o extraño, colocándolo en ambientes sórdidos con la verosimilitud que le da el buen manejo del fluir del pensamiento de los personajes en diferentes planos temporales. Los relatos son sencillos sin pretensiones rebuscadas, desdibujan suavemente el límite entre la realidad y el ámbito surreal.
- 3- Incorporar la parte pertinente del Fallo de Minoría emitido por el jurado Carlos O. Wynter Melo, y considerarlo como una segunda Mención Honorífica para el libro “Quién te dijo que quiero ser princesa”, del cual expresa: “Se adivinan muy buenas lecturas tras este escritor. Eso le permite, por supuesto, tener una prosa cuidada y fluida y correcta. Algunos de los textos no logran cerrarse como cuentos y, dado que el concurso se ciñe a este género, no le doy el puntaje completo en ese sentido.”

Dado en la Ciudad de Panamá, el 17 de julio de 2015

Moravia Ochoa López

Danae Brugiati Boussounis

Carlos O. Wynter Melo

* La ganadora de este Premio resultó ser Olga de Obaldía con su obra “Almas urbanas”

El último día

Cuento de Ingrid Vargas

La noche cae irremediamente dejando al descubierto un manto luminoso repleto de estrellas sobre la ciudad de Miami. La brisa es fresca y se cuela por las ventanas del viejo auto sedán que le ha sido abrigo y techo durante los últimos meses de exilio.

Observa con nostalgia la pequeña bandera tricolor que cuelga del vidrio retrovisor. Una lágrima se desliza vacilante y fría sobre su rostro hasta perderse en el umbral de su cuello.

Cierra los ojos y evoca, de su lejana Maracaibo, el rostro añejo de sus padres y la lozanía de sus hermanos a quienes dejó atrás. Como ráfaga de viento el recuerdo de los días soleados y húmedos, el ambiente impregnado con el aroma de las arepas y los bollos pelones preparados por su madre, el vuelo de la paloma blanca que rescató de niña, el verdor de los árboles de la finca y los caballos balanceando sus colas detrás del cercado. Luego el fuego, la casona en ruinas, la huida a la ciudad de Caracas, los días inciertos, los gritos de la multitud en las aceras, su bandera multiplicada por las almas caminantes en las plazas y avenidas, las lágrimas de las madres y la lánguida silueta de sus hijos recostados a ellas; todo queda sumido en la oscuridad.

Se escucha un estruendo, la tierra tiembla y la negrura se ciñe de sus pupilas. La gente gime desesperada, corren enloquecidos y sin rumbo, las bocinas de los autos suenan y las alarmas se activan, colisiones aquí y allá, caos.

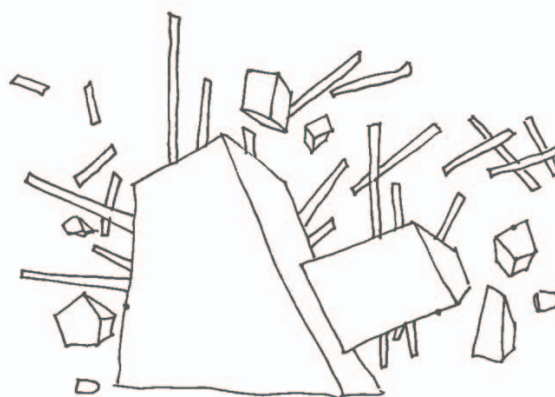
De repente, todo queda en silencio. Una calma incierta se apodera del lugar mientras una espesa nube de cenizas lo cubre todo. A lo lejos y bajo torres de escombros, la voz casi inaudible de personas

pidiendo auxilio, en contraste con las sirenas de las ambulancias y los altavoces de los estamentos de seguridad indicando mantener la calma.

Abre los ojos con dificultad. Emite sonidos guturales en un intento fallido de articular alguna palabra. Todo es polvo y cenizas. Toca su frente por la que brota un hilillo de sangre y trata de moverse bajo el techo casi destruido de su auto que le aprisiona.

A través de la aniquilante niebla gris, vislumbra por última vez, la bandera tricolor maltrecha y aplastada entre los restos de vidrios y rocas.

*Nació el 1 de agosto de 1982 en la ciudad de Panamá. Licenciada en Inglés con Énfasis en Traducción en la Universidad Latina de Panamá. Es Profesora de Educación Media y Premedia, egresada de la Universidad de Panamá. Cursó el Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá en 2006. Se desempeña como Profesora de Inglés a nivel de Premedia de algunos centros educativos particulares. Ha publicado cuentos en el libro *Letras cómplices* (UTP, 2007), colectivo del Diplomado en Creación Literaria 2006 de la UTP, *Los recién llegados* (54 cuentistas inéditos cuentan en Panamá: antología) (Foro/taller Sagitario Ediciones, 2013), así como en el libro colectivo *9 Nuevos cuentistas panameños* (Foro/taller Sagitario Ediciones, 2013).*



Despojo

Cuento de Luis Carlos Moreno

Venezolano

Esta es la verdadera historia de Humberto. No es mi intención que la asuman como real, pero lo es. Era un muchacho educado y afectuoso. Amaba a los animales y encontró en ellos los hermanos y amigos que nunca tuvo. Era un poco ingenuo, eso sí. Nunca había escuchado aquella frase que dice: cría cuervos y te sacarán los ojos. Pobre Humberto. Todos los días le dejaba riñón crudo de vaca en el alféizar de la ventana a los temidos pajarracos negros. Todos los días, pero no aquella lóbrega madrugada en la que lo olvidó.

Afuera, la brisa soplaba el silencio y la oscuridad entre los tupidos árboles, y se podía escuchar el gemir de las hojas secas siendo arrastradas por el viento. Adentro, Humberto dormía profundamente, sumergido en una terrible pesadilla: la sublevación de los animales de su granja con un único fin, acabar con su vida.

Allí estaba posado en la ventana, un pajarraco negro buscando el habitual pedazo de riñón crudo, sin encontrarlo y, por primera vez, se adentró en la habitación. Luego de deambular por la recámara, picoteando varios de los objetos que encontraba en su recorrido, alzó vuelo hasta situarse en la cabecera de la cama. Capturó su atención los rápidos movimientos oculares que acompañaban el sueño de Humberto y de un salto, con su ensañado pico, atravesó repetidas veces el parpado vaciándole el ojo. El muchacho despertó de un brinco y dejó escapar un grito escalofriante que llegó a escucharse en la finca contigua. Con una mano sosteniendo los restos del ojo, usó la otra para agarrar al cuervo que aún revoloteaba en el cuarto. Lo apretó y con rabia desbordada lo lanzó contra el espejo que se hizo añicos. El cuervo salió, golpeado y con vuelo torpe,

por la ventana, con un graznido que ponía los pelos de punta. Así fue como Humberto perdió el ojo y su inocencia. Así fue como comenzaron a ocurrir aquellos siniestros acontecimientos.

La noticia, y los rumores, se esparcieron rápidamente. En pocos días casi todos estaban enterados. Espantados, conversaban del pobre Humberto, hablando bien de él como se habla de la gente cuando muere. Ahora las casas se mostraban herméticas, con las ventanas cerradas, inclusive en las noches más calientes.

La próxima víctima fue Mariposa, la res favorita de doña Ana. Para su infortunio, la pobre vaca había amanecido sin un ojo. Qué gritos los que daba doña Ana cuando la encontró así, con el único ojo triste. Nunca había sucedido cosa parecida en aquellos lares. Pero era apenas el inicio de una pavorosa etapa de sus vidas.

Don Justo, que cuidaba a sus animales como si fueran sus hijos, también vio a sus reses perder algún ojo. Cada mañana, encontraba malherida y con la cara ensangrentada a una de ellas, a veces dos. Mañanita, Barlovento, Linda Noche. Una tras otra.

La gente comenzó a irritarse. Paranoicos, pasaban horas en vela, escopeta en mano, vigilantes. Se enfocaron en las vacas y fue entonces cuando comenzó a ocurrirles a los caballos y las yeguas. Merecure, Embrujada, Trago Amargo, Diablo Rojo, con su relinchar, dejaron saber que habían sido atacados. Apenas las cuencas vacías de uno de sus ojos. Ni un solo rastro.

Se organizaron. Acordaron reunirse en casa de María. Solo una persona no se presentó. Todos fueron a buscarle a su casa, que estaba al lado. No hubo respuesta. A través de la ventana de la cocina vieron a Humberto en el suelo. Abrieron la endeble puerta sin esfuerzo. Estaba boca abajo, con un ojo aplastado en la planta del pie; el que lo hizo caer. De su cabeza herida, bajaba una línea de sangre hasta el cuello de su camisa.

Al voltearlo, en un acto reflejo, vomitó un puñado de ojos. Y le brotó una sola lágrima negra.

Panamá, 26 de abril de 2014

Luis Carlos Moreno Rivero: Nació en Valle de la Pascua, Venezuela, en 1987, donde vivió su niñez y parte de su juventud. Graduado en Ingeniería en Sistemas y Computación en la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP). También obtuvo en esa casa de estudios el título de Maestría en Docencia Superior con Especialización en Tecnología y Didáctica Educativa. Ha sido participante de talleres de cuentos del escritor Enrique Jaramillo Levi. Egresado del Diplomado en Creación Literaria de la UTP. Hace ocho años que reside en Panamá.

La boda

Cuento de María Laura de Piano

Luisa Fernandez se descalzó en cuanto entró a la casa. Dos ampollas enormes en el pie izquierdo y una en el derecho le agradecieron el gesto. “Tendría que andar en chancletas los próximos días - pensó mientras colocaba los zapatos rojos con piedras de colores sobre la mesa de entrada. Los contempló con orgullo. “Seiscientos dólares y la elección perfecta para aquella ocasión” - ¡Qué noche! - exclamó con satisfacción mientras se desplomaba en el sillón de la sala. La boda había sido un éxito. La iglesia rebosante de flores blancas adornadas con cintas rosadas y su hija que parecía una princesa de cuento de hadas con aquel vestido que había dejado mudos a los quinientos invitados. Seguramente se corrió la voz, en realidad ella misma se había encargado de correrla, de que lo compraron en el modisto más conocido de Madrid y que el tocado de flores naturales, que había llegado por avión en la mañana, era el más caro del catálogo. Las ampollas le ardían.

Luisa se masajeó sus pies hinchados mientras seguía pensando en los detalles. El salón un verdadero lujo. Lo decoró ese muchacho que ahora estaba de moda y que siguió al pie de la letra todas mis indicaciones. La comida tan abundante que cuando se fueron los invitados aún quedaba suficiente como para otra boda. Menos mal que no acepté hacer la fiesta en ese club de rabiblancos, en donde mi consuegra se pasa las tardes jugando cartas, porque no hubiera sido la velada que mi hija merecía. Lástima que su padre, que en paz descansa el pobre Juan, no pudo llevar a la nena al altar. Pero gracias a Dios dejaron todo en mis manos. Claro, mi yerno no hubiera podido pagar semejante boda. Es muy buen muchacho, emparentado con ex presidentes y políticos. Un apellido conocido pero de dinero nada. Luisa tambaleante se puso en pie y satisfecha se dirigió a su recámara.

Marta Arrigalla Núñez bajó con elegancia del carro. Cuando atravesó el vestíbulo, se miró de reojo en el espejo y se acomodó un mechón de cabello fuera de lugar. Desde temprano no veía el momento de regresar, es más, en realidad le hubiera gustado haberse quedado en la casa y no pasar por semejante vergüenza. Sabía que su hijo se había equivocado con esa muchacha cabeza hueca tan ridícula como su madre. El día que le anunciaron que iban a casarse tuvo que pedir cita con la psiquiatra y se mantuvo con pastillas los últimos seis meses. “Si Emilio viviese no hubiera permitido esa boda o al menos no hubiera dejado que esa mujer tan ordinaria se encargara de todo. Seguramente le hubiera pedido dinero prestado a sus primos, al de la finca de Chiriquí o al diplomático que ahora estaba en París”. Pero ella por orgullo no se atrevió y la casa ya estaba hipotecada, así que no tuvo otra opción que aceptar que esos nuevos ricos costearan la boda. “¡A quién se le ocurre adornar la iglesia con cintas rosadas! Ni que fuera un cumpleaños infantil! Y su hijo apuesto y elegante al lado de esa chica tan vulgar metida dentro de un horroroso vestido y con aquel tocado que parecía un bonete”. Marta sacó una pastilla de la pequeña cartera negra y se la metió en la boca. De la fiesta

no quería ni acordarse. “¡Qué mal gusto! El salón no estaba a la altura de mis invitados acostumbrados a las bodas en el Club. Deben haberse pasado la noche criticando y mañana será el comentario de toda la ciudad. La comida parecía de fonda y la decoración decadente. Para peor, mi consuegra arriba de esos zapatos rojos brillantes propios de un disfraz de carnaval. ¡Cómo se habrán reído mis amigas! Se ve que a esa gentuza les sobra el dinero pero de gusto nada. ¡Qué bochorno! Por un tiempo no voy a jugar a las cartas, no puedo tolerar tanta vergüenza. Marta se metió en la boca otra pastilla y caminó vencida en dirección a su recámara.

María Laura de Piano: Nació en Buenos Aires, Argentina en 1959. Abogada. Ha residido en el Caribe desde 1992. Naturalizada panameña. Asistió a varios talleres de cuento avanzado dictados por el escritor Enrique Jaramillo Levi. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2014, de la Universidad Tecnológica de Panamá.



Necromance

Cuento de Vicente Lira

Venezolano

A medida que me acerco confirmo que el camino hacia el depósito de la morgue se encuentra a oscuras. El olor a formol se intensifica. Llego hasta la puerta y observo entre la penumbra el cristal partido producto de la rabia de Diego el día de la muerte de su madre. Enciendo la luz. Atravieso los cinco escalones recorridos por él antes de toparse con la mujer que le dio vida. Puedo imaginar todo lo ocurrido antes de que llegáramos: Diego observa a su madre acostada en el centro del depósito de cadáveres, casi desnuda y con las vísceras afuera. Una puñalada recibida en el barrio cuando intentaron despojarla de unas pocas monedas explica la razón por la cual no llamó a la hora de costumbre. Su mano está aún aferrada al bolso. Entonces él la mira largo rato y camina hasta la alacena. Toma el bisturí para comenzar su trabajo. Corta el cuero de la cartera y hala con fuerza hasta desprender el bolso. Un olor a chamuscado le indica que la presión con la que se sostuvo aquel objeto ha sido superior a la muerte. Coloca el bolso en una mesa y continúa. Se deshace de las vísceras. Cuando se dispone a suturar el cuerpo Alfonso y yo entramos todavía creyendo que sería un día de trabajo como cualquier otro. Observamos su mano temblorosa y el bolso de la mujer a un lado. Caminamos hacia él sin entender por qué no continúa su trabajo en aquel cuerpo desconocido por nosotros. Como respondiendo a nuestra pregunta guarda el bisturí en su bolsillo, camina lento hacia la puerta, toma el extintor, se voltea con los ojos cerrados y parte el cristal con el equipo de incendios. Antes de que podamos reaccionar, sale corriendo hacia la calle. Lo seguimos sin entender que ocurre. Cuando creemos que al fin podremos alcanzarlo saca el bisturí guardado en el bolsillo y se lo lleva al cuello hundiéndolo y halando con fuerza para dejar

que la sangre corra por él. Desde ese día nos falta un compañero en el turno. Desde ese día lo veo todas las noches recorriendo la sala junto a su madre.

El recuerdo se desvanece. Termino de bajar los escalones y me acerco a la cámara mortuoria. Hoy no me ocurrirá lo que a Diego. Abro el panel y allí te encuentro con un disparo en la cabeza que te ha dejado casi irreconocible, Ricardo. Abro el otro panel, y tu Alicia permaneces como dormida, con los labios de un violáceo muy ligero. Ya he sido informado de lo ocurrido hace apenas una hora. Decido comenzar contigo Ricardo. Detallo con cuidado y noto que en el dedo anular de tu mano derecha está el anillo que hace dos meses le devolví a Alicia y que definió lo que te haría el día en que murieses. Tomo la sierra. Me da mucha rabia saber que no te dolerá. La llevo hasta tu dedo y dejo que corte lentamente ese anular ladrón de recuerdos. En el ambiente se define un ligero olor a quemado que prontamente es absorbido por los generadores de ozono. Alicia pensó que no tenía sentido deshacerse de un anillo tan costoso, y simplemente te lo dio como regalo de cumpleaños. A mí me lo dio por la misma razón y se lo devolví cuando ella me reclamó que supuestamente había confundido la amistad con el deseo. Ejecuto dos puntadas sencillas. No tengo por qué abrir tu cuerpo Ricardo, es sólo mi deseo de venganza que tiene que ser satisfecho. Me dedico a reparar tu rostro y disfruto definiéndote una sonrisa, que te hace ver más estúpido de lo que siempre te consideré. Para el resto del cuerpo no hacen falta detalles especiales puesto que no han de verse al momento del velorio y sólo se consume tiempo cuando se quiere arreglar algo que nadie notará. Cierro el panel. Pronto desaparecerás de mi mente. No así Diego y su madre, quienes se encuentran dando vueltas a mi alrededor. El siempre robaba los objetos valiosos de los difuntos, y repetía como excusa: “Tengo un amigo que me da buen precio por ellos”. Su madre no poseía ningún objeto de valor cuando la encontraron. Como si hubiesen recordado algo pendiente, Diego y su madre desaparecen.

Me acerco ahora a ti Alicia y recuerdo tu olor distante. Nunca me tomaste en cuenta. Siempre te

burlabas de mí. Tú, la que calentabas mis deseos de adolescente cada vez que te veía con alguien. La que cuando por fin creí poder invitarte a salir, decidiste escaparte a París, a vivir en un ático. La que regresaste de Europa sólo para contar que los rusos pre perestroika se desesperaban por un jean. Tú, la que reíste un día cuando nos despedimos en la puerta de tu casa y te pedí un beso y aceptaste. Y yo, temeroso, apenas pude colocar mis labios en los tuyos anhelando que sintieses todos mis deseos traspasando tus nervios, y llegando a tu cerebro, gritando te amo, te amo, te amo. Deseando que me besaras y que me dijeras que tus piernas, que siempre pasaban a mi lado mientras jugaba con tus primos, me rozaban intencionalmente, y no sólo como una forma de apartarme del camino. Pero lo único que logró ese beso fue que me dijeras que éste que ahora recibía era el primero y el último, y te despediste con otro beso en la mejilla y me cerraste la puerta, diciendo algo más que ahora no recuerdo, pero que me dolió mucho. Ese día quedé con los labios electricados, llenos de deseos reprimidos, hasta que se descargaron en los insípidos labios de la primera prostituta de teñidos cabellos que encontré. Y ese recuerdo, esos deseos, ese pasado apretado por años en mi corazón por apenas un roce, permanece acostado en la camilla, esperando a que yo lo descubra nuevamente, cuando Diego reaparece con su madre y se disculpa porque solía escaparse al cine, mientras llegaban más cadáveres a la morgue. “No vale la pena trabajar con poca cosa” era su excusa en estos casos. Me miran largo rato, mientras permanezco al lado de Alicia. Dejan de hablar y desaparecen.

Levanto la sierra y la acerco a tu pecho. Tampoco hace falta. Siento que estoy matando el amor. Algo hiciste para que tu vida cambiara y ocurriese lo que te trajo a mí esta noche. Siento que tus labios me piden el ahora. Me doy cuenta de que ni siquiera he descubierto tu blusa. Dejo caer los botones y veo tus senos cubiertos por un sostén casi transparente. Te levanto un poco y termino de quitar la blusa. Aprovecho para deshacer el seguro de los sostenes y abrazarte. Tus senos van apareciendo a medida que vuelvo a colocarte en la camilla. Me deshago

de tu falda, siempre colocada a la distancia apropiada para que mis deseos se incrementen. Vuelvo a activar la sierra y la acerco a tu pecho. Tus senos me piden que los toque, y no puedo negarme al último deseo de una difunta. Siento un escalofrío de veinte años que me recorre el cuerpo. Apago la sierra, y vuelvo a sentarme a tu lado. Siento tus piernas rozando mi brazo. Acerco mis labios a tu piel, y siento el comienzo de un temblor recorriéndome, mientras el corazón se acelera. Siempre tiemblo cuando es la primera vez. Lentamente subo a tus labios, y recuerdo cada instante detenido en esa puerta del último beso, sabiéndome estúpido por no haber hundido mi lengua en tu boca y transmitido todo mi deseo a través de la saliva, que te recorrería toda y te gritaría te amo, te amo, te amo. Ahora si la hundo, pero choco contra tus dientes que no me dejan continuar. Y tus palabras son ciertas: primera y última vez, primera y última vez. Intento recordar aquellas otras palabras que tanto me dolieron. Me bajo el cierre, me monto encima de ti y comienzo a penetrarte: primera y última vez. No hace falta que estés de acuerdo, pero sé que estás allí porque me deseas. Todavía el rictus mortis no se ha apoderado de ti completamente. O quizás si lo ha hecho, pero contigo todo siempre ha sido tan suave que tampoco me daría cuenta si ocurrió. Tus piernas rozan las mías, y tus labios también. Me muevo y sé que deseas que siga. Es la marea de mi pecho contra el tuyo. Me aferro a la camilla mientras beso tus senos, tus labios, tu piel; esa misma piel que vivió rozándose todos estos años. Y ahora, cada vez más caliente me siento tuyo, hombre tuyo, marido tuyo, amante tuyo. La pelvis se me contrae y sigo intentando hundir mi lengua en tu boca. Primera y última vez. Oigo ruidos. Me apresuro. Diego regresa con su madre. Vuelvo a escuchar ruidos. Debe ser Alfonso. Alicia, eyaculo primera y última vez en ti. Me aprieto el pene para que salga el último despojo de deseo. Te abrazo. Busco en mis recuerdos esas palabras que dijiste cuando se cerraba la puerta. Las busco, porque sé que no querías que las olvidara. Faltaba media hora para que llegara Alfonso. Posiblemente decidió venir más temprano. Me levanto.

Me apresuro a vestirme. Te encierro. Voy al baño, me lavo las manos y la cara. Intento recordar. Me siento a disfrutar tu roce. Primera y última vez.

Justo cuando Alfonso abre la puerta, los observo a los cuatro mirándome fijamente. Sabía que algún papel desempeñaba cada uno en este juego. Ricardo toma tu mano. Diego y su madre sonríen. Todos se burlan. Sólo han estado esperando mi reacción. Como una bala el recuerdo de aquellas palabras dichas hace tanto tiempo llega a mi cerebro. Ahora no sé como hacer para olvidarlas. Hace años apenas había podido hacerlo. Vuelves a burlarte. Sé que ya nunca más las olvidaré, porque estoy seguro de que las repetiste cuando cerré el panel, y de que me las gritas ahora, mientras Diego sale corriendo con su madre y te vas desvaneciendo con Ricardo, mientras todos ríen con descaro:

“No puedo estar contigo. Nunca me dejarás satisfecha”.

Vicente Lira Morillo: Venezolano. Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela y Magister Scientiarum en Literatura Venezolana por la misma universidad. Ganador del premio “Chela Atencio” con la obra “Las tumbas son pa’ los muertos” y del Premio Monte Ávila 2006 con la obra “Los dioses del Sur”, ambos en Dramaturgia. Ha dictado talleres de cuento, teatro y poesía y realizado ponencias sobre literatura infantil, en Venezuela, Guatemala y España; publicado libros de dramaturgia, cuento y poesía, con editoriales como Monte Ávila Editores, El pez Soluble, Texto Sentido, en Venezuela. Se encuentra en Panamá desde Agosto de 2014. Inauguró el VI festival de Junio en Guatemala en el Centro Miguel Ángel Asturias. Presentó la ponencia “La soledad en la literatura infantil” en el CILCA (Congreso Iberoamericano de Literatura Infantil) y el FILGUA (Feria Internacional del Libro), en Guatemala.

Polín escondida

Cuento de Viviana Andrea Vinci

Argentina

Freno antes de entrar. Alguien me retiene, pero es alguien sin rostro. Acaban de abrir el museo, el tiempo es mío, pienso; la cultura es algo vivo y en los museos se mantiene suspendida, atada con hilos invisibles a nuestra realidad. Por eso le dedico tiempo. Por eso y porque me parece extraño este aliento de vida frente a un portal tan minimalista, tan despojado de savia, de líneas rectas y blancura de mármol. Es un muchacho vestido de negro que esconde su cara bajo una capucha. Está arrodillado, sentado sobre sus talones. Delante de él descansa un pitbull color champagne; su mirada es una mezcla de miedo y tristeza, de obediencia y hartazgo. Sobre el lomo del perro caminan tres ratones: uno negro, uno blanco y un tercero que reúne en su cuerpecito a ambos colores. Se paran en sus patas traseras, como el personaje de Ratatouille, mirando al chico de la capucha. Intentan trepar por los brazos del muchacho, pero él, una y otra vez, los regresa al lomo del sumiso perro que se mantiene quieto; pienso que reconoce su actuación, pero igual me quiebra el alma. Si quisiera ver la cara del encapuchado debería tirarme al suelo, y creo que ni así podría. El juego con los ratones se vuelve hipnótico. Una y otra vez, como en una rueda para hamsters, van del lomo del pitbull a las manos del chico. Una y otra vez. A estos pequeños no les gusta la luz del día, digo, pero él no me entiende, ni levanta su rostro. Yo no hablo polaco. Él no habla español. Los ratoncitos intentan escabullirse dentro de las mangas de la chamarra negra, pero él los contiene. El espectáculo me adormece y, antes de quedarme allí a pasar el día, reacciono: Estás delante de este museo para visitarlo. Dejo una moneda en la gorra que descansa delante del perro y cruzo el portal.

El Museo de la Historia de los Judíos Polacos está en el distrito de Muranów, sobre las cenizas del gueto de Varsovia. Un cartel sobre los cristales reza, en letra hebrea mezclada con latina: Polín. Leo en el folleto que por este nombre decidieron los judíos medievales quedarse en esta ciudad, por su significado: Aquí descansarás. La fachada de cristal es atravesada por una hendidura que me hace pensar en el Mar Rojo, en su cruce. El hall encierra aridez de cueva, como una matriz de cemento. Busco la muestra de la Shoah para que me explique la tragedia. No están las fotos más morbosas. Como si sólo hubieran sido un ínfimo puñado, una pared contiene fotos de rostros con nombres. Apenas un muestrario. Hay una especie de negación en el aire, un escondrijo donde se puede ocultar la historia más cercana detrás de esos mil años de historia compartida. Sólo percibo, en esa recreación del puente de la calle Chlodma que cruzaba sobre el gueto, una asimilación transversal y sutil del mea culpa: allí abajo los judíos, aquí arriba los gentiles. Es que lo que no se ve, no existe. Ni existió nunca. Me pregunto cuánto nos retiene el pasado, el pasado de todos, el pasado común; ¿se interioriza o no alcanza, de verdad, la piel? Está ahí para rendirle homenaje, en fechas claves, para ponerle flores en la tumba del soldado desconocido. El soldado sin nombre y sin ayer. Continúo paseando por los salones. Uno de ellos me transporta a una sinagoga bella, artística, esplendorosa, pero yo sigo dándole vueltas al asunto: la convivencia, la aceptación, el respeto. El recelo. El odio. La negación. Y una y otra vez vuelve a girar la rueda, y una y otra vez trepan como los ratones en los brazos del encapuchado y se esconden tras un velo negro, ensangrentado, pero negro.

Al cruzar por una de las múltiples cristalerías miro hacia abajo. El muchacho y sus animales siguen ahí, junto a tres personas que observan el espectáculo. A unos metros diviso a dos policías uniformados de negro, que se acercan. Bajo corriendo las escaleras. Quiero avisarle. Quiero advertirle, pero no llego a tiempo. El custodio de la entrada me mira desconcertado. Para él esto será el pan nuestro de cada día.

Los agentes lo levantan por los brazos y se lo llevan. El perro de ojos tristes corre, desorientado, tras ellos. El muchacho esconde la cara, agacha la cabeza tanto como lo dejan. Se va sin que llegue a conocer el color de sus ojos. Los tres ratones se ocultan en sus bolsillos. Y yo me quedo ahí, sola, en la puerta de esta nueva Varsovia para turistas, donde el pasado se estremece escondido entre las piedras, y el presente es manipulado por magos vestidos de negro.

Viviana Andrea Vinci: Nació en Buenos Aires, Argentina, donde estudió Arte Dramático y Locución, trabajando como actriz durante más de diez años. Luego se abocó a la escritura, y realizó talleres de

narrativa y poesía en Argentina, España (donde vivió once años) y México (donde vivió tres), además del Diplomado en Creación Literaria 2015 en la UTP. Actualmente estudia Antropología en la UNED. Tiene un premio de ensayo Limaclara 2014, y una mención honorífica en el premio «Diplomado en Creación Literaria» 2015 de la UTP. Publicó relatos y poemas en revistas de Argentina, España y México. Sus cuentos aparecen en: «Cuentos del taller y de hoy» y «Memorias de la pasada tormenta», «Más cuentos para sonreír», «Álbum de Familia», «Cuando vivíamos aquí» y «Maneras de desandar el tiempo», «25 golpes de suerte» y «Plagios ejemplares», prólogo de Carlos Wynter Melo.



Confrontaciones

Entrevista a Carolina Fonseca

por María Pérez-Talavera



La tarde del 3 de mayo, Carolina me recibe en su casa tranquila. Nos saludamos y tomamos té. Nos gusta el té, a nosotras. Ella es cordial y dilata el preámbulo de mi visita, gana unos minutos adicionales en los que no será el centro de atención. En una transición lenta, moción natural de un domingo, entramos en materia.

– **¿Quién es Carolina Fonseca? ¿Cómo te presentas y defines?**

– *Quién es Carolina Fonseca... esa es una pregunta difícil. Una respuesta que además varía con el tiempo y con los momentos. Hoy Carolina Fonseca es primordialmente mujer. Ser mujer está ocupando un lugar importante en esta etapa de mi vida, de cambios. También es una mujer que está reencontrando(se) o retomando caminos que le son importantes. Descartando cosas que no le sirven.*

Bos, un cocker spaniel de quince años merodea inquieto por la sala, corretea de aquí para allá, y su dueña se inquieta también. “Bos se está comiendo los libros. ¡Una mujer que tiene un perro que se come los libros!” me responde entre

risas. “A veces yo me los como también. Cuando un libro es muy bueno uno se lo come ¿no?. «me comí un libro», decimos, por ejemplo”. Luego retoma su definición.

– *A veces soy madre, aunque cada vez menos porque los hijos crecen. A veces esposa. A veces amante. Escritora... es algo relativamente nuevo en mi vida y que se está instalando.*

Creo que Carolina Fonseca tiene una gran afinidad con la vida (eso es algo que me define también), a pesar de que tiene una clara conciencia de los aspectos dolorosos de ella. Conozco mis contradicciones internas, las sufro y las disfruto; mis polos y dualidad. Estoy aprendiendo a convivir con eso. (Soy) densa, cambiante en la superficie, fría, cariñosa y distante, compasiva, ordenada y obsesiva, confiada, sensible, empática a niveles extremos, me río y lloro con facilidad. En fin, “contengo multitudes” no en el sentido de amplitud que le dio Whitman, sino en cuanto al número de voces que me habitan.

– **Densa, inteligente y sensible ¿serían adjetivos con los que te auto-calificas?**

– Y fría. A la vez. Son cosas aparentemente opuestas. Hay alegría en mí y sé también del dolor. Pero no me quedo en una cosa u otra. Esa dualidad quizás me da densidad, y eso le aporta a mi escritura.

– **Dices que ser escritora es algo reciente. ¿Cuándo decidiste ser escritora? ¿Qué te motivó?**

Responde sin pensar.

– *Yo lo primero que supe era que quería escribir. Desde niña, a los 8 años. Algo muy temprano y muy espontáneo, además. Empecé a pedir libros en una casa donde los libros no estaban; no había ni siquiera estantes (para libros).*

Carolina me cuenta de sus primeros manuscritos infantiles y de sus muchas lecturas; lecturas que la inspiraban y a la vez, por ser ella tan auto-

crítica, la distanciaban de su debut. “¿Cuándo uno va a lograr escribir así?”, se preguntaba.

– Entonces estudié derecho y viví la vida –que yo creo que es algo importante para escribir bien. Aunque no es indispensable. Pero en mi caso sí.– Y cuando me mudé de Venezuela a Estados Unidos, me reinventé. Al ubicarte en otro entorno no puedes ejercer la carrera que tienes. O no quieres. Eso te da el pretexto para hacer otra cosa. Un día me topé con una amiga fotógrafa y le planteé que yo escribiera microrelatos para sus fotografías y así empecé, en el 2009, con un Blog; y cuando tienes un Blog de alguna manera tienes lectores porque publicas y eso da una experiencia adicional a la escritura.

– **¿Podrías decir que esa experiencia de inspirarte en las fotografías de tu amiga y escribir micro-relatos en el Blog es un antecedente del proyecto reciente que trabajaste con Dimitrios Gianareas, escritor panameño? El libro Dos voces, 30 cuentos.**

– Sí. De hecho, pienso que cuando se empieza en la escritura y ya se tiene parte del camino andado, uno se voltea y ve cosas de las que no eras consciente al inicio. Entre esas cosas, me he dado cuenta de que en mí es una constante confrontar visiones, discursos, propuestas, miradas. La idea con Clara, al igual que con Dimitri, es que no hubiera un acuerdo previo entre nosotros. Así, los textos se generan libremente, no sujetos por nada distinto de lo que surgiera por intuición. También está la antología (Escenarios y Provocaciones, mujeres cuentistas de Panamá y México: 1980-2014), que es otra manera de confrontar: la selección hecha por Mónica Lavín en México, con mi propia selección en Panamá. De ahí que sí, hay una suerte de búsqueda de diálogo o contrapunto.

– **¿Qué te inspira?**

– Si hay inspiración (porque a veces no hay inspiración), es un gesto, lo que veo a través de una mirada o una imagen. Son cosas que no se expresan, que están detrás de lo que la gente hace. Puede ser un recuerdo o lo que me conmueve de las situaciones, un elemento sutil y humano; lo que no se ve, lo que le está pasando a alguien por dentro: cómo registra la experiencia, más que la experiencia misma. Ciertamente es que en “Dos voces 30 cuentos”, el precedente o “fuente de inspiración convenida” era el texto de Dimitrios cuando este lo precedía (ya que a veces ocurría al revés, mi texto como antecedente del suyo). Cuando no hay inspiración y hay la necesidad de escribir, pues a veces es una frase que surge; si hace resonancia con una historia interna que quiera contarse sin que yo lo supiera, empiezo a hilar.

– **Hablando de inspiración: en tus cuentos hay una presencia de lo rural, del llano. ¿Consideras esto parte clave de tu narrativa, un rasgo distintivo?**

– No, no es un rasgo distintivo, aunque está muy presente. Y está muy presente porque mi padre es hacendado, y los padres de mis padres, y en las fincas (en el campo, en los llanos) pasé temporadas de mi infancia, mi adolescencia y mi adultez. Hay algo en ese espacio que me gusta y es afín a lo que me interesa, que tiene que ver con el contraste: cómo en ese espacio las cosas ocurren a velocidades y lógicas distintas. Más cíclicas.

– **¿Entonces ese llano para ti es nostalgia o mera inspiración?**

Con los ojos sonrientes, Carolina elogia lo bonito de la pregunta. Antes de responder, vuelve a llamarle la atención a Bos, que ahora intenta comerse unos papeles sueltos en una esquinita acogedora, tapizada de libros.

– No es nostalgia. Creo que es más un ambiente propicio. Es un entorno que me

sirve para ilustrar cosas. Por ejemplo, los ríos, tienen presencia en mis historias; porque discurren, se empozan y se parecen a la mente, a su imparable discurso. El agua es un elemento que me sirve para expresarme. Lo rural es un entorno que me es familiar, que conozco, es afín y análogo a aspectos que me interesan y de los cuales escribo.

– **¿Crees que tu obra tiene simbolismos?**

– *Claro. Muchas veces estoy escribiendo sobre algo y me doy cuenta de que debajo subyace otra cosa que ni siquiera yo misma había visto. La mayoría de las veces son inconscientes (a veces también pueden ser conscientes), y se revelan después. Yo no pienso “voy a escribir de esta manera”, eso va surgiendo así. Eso me pasa con varias historias. En mis lecturas me gusta sentir eso también, que hay diferentes niveles de lectura, que me están diciendo más de lo que me están diciendo.*

Bos nos vuelve a interrumpir y esta vez demanda algo. Ella se levanta y lo sigue, busca tres galletas para calmarlo. “No es normal lo que te pasa a ti hoy”, le dice. Desde la sala grito mi siguiente pregunta.

– **A pesar de haber empezado en el oficio hace solo unos años, tu voz y tu tono son muy característicos, bien trabajados. Carolina-Fonsequismos, como lo llamamos en los talleres. ¿Qué crees que los define?**

– *Es algo que nunca me he puesto a pensar pero creo que la repetición. Tiene que ver con reiterar algo. Con la introspección, o sea, con una narración que está asentada desde adentro. Su eje está adentro independientemente de que ocurran cosas afuera. Trabajo con ritmos: a veces uso puntos y frases cortas, pero es como un fluir; yo siento que hay algo líquido, que corre. Moroso, como dice Enrique (Enrique Jaramillo Levi, escritor y promotor*

cultural panameño, amigo personal y socio de Carolina en Foro/taller Sagitario Ediciones). Hay algo de escritura automática: una cosa me conduce a la otra, es como un tejido que va guiando. Me he dado cuenta de que en muchas de mis historias todo ocurre en la mente de la gente, incluso en cuentos que son muy “exteriores”. Es un rasgo que no conocía.

– **¿Te inclinas por lo individual sobre lo colectivo?**

– *Sí. De hecho me cuesta mucho trabajar voces en plural porque no me interesa lo colectivo. Lo que me interesa en general, en todos los aspectos, es lo individual: la psicología porque es individual; la sociología no me interesa. Al final lo que define al mundo es una suma de individuos.*

– **¿Trabajas el ying-yang de lo masculino y femenino en tu obra de manera consciente?**

– *Me da la impresión de que me es más fácil y me interesa más la mirada de la mujer, en general. Hablar “desde” la mujer (no necesariamente “de” la mujer). Aunque creo que se me dan voces masculinas de forma convincente; eso lo disfruto cuando lo hago. Pero si a interés vamos, me interesa más indagar –porque creo que la escritura es una indagación de ti misma– sobre la problemática de la mujer, que explorar el universo mirado por un hombre. En “Dos voces 30 cuentos” hubo también el interés de mirar el resultado espontáneo de confrontar nuestros textos en tanto hombre y mujer.*

– **Como autora ¿qué tiene que decir Carolina Fonseca? ¿Tienes un mensaje para el lector?**

– *Yo no quiero dar ningún mensaje. Es más una pregunta, son preguntas las que me hago. Pero la novela o historia que tengo en la cabeza pretende proponer la mente como un distractor de la vida y la*

desmemoria como una bendición. Este es quizás el único texto que me he planteado como “lo que quiero reflejar es esto. Esto que siento que es así”. No porque crea que sirva para algo decir eso. A nadie. La literatura no es utilitaria. Este es el único caso que quiero escribir con una conclusión en mente, pero resulta que cuando uno empieza a escribir se corre la aventura de que las palabras te vayan conduciendo a espacios adentro de ti que no son los que tú pensabas que ibas a transitar; entonces terminas concluyendo o nada o algo distinto. Mi interés por la novela se debe en parte a la necesidad que tengo de expandir mis límites, de meterme en un mundo en el que la densidad de mi prosa se flexibilice un poco, fluya, corra más distancia y el tema que me interesó fue ese. Además que implicaría un solo personaje como eje, es más simple.

– **En tu obra general, ¿qué temas te interesa abordar?**

– *La mente desde diferentes aspectos (como el espacio donde ocurren las cosas), el tiempo, el erotismo (en el caso de la mujer), el sinsentido, el desengaño que la vida implica necesariamente. Fundamentalmente esos.*

– **¿Cómo definirías tu estilo si le pusieras un nombre?**

Risueña, se toma unos segundos para pensar y salirse por la tangente.

– Carolina-Fonsequismo.

Me río y le digo que esa definición no vale, así que insisto. Ella me devuelve la pregunta. La vuelvo a rebotar y finalmente lo suelta.

– Introspectivo, recurrente, sensible.

– **¿De quién aprende Carolina Fonseca?**

– *De todo lo que leo, de mis compañeros de taller. De ti aprendo. De los escritores formados que uno oye y lee.*

– **¿Tienes un autor que sientas que ha influido tu obra?**

– *Marguerite Duras. Cuando leí un par de novelas de ella sentí que me gustaba la forma de algún modo cruda. Fue un disparador para mí leerla.*

– **¿Y a cuál admiras?**

– *A Marguerite Duras también. ¡Y hay tantos buenos libros que uno lee y lee! Hace poco leí a Cesare Pavese, “La luna y las fogatas”, un libro que habla de la vuelta a su pueblo en Italia. Es una maravilla. Leí a Canetti, un Nobel, su libro que se llama “Las voces de Marrakech”. Son como estampas y me dije: “Así puedo escribir yo”, porque son elementos aparentemente sin importancia que ves cuando vas por la calle en una ciudad que no conoces: como una mujer asomada a una ventana o cómo se comporta alguien en un mercado y eso va construyendo relatos. No sé... ¡son muchos! Aquí en Panamá, Ramón H. Jurado (El desván), Joaquín Beleño (Luna verde); sus atmósferas desquiciantes.*

– **Ya que comentas sobre el autor italiano que cuenta el regreso a su pueblo: Has sido emigrante durante los últimos años. Viviste en Miami y ahora vives en Panamá. ¿Cómo ha influido el “destierro” en tu oficio?**

– *Desde el punto de vista práctico y simple, el hecho de que emigres, ese desarraigo, el encontrarte en una frontera distinta te permite pensarte distinto y hacer cosas diferentes y eso me impulsó a escribir. No trabajo desde el destierro; no soy para nada nacionalista ni tengo nostalgias de “mi tierra”. Mi nostalgia es la casa donde crecí. Es la casa. Son los rincones de esa casa. La vista de la ventana de mi baño. No el país o la ciudad o las personas que dejé. No. Yo no escribo sobre esas cosas. “La distancia” no me mueve a escribir.*

– **Desde que llegaste a Panamá participaste en los Talleres de Cuento Avanzado con Enrique Jaramillo Levi. ¿Cuáles**

consideras que son los beneficios claves para un escritor de ser parte de este tipo de foros?

– Te hacen escribir; te someten a la lectura y al juicio de otros lectores que están ahí para decirte si eres comprensible, los vacíos y aciertos de lo que estás escribiendo. La disciplina, y la mirada de un lector; eso. Son ventajosos siempre que no te obligues a hacer algo que le reste fuerza a lo que escribes.

Retomo mi cuestionario, dejado atrás hace rato cuando la entrevista se tornó en una conversación amena, fluyendo como los ríos de aquellos llanos guariqueños. Me sorprende de que, naturalmente, su corriente indómita ha rebasado casi todas las preguntas en el papel, pero me interesa hacer doble clic en algunos temas de rigor. Bos ahora también me escucha con atención.

– Volviendo al punto de “Dos voces, 30 cuentos”, libro-proyecto que desarrollaste junto a Dimitrios Gianareas, en el que existe una retroalimentación directa, es decir, cada uno generó textos inspirados en creaciones del otro. ¿Cómo nació esta genial idea de creación mancomunada?

– Nació en un taller, como dice el prólogo. Escribí algo a partir de un cuento de Dimitri y, cuando lo leí en la próxima sesión él entendió el guiño. Las buenas ideas se te ocurren en un instante, como un relámpago. Hay que confiar en esos relámpagos y a mí me llegó, y dije “¿Qué tal si escribimos un libro que sea todo, todo así?”. Cuando es un buen relámpago no se te olvida, entonces se lo planteé a Dimitri. ¡Y él es un remolón! ¿ah?, no vayas a creer que es un tipo fácil. ¡No!, ese griego lo pensó; temía que el ejercicio le restara honestidad a la escritura, la confinara o condujera. Pero lo pensó... “Está bien, Carolina. Vamos a hacerlo”, me dijo por fin. Estuvimos trabajando meses y nos divertimos muchí-

simo. Culminó en treinta cuentos, quince parejas de cuentos urdidas así.

– En el 2014 publicaste una antología de cuentos de mujeres panameñas y mexicanas junto a la escritora Mónica Lavín, “Escenarios y Provocaciones. Mujeres cuentistas de Panamá y México 1980-2014”. Recientemente anunciaron que la UNAM también lo publicará en México. Esto es sin duda un mérito enorme, tanto para las autoras participantes como para ustedes como antólogas. ¿Qué destacas de esta experiencia?

– El antologar. Me gustó muchísimo el trabajo. Lo que implica hacer la selección, las lecturas, la decantación. Es lectura y me gusta leer. Esa valoración, contactar con las escritoras, conocerlas, me pareció muy interesante. Me ayudó, porque fue aquí en Panamá y eso me relacionó con la literatura local. El trabajar con Mónica –aunque ella está en México y yo aquí– es una escritora formada, hecha y derecha. Confrontarme con las voces de México fue interesante. Me dijo cosas acerca de cómo están mirando el mundo las mujeres. Hoy me siento más segura de poder abordar nuevos proyectos como este de otras maneras.

– Ganaste el Premio Diplomado en Creación Literaria 2014 de la UTP. Cuéntanos de tu experiencia como participante y del libro que se viene como producto de este galardón: “a veces sucede”.

– Fue interesante: tener un plazo para presentar un texto, decidir cuáles iban, pulirlos, meterlos... y ganar. Una gran alegría. Aunque es un premio menor, es el único al que podemos acceder los extranjeros, salvo el que tenemos en la Editorial (Premio de Novela Corta Sagitario Ediciones) que está abierto a residentes. “a veces sucede” es más experimental. Hay varios textos que abordan lo erótico y lo femenino, pero

es variado en temas. Hay cosas distintas que no había hecho antes. Variado como el título: cosas que pueden suceder, pero no hay una cohesión o propuesta. Casi todos los registros son realistas. Si la voz es muy fuerte –y la mía es muy fuerte–, lo que haces es llevarla al límite, manteniendo su esencia aunque discurra por derroteros distintos. Al final, quien está hablando eres tú, tiene tu sello.

– **¿Para ti qué hace que la voz sea fuerte?**

– *Que tiene autenticidad– dice más como una pregunta. Toma aire y embiste segura. Que no es impostada. Es una paradoja porque la literatura es una impostura. Que surge de un sitio que tiene fuerza, de un espacio interno o externo; cuando es algo que te lleva a ti y no que tú llevas. Es algo más profundo y más denso que eso. Que responda a algo interno aunque no seas tú ni se parezca a ti, aunque te trascienda –para que pueda tocar a otros–, pero que no sea un artificio... aunque se valga de uno. Tiene que ver con la honestidad.*

– **Eres socia, fundadora y editora de Foro/taller Sagitario Ediciones. Conozco además que haces tu labor como editora con ojo de águila. Tus textos impecables son evidencia de tu destreza. Basada en esa experiencia, ¿cuáles son los pecados capitales de los autores al publicar? (especialmente en el caso de los nuevos autores).**

– *Que no leen y quieren escribir. Y quieren escribir bien. Que no son autocríticos, en parte porque no leen, porque creo que si lees cosas buenas te das cuenta, tienes algo con qué medirte. Que no buscan un editor que revise sus textos y los critique. Repetirse. Leí en una oportunidad que a lo largo de la vida uno está leyendo el mismo libro y de algún modo también está escribiendo el mismo libro. Sin embargo, repetirse es escribir cuando sabes que agotaste*

algo dentro de ti; puede ser ingenioso y estar bien escrito, pero no tendrá fuerza.

Ni que abor...–

Carolina interrumpe su discurso de golpe y ahora me mira de frente.

– *¡Ay, amiga es como la vida! Es una sensación. Tú lo vas a sentir. Es como cuando sientes que se acabó una relación porque se acabó el amor. ¿Qué sientes? No sé, pana, lo sientes. Entonces: ¡tú lo sientes! Sientes que llegó la hora de hacer silencio.*

Ambas reímos con ganas, esa risa que viene de lo que no se dijo ni se puede decir. La risa de entender, lógicamente... ¡que uno lo siente!

– *Otra cosa que hacen los autores además de repetirse es pervertirse. “¿Esto gusta? Lo hago otra vez”. Cuando empiezas a manipular tu escritura para algo.*

– **Si fueras Moisés en el Monte Sinaí y debes dejar Los Mandamientos de La Ley del Escritor ¿Cuáles serían?**

– *Tiene que ver un poco con lo anterior: leer mucho; creo que publicar poco es también un buen consejo. ¡Dejar que los textos se cocinen dentro de ti! Que descansen, se decanten. Ser crítico. Muy crítico, pero no tanto como para que te paralices. Ser honesto.*

Con toda mi curiosidad le hago una pregunta que yo misma quiero responder.

Carolina se desencaja, sus pupilas curiosas bailan de un lado a otro, humedecidas.

– *¿Qué nombre?– pausa.– Escritor.*

Bos yace tranquilo a nuestros pies, marcando con su cola el compás de la tarde que cae.

– **¿Cómo surge el Proyecto de Foro/taller Sagitario Ediciones con Jaramillo Levi y cuál es su objetivo? ¿Cuál es la ayuda y servicio específico que reciben los autores de ustedes y qué los diferencia de otras editoriales?**

– *Surge como iniciativa de Enrique; me invitó a acompañarlo en esta aventura editorial que combina lo pedagógico con lo*

editorial y con la promoción de buena literatura. Al principio nos enfocamos en ser una especie de semillero, por los talleres, de gente que quisiera dar el primer paso con un libro digno. Eso nos hizo conscientes de una fortaleza que como editorial tenemos, que es el trabajo con los autores; cada uno desde su perspectiva. Somos buenos editores: Enrique alejándose del texto es agudo detectando fallas de estructura, y es un gran motivador. Yo voy mucho más al detalle. Somos totalmente dedicados en el tallero del material. También está la parte de promoción de cultura, como el Premio y antologías: traer buena lectura aquí y sacar voces panameñas afuera.

– **¿Cuáles son tus proyectos literarios?**

– A mediano plazo, escribir la historia del personaje y su desmemoria bendita. Tengo también un proyecto de antología de micro-cuento panameño-venezolano con Enrique (sería para la próxima Feria Internacional del Libro). Él haría la selección panameña y yo la venezolana. Ahora comienzo a explorar la poesía. Vamos a ver qué sale.

– **Mencionaste que abordan el erotismo desde el punto de vista de la mujer. ¿Cuál es la visión del erotismo que te interesa reflejar en tu obra?**

– Congruente con por qué escribo, es un proceso de indagación. Tiene que ver con mi propia feminidad; tiene que ver con una búsqueda propia aunque no explícitamente. Escribir del erotismo desde una mirada de mujer; instintivamente está buscando cosas dentro de mí que tienen que ver con aspectos de lo femenino. Nací en una casa de mujeres y un hombre macho muy macho que quería un varón. La feminidad en mí ha sido un tema importante. – Con anécdotas, Carolina expresa su curiosidad infantil por ser niño y cómo, cada vez más, se ha reencontrado con el ser mujer– *El sexo*

dentro de lo femenino ocupa un espacio importante, porque al menos en mi experiencia y lo que he visto, ha sido muy contraído y penalizado: la infidelidad en los hombres y en las mujeres; la virginidad de las mujeres y la de los hombres. ¿Qué pasa cuando una mujer escribe sin censura? ¿O cuando vive el sexo sin censura? En los últimos tiempos la mujer ha vivido cambios importantes en aquello que la define, que la identifica, en sus roles, en lo que puede. Con un movimiento pendular se movió hacia la negación de lo femenino en ella, y a la sobrevaloración de aspectos de lo masculino como el recurso para acceder a otros espacios. Un desbalance. Una mujer que ha dejado de responder a los ciclos y a los aspectos que le son naturales; que no se “empodera” desde su naturaleza sino desde su “masculinización”. ¿Dónde, cómo recuperar el balance? Todo eso me interesa. Mi escritura no lo resuelve, ninguna lo hace. No es su función. Mi escritura deambula por miradas, visiones de mundo de mujeres que no conozco pero que salen de mí.

Ya ha oscurecido cuando Bos se despereza y me acompaña al umbral de la sala, guiando a Carolina hacia nuestra despedida. Una vez más se nos ha hecho tarde sin percatarnos del tiempo o del número de cuartillas. Gajes de hacer de la pasión un oficio.



Afilando el colmillo de los dioses

Entrevista a Eduardo Soto P.

por Héctor Sandoval



Para Eduardo Soto Pimentel, la escritura es una ventana de escape. El director de El Siglo cuenta que esculpió su obra “El colmillo de los dioses” y la inscribió en el “Premio de Novela Corta Sagitario Ediciones 2014-2015” en un periodo récord de tres semanas y dos días. La consumación de la novela, en ese menudo espacio de tiempo, amerita indudablemente elogio por parte del corro de escritores, soñadores en búsqueda de una proeza semejante; para los demás me refiero a los lectores apasionados quienes hallan placer en la belleza del lenguaje, que hoy la obra se alce como la triunfadora del certamen garantiza que en Panamá se siga ofertando literatura contemporánea de notable calidad.

Dentro de su despacho, al borde de una mesa ovalada, el periodista relata cómo se originó la idea para esta novela. Recuerda que enraizó hace una década, en la forma de un cuento llamado “La noticia” para una colección inédita, aún

hojas sueltas, que circulaba del tanque de la basura a su escritorio como los cuentos peregrinos de García Márquez (Eduardo es fanático empedernido del colombiano). Miguel Ángel Arrocha, corrector de La Prensa y estimado amigo de Eduardo, leyó aquel cuento y consideró que la historia daba para más: “¿Por qué no rescatas y ensanchas ese relato sobre el presidente que se suicida? Tiene el potencial de convertirse en una buena novela.”

Por mucho tiempo la idea revoloteó ligera e incesante por el bosque de su mente, pero no se dejaba atrapar por la red de las palabras. Eduardo Soto, como muchas veces sucede cuando se contempla un trabajo arduo, necesitaba un impulso, un catalizador. Éste apareció en la forma de un correo de Enrique Jaramillo Levi, organizador del concurso, en el que lo exhortaba a participar en el certamen.

Desde ese momento pasó a redactar y corregir la mayor parte de su obra en una serie de tramos. Eran estas las horas cuando los personajes cobraban vida, hacían de las suyas y se envolvían en una trama coherente e interesante. Luego, durante la mañana, compartía los avances con su amiga y correctora de la revista Mundo Social, Julia González. Ella revisaba los borradores y los apostillaba. Para la tarde ya Eduardo tenía las observaciones y reflexionaba sobre las futuras correcciones y desarrollos. Este ciclo, que como un tren avanzó con brío durante veintitrés días, ni siquiera le permitió al autor echarle un segundo vistazo a la obra antes de entregarla en la fecha tope. Debido

a ello, considera que no está finalizada y aún debe acrisolarse previo a su publicación proyectada para agosto de este año durante la XI Feria Internacional del Libro. En sus palabras, “el jurado ha visto a la mujer desnuda y les ha gustado; ahora hay que peinarla.” Por más premio y más pompa que el escrito obtenga, éste debe ser afilado por el rigor de la edición.

El Periodismo y La Literatura

La redacción clara y acertada –cuya base nace de su extensa carrera en el periodismo– le ha permitido destacarse en diversos géneros. Ganó el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” en el 2003 con la colección “Cuentos nada más”, y obtuvo el tercer lugar del Concurso de poesía “León A. Soto” con el poemario “A mano armada”.

¿Cuáles considera son las semejanzas y diferencias entre la labor del periodista y del escritor?

Periodista y escritor caminan sobre la misma línea en cuanto a recursos descriptivos, trucos para atrapar al lector, tensión del texto y el hilo conductor. Se separan en cuanto a contenido. El periodista no puede distanciarse ni un momento del hecho, de lo fáctico, de lo comprobable. El rigor periodístico no permite suposiciones ni hipótesis sueltas. El escritor en ese campo es libre. El rigor literario se queda en la riqueza del texto, en su tensión y manejo del idioma; sin embargo, la ficción es el campo donde lanza su semilla. Aún cuando se trata con hechos históricos, al escritor le está permitido ficcionar; estirar la materia a contar para atrapar la atención. Al escritor se le exige belleza, al periodista precisión y exactitud.

¿Cuál es su concepción de la literatura en general y la del escritor?

La literatura para mí es la primerísima de las grandes artes. La vida misma puede ser atrapada en un texto. El conocimiento humano, la

ciencia que hoy en día conocemos, antes que todo eso fue literatura. La filosofía antes que filosofía, fue poesía. Te respondo: la literatura es el huevo seminal de la civilización, y el escritor, o escritora, quien lo fecunda.

Otras aristas del escritor

Los conocimientos de Eduardo Soto no se limitan al campo de las letras. Aparte del periodismo también estudió Derecho y Ciencias Políticas, aunque nunca ha fungido como abogado. Sostiene que la razón de cursar aquella carrera fue meramente nutritiva, con el fin de entender mejor los pormenores de su país y sus leyes. Comenta que se espera por la juventud panameña a pesar de los incidentes que aparecen en las crónicas rojas; sabe que hay montones de noticias buenas sin cabida en los medios de comunicación. “Los buenos somos un poco tímidos”, dice, “y los malos son muy, pero muy entusiastas; hay que darle más espacio y tribuna a las cosas buenas que suceden en Panamá.” Revela que, al culminar la jornada, le entregan el periódico impreso pero que nunca lo abre, porque su meta es crear la estructura de los artículos, dirigir a los periodistas, confeccionar las secciones y la mejor edición posible, y después, cuando el tiraje ha concluido, ya no es menester de él leer ese contenido.

Futuro

¿Cuál es el estatus de sus proyectos inéditos?

En internet se menciona que pretende realizar un trabajo sobre Tristán Solarte, una obra de teatro, otra novela y más libros de cuentos.

Es imposible entrar al fondo de esta pregunta. Tendré que quedarme sobre las aguas. Tengo dos libros de cuentos sin publicar. En el punto en el que me encuentro, debo decir para ser correcto: tengo dos libros de cuentos que corregir. La entrevista con Tristán Solarte fue iniciada

hace ocho años, con un primer encuentro que tuve con él, y hasta ahí. La transcripción de esa primera conversación está hecha, pero nada más. El trabajo y la vida me separaron del proyecto. Tengo tres obras de teatro que volver a hacer. Son textos inacabados. Hay dos novelas bien avanzadas, a las que debo devolver al kilómetro cero. “El colmillo de los dioses” me ha dado pistas que debo asumir para reescribir todo. Hay dos poemarios terminados, uno dedicado entero a mi madre, que considero un obelisco a medio terminar, y otro es un canto general sobre mi concepción de Dios y la vida. Le he titulado: “Salmos temporales”.

Es interesante escuchar que, cuando no está en su despacho, con la familia o enfrascado en la creación de universos, Eduardo Soto estudia Teología para convertirse en diácono de la iglesia. Siente un firme compromiso al servicio a Dios. Concluye la entrevista con una meditación sobre su porvenir. Desea, de alguna forma, rehacer su vida y fusionar trabajos opuestos, sus dos grandes pasiones: el don de la escritura y, la que él considera su verdadera vocación, el diaconato. Su misión será encontrar la intersección donde ambas converjan.



De cómo un financista descubrió que era escritor

Entrevista a Eduardo Jaspe Lescure

por Leila Nilipour



Eduardo Jaspe difícilmente cabe en un molde. Este ingeniero industrial vuelto financista recientemente descubrió que las letras son lo que le hace bullir la sangre. El Vicepresidente de Finanzas de Grupo Melo es capaz de reinventarse a lo largo de la jornada: números y negocios durante el día y cuentos en la noche.

“Yo llego a mi casa unos días a las nueve, otros a las diez de la noche, y a esa hora leo o escribo”, explica Eduardo, quien intenta escribir al menos una hora al día. “A veces me duermo a las dos de la mañana. Es que cuando quedas engancho ya no te quieres dormir”.

Al ingeniero, que tiene una maestría en administración de negocios de la INCAE Business School, siempre le había interesado escribir, pero no fue hasta que se matriculó en el Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP) que descubrió el talento latente que siempre había tenido. Ese

mismo año concursó en el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” 2014 y se lo ganó con su primera obra, Arcanos mayores, recién publicado por esa institución y presentando como libro el 2 de julio de 2015.

Sin embargo, su inquietud por la literatura empezó mucho antes del 2014, por allá por los años setenta, en casa de la poeta Luz Lescure, su tía. Ella tenía El Principito en un disco de vinilo, y en las tardes cuando él la visitaba, lo tocaba. “Después yo quería que me prestara el disco, así que me lo grabó en un casete. Aún hay partes que recuerdo de esa grabación... Tenía como ocho años”, explica.

Más adelante, su mamá le compraba en el supermercado una serie de obras famosas que salían cada mes. “Eran azules, empastados... y traían insertos con cómicas”, que ilustraban lo que había ocurrido en los capítulos anteriores. “Así me leí Mujercitas, El conde de Montecristo, 20,000 leguas de viaje submarino, Viaje al centro de la tierra...”

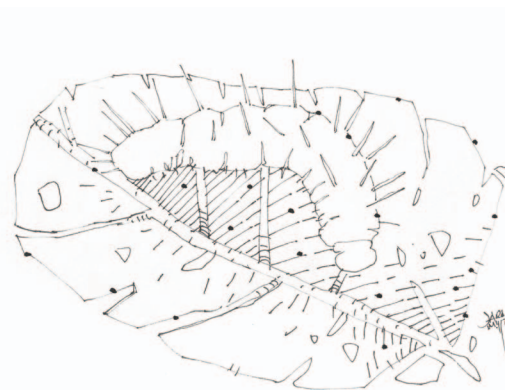
A los 15 años conoció Cien años de soledad, cuando Gabriel García Márquez se acababa de ganar el Premio Nobel de Literatura, y eso lo impresionó. “Hice un árbol genealógico a mano para entender quién era quién, y me demoré una eternidad leyéndolo, pero me encantó”.

Desde entonces fue una de sus grandes inspiraciones, después de El Principito. También han sido importantes los cuentos de Cortázar y La Metamorfosis de Kafka. “A mí siempre me han gustado esas cosas así raras”, dice entre risas, agregando que lo que le gusta de García Márquez es ese estilo un poco florido, donde la realidad se vuelve mágica y lo extraño se vuelve cotidiano. “La ironía y las metáforas son espectaculares. Tiene un humor negro que me gusta”. A los 26 años, recién graduado de la INCAE y de regreso en Panamá, estuvo varios meses

buscando trabajo, en los que se dedicó a leer los libros de cuento que habían ganado el Concurso Nacional de Literatura “Ricardo Miró” en años anteriores. Escribió entonces un libro de cuentos que envió al concurso, pero no le dieron “ni las gracias”.

Después de eso no escribió más, pero siempre sentía la inquietud. Así que decidió como resolución de año nuevo matricularse en el Diplomado en Creación Literaria en 2014. Ese fue “el empujón que necesitaba”.

“Tenías que escribir y leer todas las noches. Además, tienes los comentarios de los compañeros, las opiniones de los profesores que saben mucho, y las obras que se usan de referencia... Yo fui tomando notas y todavía sigo tomando notas. Ahora ya tengo demasiadas cosas por leer” explica el escritor. “Y la clase de poesía. No es que yo vaya a escribir poesía, pero vimos muchas herramientas, como las metáforas, símiles, hipérboles... Eso sirve para ponerlo en la prosa”.



Eduardo considera que la escritura no solo lo ha hecho mucho más observador de su entorno, sino que le ha dado una nueva visión y motivo en la vida. Ha cambiado su temperamento y forma de ser, y se siente más tranquilo y ecuánime. Pero otra de sus grandes satisfacciones desde que se embarcó en esta aventura fue cuando

ganó el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez”, siendo solo un “escritor rookie”, como él mismo se describe. “Cuando me llamaron para decirme [que había ganado] yo estaba con una gente en mi oficina... Le dije al que me llamó ‘espérese un momento’, dejé el teléfono y corrí al baño como un adolescente... Luego regresé un poco recompuesto y seguí hablando... Era una emoción muy grande”.

Los que hemos leído cuentos de Eduardo sabemos la facilidad que tiene para transportarnos al lugar donde ocurren las cosas a través de la prosa. Es como estar viendo una película. “Creo que mi escritura es muy de ambiente... A veces hasta se convierte en un personaje más”. Asimismo, expresa que no intenta mandar ningún mensaje o moraleja con sus escritos. Simplemente escribe lo que a él le gustaría leer.

A los escritores nuevos les recomienda, primero, que se metan en el Diplomado o que busquen algún tipo de formación literaria. “Hay que ser un genio para querer hacer algo sin tener ningún tipo de formación”, expresa, arguyendo que un buen escritor debe tener talento, pero que eso hay que pulirlo. Así como los cantantes, que nacen con una buena voz, pero la deben entrenar para llegar a ser buenos.

“También tienen que escribir seguido y, sobretudo al principio, tener a personas que los lean y critiquen. No la mamá, alguien que sea honesto y pueda decirles ‘esto no sirve’ o ‘esto aquí me encantó’. Yo no hubiera podido hacer eso si no hubiera ido al Diplomado. Me ayudó a entrar en contacto con los literatos panameños”.

Después de Arcanos mayores, Eduardo escribió un segundo libro de cuentos que fue presentado hace poco en la XI Feria Internacional del Libro. Malos agujeros, como se titula, está dividido en tres temas principales: tormentas, arcanos y malos agujeros. Cuando le contó a sus amigos que estaba por salir un segundo

libro, estos le preguntaron “¿De nuevo una cosa rara?”, lo cual le hizo gracia porque era cierto. “Y es que sin lo inusual, la cotidianidad nos aplastaría. Tendríamos una vida desabrida sin la rareza eventual”, comenta.

En este nuevo libro nos cuenta que el ambiente juega un papel importante en la primera sección. “Las tormentas influyen en los personajes y son parte de las acciones; más bien son otro personaje de la historia”.

Mientras tanto, la segunda sección lo conecta con su primer libro, y es por eso que se llama “arcanos”. Es aquí donde aparecen “las rarezas”, como él las describe. “Vuelvo a jugar con la oscuridad y lo fantástico. El absurdo sigue apareciendo en mis cuentos y es que creo que es parte de mí”, confiesa.

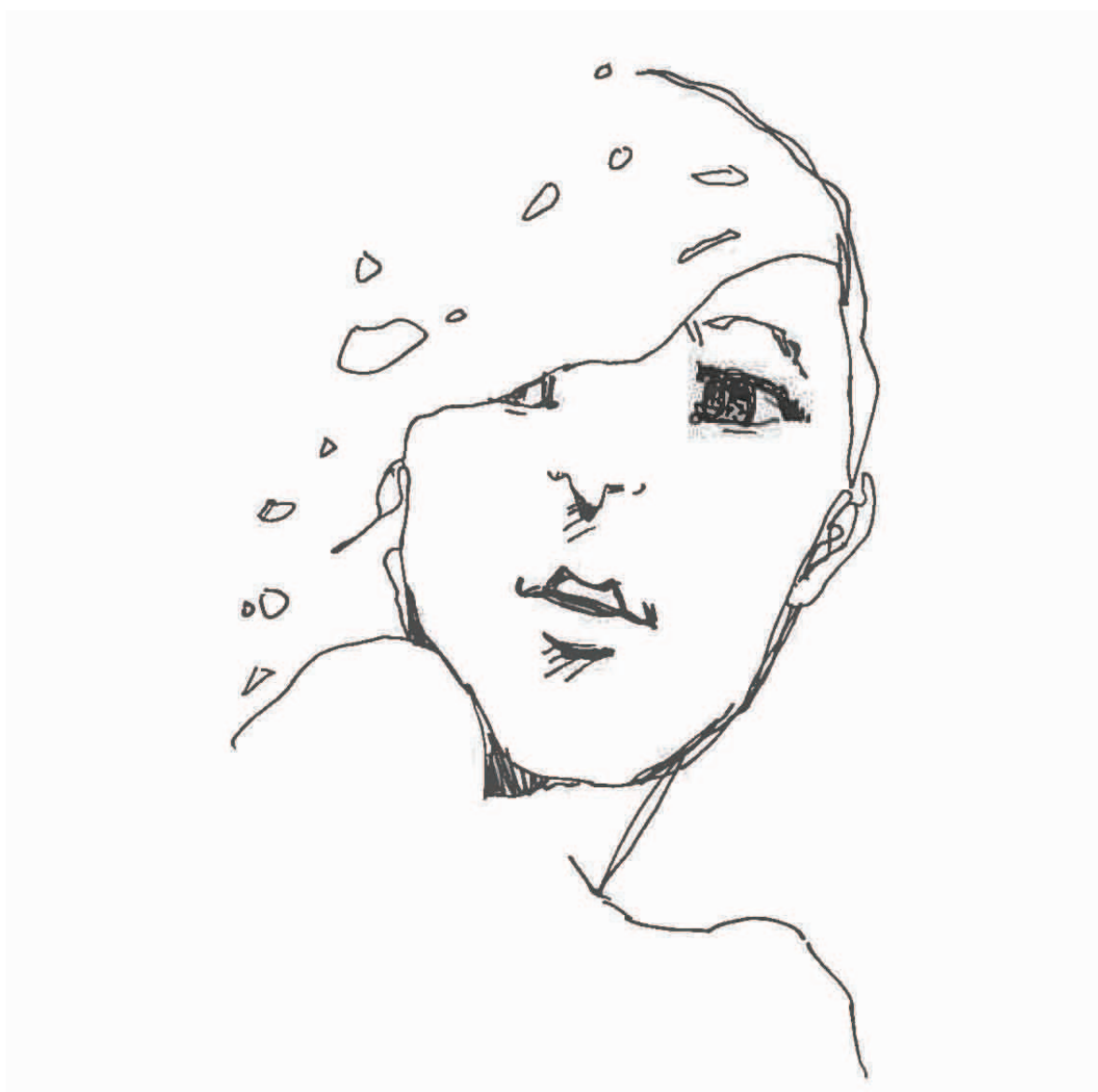
Por otra parte, ha trabajado también con la realidad cruda. “Explorar características humanas bajo diferentes circunstancias ambientales ha sido muy interesante”, revela. “Hay un cuento que se llama Isidra espera que llueva en la noche, en el que descubrí esa magia de estar dentro de una persona totalmente diferente a mí. Lo que esa persona hace me sorprende”.

Eduardo siente que su estilo ha evolucionado muy rápido en poco tiempo. “Desde el punto de vista de técnica es un cambio importante. En mi primer libro casi todos los cuentos son en primera persona” explica. “Para el segundo descubrí un narrador omnisciente fuerte que narra en tercera persona y en presente. Se produce un efecto donde en vez de leer pareciera que se estuviera viendo, oliendo, oyendo y sintiendo”.

También tiene historias románticas en su nuevo libro, como Un huerto en lo alto. “Bueno, románticas sin dejar lo absurdo... Buena combinación”, admite. “Y otras agradables y frescas como Jayuya. Hay de todo un poco”.

Y es que la evolución de Eduardo es constante, gracias a los talleres, la lectura y las buenas conversaciones. Agrega que ahora quiere dejar de escribir cuentos por un rato para enfrentarse a un nuevo reto: la novela. “Creo que puedo escribirla. Es un cuento central con varios cuentos alrededor; como un árbol”.

Preguntándole cómo quisiera que lo recordaran en el futuro, como financista o escritor, concluye. “En la literatura, pues tiene trascendencia. Si me incluyeran en una antología de escritores panameños o latinoamericanos sería un honor”.



A veces siempre

Pedro Crenes Castro

Cuando comencé a leerlo noté el ritmo, el tono, la voz más templada. Noté el dominio, la tensión bien llevada, la libertad de un oficio que se posee, el mimo de los detalles no escritos y la fuerza poética, el símbolo. Seguí leyendo, la madrugada encima, el silencio alrededor y la algarabía de los cuentos robándome el sueño. Hombres, mujeres, ciudad y llano, palabras nuestras, palabras tuyas, prestadas, mezcladas, todo al servicio de quince historias que no les van a dejar indiferentes ni técnica ni estéticamente.

Si bien es cierto que algo bueno ocurre en nuestro medio cuando se publica un libro, si ese libro es además un libro excelente, el impacto positivo sobre nuestras letras se multiplica. Ese es el caso de, **a veces sucede**, de Carolina Fonseca (Editorial Tecnológica, 2015), que mereció el Premio Diplomado en Creación Literaria 2014-2015.

Hay varios aspectos de estos cuentos que cabe destacar: las pasiones, las emociones, el campo y el tiempo desdibujado, todo ello en escenarios

diversos, creados con sutilezas, que se activan en la mente del lector por la economía de detalles de la autora. Son estas historias breves, que pactan con el lector desde la primera línea un viaje al centro de los personajes.

Las pasiones las desatan las mujeres, dueñas de sí mismas, sin sutilezas, pero con el erotismo y seducción que dejan muy atrás las chabacanas y muy pobres sensaciones que levantan trilogías y hasta pentalogías muy en boga con un estúpido erotismo barato de fondo. Carolina Fonseca, en este aspecto de sus cuentos, pone el listón muy alto y deja en evidencia estética dichos libros de cuyo nombre todos ustedes se acuerdan. Cuentos como “¿Y qué más podía hacer?” o “La pizarra”, dan cuenta de ello.

Las emociones, vienen de la mano de los hombres, protagonistas de cuentos con el tema del padre al fondo. “El río” o “Terreno arriba, terreno abajo”, aportan un grado de sensibilidad en el hombre si eludir cierta violencia que esto genera. De la misma manera, varias de las mujeres de estos cuentos viven la ausencia de hijos y de hombre en sus vidas como una suerte de grieta que genera emociones que motivan acciones. Una inteligente y hermosa mues-

tras de los sentimientos en sus estados más básicos.

Luego está el campo como escenario, “el llano”, en cuyas abiertas y frescas estancias, los personajes de “Aminta”, “Un golpe de viento”, “El río” o “¿Y qué más podía hacer?”, transcurren en esa ruralidad que aporta características especiales a unos personajes bien trazados, elaborados y puestos en movimiento con muy buena mano. Ruralidad esta que dota de equilibrio escénico al libro.

La disolución del tiempo, su presente continuo, su posibilidad de ser hoy, ayer o mañana, es una técnica que Carolina Fonseca utiliza en todos los relatos. La limpieza de tiempo, las pocas señales de cuándo ocurrieron los hechos narrados, hacen, si cabe, constantemente actual estos cuentos. Son historias de una cotidianidad que se inaugura cada vez que se leen y eso da ritmo y frescura al texto.

Un catálogo amplio de virtudes literarias es este, a veces sucede que, sin musas y con trabajo constante, nos ofrece una escritora que está construyendo una carrera, que no escribe por publicar ni por afición: lo hace por oficio y con una altura excelente y en pleno progreso. Carolina Fonseca,

definitivamente y sin artificios, se erige como heroína de su propio universo narrativo. A veces, siempre, el trabajo nos devuelve sus frutos: una obra excelente.

Este martes 9 de junio, a las 7:00 p.m., en la UTP, la autora conversará con mi querido amigo Salvador Medina Barahona, que además de un gran poeta es un excelente crítico, fino literaria y estéticamente. Y la conversación tiene un título sugerente: “La voz tras la escritura”. Vayan, escuchen, e interroguen a la autora. Lean, no se arrepentirán. Las sensaciones y la buena literatura, están aseguradas.

*Tomado de: “DíaD”, Panamá América, Panamá, 7 de junio de 2015.

** Pedro Crenes Castro es escritor panameño residente en Madrid, España.



Reseña de “Arcanos mayores”, de Eduardo Jaspe Lescure

Gonzalo Menéndez González

“Fácilmente aceptamos la realidad, acaso porque intuimos que nada es real”.

Jorge Luis Borges

Antes de referirme al texto en mención debo hacer algunas anotaciones sobre su autor, que ojalá, no hayan sido divulgadas de manera previa. Jaspe no es muy conocido en el ámbito literario, sin embargo, ello se debe a algo obvio, y es que Arcanos mayores es su primera publicación. Indagando en su formación intelectual se encuentra a un joven ingeniero, con experiencia sólida en el campo de las finanzas, que tal como se podría decir de forma jocosa, su tarea es “jugar con el dinero ajeno”. Tras descubrirse buen narrador y después de haber experimentado el placer de la invención, gracias la formación impartida en el Diplomado de Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá y en cursos específicos dictados por Enrique Jaramillo Levi, Jaspe se destapa en una vorágine de ideas y proyectos.

Cinco arcanos
El libro consta de cinco his-

torias que constituyen una unidad. Quizás haya sido esto último, parte del encanto que encontró el jurado para dictaminar a la obra, como la ganadora del Premio Nacional de Cuento José María Sánchez 2014. Los misterios mencionados son: El Rito, El Ruido, El Ser, La Vocación y El Escarlata. Preceden a estos cuentos, un capítulo de Instrucciones. Ese corto capítulo de inicio indica un camino, una sugerencia que, de ser atendida, revelará historias aparentemente inconexas, para culminar con los Arcanos mayores y un Epílogo. Esta forma novedosa de narrar breves textos enlazados con un propósito, apuntan sutilmente a algunas experiencias de escritores de gran trayectoria. En particular, recuerdan los juegos intelectuales propuestos al lector en las obras de Cortázar. Quizás el autor haya sido cautivado por esa narrativa rica en circunstancias y absurdos, que partiendo de una realidad tangible, se va coloreando de fenómenos fantásticos que desnudan la condición humana. En los textos de Jaspe se recrea el campo panameño a través de sutilezas, los ambientes pobres de la campiña aparecen pincelados. La madurez de sus personajes expone no solo personalidad y definición, sino una credibilidad blindada.

Tal es el caso de la vieja tía de Romina, mujer de temple, sin edad, pero con la fuerza de las ancianas que han sido soportes de generaciones. Hembra capaz de convencer a cualquiera, y por tanto a la inocente sobrina, con sus artes de magia barata y sus poderes histriónicos, al mismo tiempo que trama y ejecuta de manera silente un plan de casamiento para su sobrina, del cual sin duda, sacará el mayor provecho material. Como atributo merecido, se aprecia que los textos están condimentados con eventos abiertos que añaden misterios y fantasías. Derivado de ello, el ambiente creado de esta forma da coherencia y unicidad al conjunto. Arcanos mayores logra esfericidad gracias a la relación extraña e inicial de una discapacitada (una suerte de santera) que de manera misteriosa entrega el libro al lector. Se cierra esa rara cita con una frase que sentencia la obra, “todos tenemos misterios, hijo...”

Literatura como forma de liberación y sensibilidad.

De las percepciones derivadas de la lectura se desprende que el autor se encuentra feliz y cómodo con los misterios desplegados por él en sus textos. Desde la concepción de su título, que lo ata a los misterios del Tarot, hasta las

apariciones, fantasmas que rondan las narraciones sin definirse de manera categórica, o miedos que se convierten en razones. Sin duda a Jaspe le acontece un fenómeno liberador. Se intuye en sus cuentos que ha abierto una puerta raída y chillona, que no piensa cerrar.

En esa nueva casa, poblada de apariciones y humedad, ha encontrado un rincón donde sentarse a deleitarse con la creación, más como forma existencial que como una actividad intelectual pasajera.

Ciudad de Panamá, Julio 2015.



Información Cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá Se presenta “a veces sucede”, de Carolina Fonseca



Carolina Fonseca dialoga con Salvador Medina Barahona en el vestíbulo del Teatro Auditorio UTP.

En la Universidad Tecnológica de Panamá, el 9 de junio de 2015, se realizó la presentación del libro de cuentos “a veces sucede”, de la abogada, editora y escritora Carolina Fonseca. Obtuvo el Premio Diplomado en Creación Literaria de la UTP en 2014, y consta de 15 cuentos. Según los jurados del Premio, la autora maneja con destreza inusual el lenguaje, haciendo que se esfume,

por momentos, la frontera que separa la prosa de la poesía. Como parte de la presentación del libro se realizó un conversatorio, titulado “La voz tras la escritura”, en donde la autora y el escritor Salvador Medina Barahona, intercambiaron aspectos relacionados a la naturaleza de la obra, el mensaje intrínseco y el sentir de la autora.

Conversatorio sobre “Arcanos Mayores”, de Eduardo Jaspe Lescure

La Universidad Tecnológica de Panamá, organizó, a través de la Editorial Universitaria, un conversatorio sobre la obra ganadora del Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” 2014, “Arcanos Mayores”, cuyo autor es el Ingeniero Industrial y egresado de esta Casa de Estudios Superiores, Eduardo Jaspe Lescure.



El evento inició con las palabras del Vicerrector Académico, Ing. Rubén Espitia, en representación del Rector de la UTP, Dr. Oscar Ramírez, quien en medio de su discurso expresó: “Desde la infancia estamos tocados por la circunstancia de ser parte de una historia que alguien cuenta y por ese camino de imaginación y fantasía, de realidad y esperanza llegamos a este minuto para celebrar la capacidad de asombro que conserva intacta, Eduardo Jaspe Lescure y que expresa en las páginas de Arcanos mayores”.

El conversatorio se dio de una manera agradable, en el que se recurrió a la dramatización de un coloquio casual entre los escritores Ariel Barría y Gonzalo Menéndez, para luego entrar en comentarios sobre la obra de Eduardo Jaspe Lescure. Eduardo Jaspe Lescure, también egresado del Diplomado en Creación Literaria, expresa que su obra Arcanos Mayores consta de cinco relatos breves. Su contenido es misterioso y conjuga entre líneas lo fantástico y el suspenso.

UTP en Feria Internacional del Libro (18 al 23 de agosto, 2015)



Inauguración del Stand del Observatorio Astronómico de Panamá de la Universidad Tecnológica de Panamá en la XI Feria Internacional del Libro. En la foto de izq. a der.: Dr. Rodney Delgado, Director del Observatorio y el Dr. Oscar Ramírez, Rector.



Inauguración del Stand de la Editorial Tecnológica en la XI Feria Internacional del Libro, celebrada en el Centro de Convenciones Atlapa, del 18 al 23 de agosto de 2015. En la foto de izq. a der.: Ing. Libia Batista, Directora de la Editorial Tecnológica y el Dr. Oscar Ramírez, Rector.



Stand del Observatorio Astronómico de Panamá de la UTP. Entre el público: Lic. David Branca, Director de Presupuesto y la Ing. Ángela Laguna Caicedo, Decana de la Facultad de Ingeniería Civil.



Inauguración del Stand de la Centro de Distribución y Librería de la UTP en la XI Feria Internacional del Libro. En la foto de izq. a der.: Lic Ruby Vásquez de Hall, Directora y el Dr. Oscar Ramírez, Rector.

Entregan donación para Memorial Rogelio Sinán

Miembros de la familia Sinán donaron el 5 de agosto de 2015, a la Universidad Tecnológica de Panamá, pertenencias y materiales del maestro Rogelio Sinán, para que reposen en el Memorial que lleva su nombre en la UTP. Ruth Sinán y Rogelio Sinán hijo, entregaron materiales variados que van desde cintas magnetofónicas, afiches, platos decorativos, documentos de identidad personal, entre otros, a los custodios del Memorial Rogelio Sinán, ubicado en el Edificio Tres del Campus Víctor Levi Sasso de la UTP.



Según indicaron los hijos de Sinán no hay mejor lugar para estas pertenencias, y que esta nueva donación aumenta el valor del memorial. “Esta es una forma de preservarlo en la historia. “Gracias a la UTP por difundir las obras de nuestro padre, quien fue un hombre de línea recta, honesto y con valores extraordinarios”, señalaron, a la vez que se comprometieron a seguir entregando más materiales y documentos del maestro Sinán.



Presentación de la Revista Maga # 76

La Universidad Tecnológica de Panamá presentó el jueves 9 de julio de 2015, la edición #76 de la Revista Cultural Maga, en el vestíbulo del Teatro Auditorio. El evento que fue coordinado por el profesor Enrique Jaramillo Levi y contó con el apoyo de la Editorial Universitaria, fue engalanado por algunos renombrados escritores y poetas panameños, inició con las palabras del Vicerrector Académico de la UTP, Ing. Rubén Espitia, en representación del Rector de la UTP, Dr. Oscar Ramírez Ríos.

Posteriormente, le correspondió la palabra al fundador de la revista, Prof. Jaramillo Levi, quien hizo un breve recuento de la Revista desde sus inicios, hace ya 31 años, los percances que tuvo, y del por qué se le puso el nombre de Maga, a la Revista, el cual es extraído de la novela Rayuela, del escritor argentino Julio Cortázar, escrita en París y publicada por primera vez en

España el 3 de octubre de 1963, y que se constituye en una de las obras centrales del boom latinoamericano, en donde se destaca al personaje denominada “la Maga”. También se refirió a sus dos años de ausencia, por falta de financiamiento, y su reaparición en el 2008, cuando la Universidad Tecnológica de Panamá, decide apoyarla, para que su publicación siguiera nutriendo a la sociedad cultural panameña, acción que le permite llegar hasta la edición que se presentó en este evento.

Uno de los puntos que más llamaron la atención, fue la descripción tan creativa de la portada elaborada por el Arq. Enrique Jaramillo Barnes. El evento incluyó la entrega de un ejemplar de la revista a cada uno de los colaboradores, la lectura de poemas y cuentos, escritos por Álvaro Menéndez Franco y Ariel Barría y por las jóvenes Ayleen Villarreal y Nicole Alzamora.



En foto a la izquierda, el Ing. Rubén Espitia, Vicerrector Académico, hace entrega de la revista Maga No. 76, a la escritora Doris Sánchez de Polanco, colaboradora en esta edición.

En la foto de arriba, de izquierda a derecha, los escritores Gloria Melania Rodríguez, Enrique Jaramillo Levi, Director de la revista, y Melquiades Villarreal Castillo en el vestíbulo del Teatro Auditorio de la UTP.

Olga de Obaldía recibe Premio “Diplomado en Creación Literaria” 2014-2015



La Ing. Nery de Camacho, Directora de Extensión de la Vicerrectoría de Investigación, Postgrado y Extensión, entrega diploma de honor al mérito a la escritora Olga de Obaldía, ganadora del Premio “Diplomado en Creación Literaria” con su libro “Almas Urbanas”, próximo a publicarse en la Editorial Tecnológica.



La escritora Danae Brugiati Boussonis, jurado de la cuarta versión del Premio “Diplomado en Creación Literaria”, lee el Fallo.

En un acto sencillo y con un público muy selecto, la Universidad Tecnológica de Panamá, a través de la Dirección de la Secretaría de Vida Universitaria y la Vicerrectoría de Investigación, Postgrado y Extensión, hizo entrega del Premio “Diplomado en Creación Literaria” 2014-2015, a la Licda. Olga de Obaldía, el martes 25 de agosto de 2015, en el vestíbulo del Teatro Auditorio de la UTP.

El evento inició con las palabras de la Directora de Extensión, Ing. Nery de Camacho, quien destacó la importancia que tiene para la UTP este Premio, que se constituye en un pequeño incentivo para que los estudiantes egresados del Diplomado se motiven a seguir cultivando el hábito de escribir y que compartan con sus lectores esas historias interesantes que surge de sus sueños, talento y creatividad literaria. Posteriormente, le correspondió al Prof. Enrique Jaramillo Levi dar unas palabras, como creador del Premio. Dijo que se siente satisfecho de la producción literaria que se ha logrado con este Diplomado que ofrece la UTP y que cada vez se suman más participantes, quienes compiten con gran destreza sus cuentos o relatos que no sólo entretienen, sino que también despiertan el interés de sus lectores, por la forma y estilo propio y elevado con el que escriben. Seguidamente se hizo la lectura del Fallo del Jurado Calificador, a cargo de la escritora Danae Brugiati Boussonis. La entrega del Premio a la ganadora, lo hizo la Ing. de Camacho.

La Licda. Olga de Obaldía, quien es abogada y egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010, dijo que lo único que les puede decir a las personas que les gusta escribir es que se atrevan a hacerlo sin reservas, porque hay que empezar y lo importante es plasmar ese talento y compartirlo.